

Jorge Lanata
VUELTA DE PAGINA
Prólogo

Yo nunca quise ser periodista para cambiar el mundo. Nadie puede cambiar el mundo si primero no entra en él. Yo quería entrar al mundo, averiguar que había detrás de los libros del tío Dionisio, el dueño de la primera biblioteca que vi en mi vida.

En mi barrio, en Sarandí, nadie tenía bibliotecas, y los libros de mi padre eran libros de texto, tratados de odontología y algunas novelas de Salgari que habían pasado de mano en mano por toda la familia. En casa de la tía Nélide, en las piezas del fondo, había pilas y pilas de revistas viejas: una colección casi completa de Selecciones de los años cincuenta, Siete Días, Gente, anuarios de La Razón, suplementos de La Prensa. Crecí en esa casa, que tenía otra casa y otra detrás; las dos últimas abandonadas, en realidad llenas de pasado, revistas viejas, muebles apolillados, repuestos de automóvil, ropa húmeda, arañas, pisos vencidos y cañerías de plomo que vendíamos para comprar nuevas revistas usadas. Sarandí queda lejos de los estructuralistas, de los semiólogos, de los críticos franceses y de sus pobres imitaciones argentinas.

La primera vez que vi una página de diario compuesta en tipos de imprenta supe que no era difícil leerla como si las palabras se reflejaran en un espejo, o formaran parte de un extraño alfabeto ruso.

-¿Así que lees al revés? -me dijo Pérsico, el jefe, redactor y único empleado del diario La Ciudad, de Avellaneda. Sonreí con orgullo; a los 13 años no sabía que leer al revés era una actividad tan poco lucrativa. En La Ciudad publiqué mis primeras alambicadas, inexpertas y pretenciosas notas firmadas por Jorge Ernesto Lanata: una entrevista a Favaloro, una crónica sobre Alcohólicos Anónimos, algunos reportajes locales. Yo empezaba la adolescencia, lo que quiere decir que era sabelotodo e inmortal, y había hecho mi primera "nota" en el Colegio San Martín, dos años antes, cuando la maestra nos pidió una biografía de Conrado Nalé Roxlo y no pude encontrarla en ningún lado. Decidí buscarlo en la guía de teléfonos: Roxlo, Conrado Nalé. Antes de llamar carraspeé tratando de endurecer la voz (una vez, por teléfono, me habían dicho "Señora"):

-Yo estoy en séptimo grado del Colegio San Martín, nos pidieron su biografía y no pude encontrarla en ningún diccionario... ¿Usted no me podría contar que hizo en su vida?

Roxlo sonrió, sorprendido, y dijo:

-Bueno. . . yo escribí el Martín Fierro. . . No, no. . . Eso no lo pongas. Yo taché, sintiéndome un idiota. Después contó algunos datos ciertos, me dio un par de consejos que no recuerdo y colgó el teléfono.

-¿Periodista? ¿Cómo que vas a ser periodista? ¿Lo escuchaste a éste?

¡¡Quiere ser periodista!!

Tenía que ser abogado. O cualquier otra cosa, pero con un título -"que es lo único con lo que te vas a defender"- y que no se me ocurriera soñar con la idea de dejar el secundario.

En ese entonces ya tenía dos trabajos: las notas para Colmena, la revista del colegio, y para el diario La Ciudad. Tres, en realidad. Mi otro trabajo era un canje: subir las latas de películas hasta el proyector, por la interminable escalera del cine Maipú a cambio de una entrada gratis.

-Pasá, pasá... Dejalo que es periodista el pibe.

En el cine de la vuelta, el Colonial, después de una nota en el diario, había logrado la entrada gratis. El boleterero era un viejo de traje gris, con aspecto de extra de película de Visconti, que escribía poesías en cuadernos Gloria y había asistido a la decadencia de aquella sala en la que había cantado Gardel. El Colonial era entonces lo que cualquiera de nosotros podía imaginar como un cine porno: pasaban tres películas por una sola entrada y cinco o seis veces al año reponían un clásico del género, Las colegialas se confiesan. La sala -que

todavía conservaba su frente de principios de siglo- era húmeda, tenía un insoportable olor a vestuario y siempre estaba repleta.

-Je travaille a la radio.

-Non, non... écoutez: vous travaillez avec la radio.

-Non. "A"...Eeehhh... J'ecris... ¿se dice "informatives" ?

Contra lo que pensaba mi profesora de francés, la casualidad me arrojó, a los 14 años, en el informativo de Radio Nacional. Nunca supe por qué aquella tarde de 1974 Alberto Suárez Castro, el gerente artístico de LRA, recibió a un chico con uniforme de colegio, lo escuchó y terminó dándole trabajo.

-Pero no es mucho lo que te podemos pagar, ¿eh?

Yo nunca había pensado en cobrar por el trabajo. Suárez Castro dijo una cifra que era muy baja para la vida real pero increíble para mí, que jamás había cobrado un sueldo.

-¿ Vos cuantos años tenés ?

-Catorce.

-Ah -dijo Suarez Castro, y sentí que se arrepentía de la oferta; hizo un mínimo silencio y luego siguió-. Entonces algún mayor va a tener que venir en tu lugar a firmar el contrato.

Mi padre, que iba al centro dos o tres veces por año, me acompañó hasta Ayacucho y Las Heras a firmar el contrato.

-¿ Qué ? Ah, sí. . . Dice eso pero lo pusieron porque no tienen presupuesto y así sacan la plata de otro sector.

Papá miró con asombro y alguna desconfianza: durante dos años figuré en mi contrato como "violinista de la Orquesta Juvenil de LRA", afectado al Servicio Informativo.

-¿Ahora tocás el violín? Dejá de joder y terminá el colegio, querés...

En el tercer piso de la radio aprendí a escribir a máquina, redactar informativos, improvisar un móvil por teléfono, editar una nota y a ver caer y levantarse sueños propios y ajenos.

La radio es aún hoy, veinte años después, una pelea contra la imposibilidad: no hay plata, no hay medios, no se puede, no es comercial, no tiene rating, ya lo hizo otro, nunca lo hizo nadie, no puede hacerse. Muchos optaban por la burocracia:

era un trabajo tranquilo, más o menos estable, más o menos parecido, que puede hacerse de manera más o menos resignada. Otros corrían de radio a radio, cubriendo suplencias, grabando avisos comerciales, esperando el programa, la idea que iba a lanzarlos a la fama. No era, en realidad, tan distinto al barrio: estábamos todos ahí, sentados en la vereda, esperando que la vida llegara. Los que frente a una oportunidad o por hartazgo se iban, nunca iban a volver. Atienza, Navone, Salazar, el Gordo Frith, Sedano, Montesana, Siscioli, Omar Cerasuolo, Beovide, Graciela Feliciotti, Horacio Embón, Cáccamo, Chany Inchausti, Luis Benito Zamora, Pedro León, el Gordo Santos, aquel flaco de pelo negro retintado, jefe del turno noche, que tomaba mates y mates y mates, ya sé: Linares; o aquel locutor parecido a Marcos Mundstock que una noche me dijo en un pasillo:

-Marcial, vos sos Marcial.

-¿ Qué?

-Como en el tango, Marcial, "que aún cree y espera".

Esperábamos trabajar en Rivadavia o en Continental, grabar un piloto, hacer la nota del mes, o de la semana, o del día.

Yo quería ser redactor de Siete Días, alquilar un departamento en el centro, abrir las puertas, saber que había del otro lado.

Caminé horas y días con las fotocopias de mis notas malas, acumulé varias horas de amansadora en la recepción de las revistas, dejé teléfonos que nunca sonaron, grabé pilotos, presenté carpetas, escribí horribles tiradas de prosa poética, comencé a frecuentar otras librerías de usado, viajé en avión por primera vez, mandé imprimir unas tarjetas con escudito que decían "Jorge Lanata, cronista,

Servicio Informativo de Radio Nacional", dejé el colegio para terminarlo a la noche años después, y cuando pude verme descubrí que no podría ser otra cosa en la vida: estaba condenado a la electricidad, a las preguntas, a lo efímero de la radio o de la nota con la que envolverían una docena de huevos al día siguiente. Mentía cuando en el tercer piso me preguntaban la edad, aunque en la administración de planta baja -donde se firmaban los contratos la sabían de memoria. Tenía quince años.

-Desde Casa de Gobierno, les habló Jorge Lanata. Adelante ustedes en estudios centrales.

Afines de ese año llegó a casa una carta de la Municipalidad con sellos, escudo y número de expediente donde decían que había ganado el segundo premio municipal de ensayo, por una nota sobre "El tema social en el cine argentino". El premio consistía en una suma que fui a retirar dos años después, cuando la inflación la había transformado en el boleto de colectivo para volver a Sarandí. Yo estaba demasiado ocupado con una nota que quizá saliera en Clarín Revista.

La nota nunca salió, el premio se transformó con los años en un discreto cuadrado de marco oscuro y mi recuerdo de aquellos años se volvió una madeja de anécdotas, rostros sin nombre y la sensación del viento en la cara. Después yo también me fui.

-¿Usted escuchó ese disco? -me preguntó el nuevo Gerente de algo en 1977.

-Sf, ¿por?

-Dice la palabra "pobre".

-¿ Qué?

-El tema ese que usted pautó, el de Mercedes Sosa, dice la palabra "pobre".

-Ah.

-No se puede pasar.

Trabajé como mozo los cuatro años siguientes. Finalmente, estudié derecho y dejé la carrera entre segundo y tercer año. Para los conceptos de la cadena productiva yo sólo sabía escribir a máquina: fui dactilógrafo por horas, y chocolatinero, y fotocopador.

En 1982 Enriqueta Crespo, funcionaria de la OEA, presentó un proyecto al que le dijeron que sí: al poco tiempo estuve a cargo del Tren Cultural, tres vagones de exposición de artesanías y una biblioteca circulante que recorrieron el país durante algunos meses. Entonces fue al revés: los diarios nos hacían notas al llegar a cada sitio y, como una especie sui generis de "personal diplomático" estábamos obligados a tomar contacto con la segunda o tercera línea de los gobiernos provinciales. Vivíamos yéndonos, el tren paraba cada dos o tres días en una nueva ciudad. La guerra de Malvinas se peleaba en los televisores de los bares. Pasaron cinco o seis meses sin que escribiera una línea. Un día me acercaron una carta de la oficina de Buenos Aires, escrita en una Olivetti Lexicon 80, la misma máquina que usábamos en el informativo. Apenas tuve el papel entre mis manos pensé:

"¡Esa es mi letra!" ¿Qué hacía leyendo una carta con mi propia letra?

Hasta varios años después los tipos de imprenta de la Lexicon fueron mi letra.

El sueño del tren se canceló en Santa Rosa, cuando una especie de secretario de Cultura Militar comenzó a hablarme sobre la guerra y me dijo:

-Pensar que todo esto lo estamos haciendo por nuestros hijos.

Lo saludé, salí del vagón, fui al hotel a buscar la valija y dejé varado al tren en la provincia de La Pampa.

Viajé a Brasil hasta que se acabaron los ahorros y volví a Buenos Aires en medio de una historia del Dr. Jeckyll y Mr. Hyde: trabajar a la mañana en las revistas de destape de Diario Popular y, a la tarde, colaborar en el suplemento de cultura de Clarín.

Finalmente fui colaborador de Siete Días, y para aquel entonces ya hacía varios años que alquilaba un departamento en el centro. El 30 de octubre del '83 cubrí como suplente el móvil de las elecciones para Radio Belgrano y comencé

a escribir boletines para el informativo hasta que el jefe, Emilio Carlés, me dijo:

-¿ Usted es redactor-locutor, ¿ no ?

-No, locutor no soy. Redactor solamente.

-¿ Cómo que no es locutor?

- . . .

-Qué despelote, porque no podemos tomar sólo a redactores.

Vi por un segundo cómo todo se caía de nuevo.

-A ver... Mire, este laburo es así... Usted ahora ya entró, y lo mejor que puede hacer es quedarse, porque se le dio la oportunidad. Si la administración no le pregunta, usted no diga nada.

La administración nunca preguntó.

Daniel Divinsky comenzó su gestión como interventor en Radio Belgrano con una actitud inteligente: abrió la puerta. Soplaban una quimérica y confusa "primavera democrática " y "Radio Belgrado " se convirtió en una interesante experiencia plural. Durante tres años estuve a cargo de las notas de investigación de Sin anestesia, el programa de Eduardo Aliverti. Dormí muchas noches en el sillón del Control Central, aprendí que había otra radio además de aquella de "Adelante ustedes" y supe que este trabajo también podía ser divertido y peligroso. Llegué a colaborar en cuatro medios a la vez para poder completar un sueldo: Siete Días, El Periodista, la radio y El Porteño. Decidimos armar una cooperativa de trabajo y comprar este último.

-¿ Y qué hacemos si se gasta el plazo fijo?

La revista subió de ocho a dieciocho mil ejemplares en menos de un año, y nunca tuvimos que gastar el plazo fijo, aunque resultamos, en otro punto, víctimas de nuestra propia trampa: armamos una cooperativa en la que todos ganábamos lo mismo y en la que -a medida que el proyecto se consolidaba- seis personas trabajaban en el staff y veinticinco discutían en las asambleas. Al poco tiempo fue más importante prever las votaciones que discutir el sumario.

En El Porteño tomé conciencia, por primera vez, de la existencia del "microclima", ese grupo mucho más pequeño que el público que mantiene con los medios una fuerte relación de revancha. El microclima es, a la vez, parte de "la hinchada", pero una hinchada que cree que puede jugar mejor, aunque no lo hace. En un país donde la izquierda -por supervivencia y por enfermedad- ha vivido encerrada, confundir al microclima con el público se hizo un hábito. Cometí el error -que todavía sostengo- de desafiar al microclima. En los años de El Porteño comenzó también la polémica: fui declarado "persona no grata" por la Sala de Periodistas del Congreso luego de publicar que algunos colegas cambiaban notas por pasajes oficiales de diputados. También me declaró "no grato" la Comisión Interna del diario Tiempo Argentino después de escribir una nota sobre la toma de las instalaciones del diario. El periodista Pablo Giussani -autor en ese entonces de algunos de los discursos del presidente Alfonsín- me acusó de tener "mentalidad de prontuario" por haber recordado en una nota su pasado como trotskista, integrante del staff periodístico de un diario de los Montoneros y luego alfonsinista.

Desde entonces y hasta hoy he sido acusado de narcoterrorista, gay, gordo, ignorante, amarillo, hombre de la nueva derecha, soberbio, humorista, autor intelectual de La Tablada, turista de Punta del Este, difamador profesional, etc.

En diciembre de 1986 presenté al entonces empresario maderero Fernando Sokolowicz el proyecto de lo que sería, meses más tarde, el diario Página/12. Yo tenía entonces 26 años y fui Director Periodístico de ese diario durante los siete años siguientes. Los artículos que integran este libro fueron publicados en El Porteño y Página/12 o leídos como editoriales en el programa radial RompeCabezas y en el programa televisivo Día D.

No pertenezco a la parte de la Humanidad que tiene las respuestas. Creo, después de todos estos años, que soy periodista porque no sé. Por eso pregunto.

Jorge Lanata
Octubre de 1997.

ARGENTINA

Tiempo de bronca

En todos los sueños de Juan Carlos está esa calle: es una calle inmensa, y hay solcito, y a los taqueros le brillan las chapas y los fierros. Están prolijitos, todos formados: en una vereda todos los canas, los chalecos negros, los de la Brigada, los de la patrulla urbana, van a estar todos los ratis.

Y en la otra vereda, todos los rochos.

Esa mañana los rochos no van a tener rollo en andar mostrando todos los brazos escrachados, que para eso se hicieron los tatuajes en el Colegio, para mostrarlos.

Esa mañana va a estar todo mas claro.

-¿Y sabés qué va a pasar? -dice Juan Carlos saliendo del sueño mientras cruza el campito hacia la estación de servicio.

-Van a salir corriendo todos los ratis...

Yo largué una carcajada.

-¡Van a pedir refuerzos, los cagones! Porque mano a mano no le pueden ganar a la gente buena.

Al final del campito nos cruzamos con Metralla, el rati del barrio. Juan Carlos levantó la mano saludando a un viejo conocido. "Metra es macanudo, si a veces incluso nos prestamos los fierros. Pero ojo, ¿eh? No para el choreo, cada cosa en su lugar. Si salís a laburar vas con los fierros tuyos. Lo que hay con Metralla es mucho respeto".

Metralla cruzó hasta la parada del siete cuarenta, puteando de bronca por el frío y con las manos clavadas en los bolsillos.

El bondi no viene porque hubo un accidente. La noticia es tapa de los vespertinos y la cantidad de muertos depende de cada diario: diez, once, doce.

El tren se llevó el siete cuarenta a la rastra, como dos cuadras, y lo que Metralla esperaba era en realidad algún camión de los que se cruzan llevando gente. Los camioneros son rápidos para el negocio.

La parrilla cercana a la Estación San Miguel es, como me habían dicho, "un lugar tranquilo, donde podés charlar entre gente buena". Ahí Juan Carlos, Borsi o el Nene no necesitaron bajar la voz. No esperaron ninguna pregunta, y soltaron que a los ratis ya se les perdió el respeto, que ya no hay más "¡Alto, Policía!", y si te descuidás te dan vuelta. Que Borsi anteanoche cayó en cana y de afuera del patrullero el subcomisario le gritó: "¡Bajate y corré!". Y no corrió ni en pedo, y siempre nega, que no. No corrió porque no es ningún boludo.

-¿Y por qué caíste?

-Caímos en razzia y empezaron a los gritos, nos miraron los brazos y como los tenemos escrachados ahí nomás te enganchan. Me querían hacer cargo de un homicidio, no sabés cómo nos dieron. Y yo nega total. Mirá -dice, y muestra-, parecía que nos habían pegado pijazos en la espalda.
Borsi asiente.

-Yo les quería pelear mano a mano, porque si viene así la cosa, te retobás. Y yo no le tengo miedo a nadie. Yo respeto a la yuta, pero que ellos respeten a los vagos.

Juan Carlos tiene demasiado presente, quizá por eso nunca sueña con su pasado. No se sueña cuando empezó, haciendo pagadiós en los kioscos, o cuando salieron al escruche con el Nene. A él la mano le gustó de entrada, y le gustó hasta que cayó en canasta: la primera vez le engancharon 37 hechos. Robo calificado agravado -decía la carátula.

-Eso quiere decir con fierros y abuso de armas -me traducen.

-¿Viste como son los ratis? -dice el Nene-. Los giles te ponen agravado porque les apuntás. ¿Qué quieren? ¿Que les apuntes con el dedo?

Borsi, el mayor, fue tres veces a la canasta. Y siempre nega. Y cuando era menor estuvo en el Colegio. Y al final salió.

-Adentro se conoce gente inteligente -me dijo-. No como vos, te lo digo con todo respeto... porque... si vos estás ahí, ¿qué hacés? Te la bancás, esperás que pase el tiempo. Ellos no. Hacen túneles, se escapan por las paredes. Son inteligentes.

El amor llega temprano, como la muerte: Juan Carlos se casó a los 16. Se separó un año después. En esa época sogueaba en los ranchos. Después se fue p'arriba. Conoció gente. Y una vez entró a un negocio con un fierro. Se sintió más macho. Estaba nervioso pero miedo no, no tenía. Miedo, lo que se dice miedo, tuvo hace unos meses después de un choque. Pero en el afano nunca tuvo miedo. En el afano se sienten nervios. Y si hay que disparar al arrebatado se dispara. Pero si no, a la gente se la trata con respeto. Y nunca se afana a la gente buena o a la laburadora. Esos son inventos de los ortivas, que en este barrio está lleno.

Los ratis no. Ellos en las razzias levantan todo. Los ves a los gomazos con los viejitos que les dicen que no, que ellos son laburantes, o que tienen el documento roto porque la jermu se los metió en el lavarropas, pero los ratis dale que va.

Afuera ya es de noche y hay niebla, y cada tanto los cuatro miramos a la puerta, no sea cosa que pase la lancha y se arme el tiroteo.

-¡Mirá si viene la yuta! -dice, probándome, Juan Carlos-. ¿Te imaginás?

¡Pim! ¡Pam! ¡Taratatatatá!

-¿Querés que reventemos el boliche éste? -se da dique Borsi, que sólo quiere hablar de los ratis y le pide al mozo otra jarra de vino blanco.

Los ratis de San Miguel te matan.

Los de la patrulla urbana están para darte vuelta.

Pero de acá no nos movemos ni a palos. Que les vengan a reventar el rancho, si no. A Juan Carlos le dijeron: Andate a Rosario, andate a Mar del Plata. Si él tiene familia en todo el país... ¿Pero cómo se va a ir del barrio? Que se vayan los ratis y los ortivas.

-Ahora en provincia se labura tranquilo. Te van tirando líneas de barrio a barrio, y conviene laburar los viernes, aunque sea el día más peligroso. ¿Viste el supermercado ese? ¿Tal y tal? Bueno, yo no me puedo meter porque soy del barrio.

Vayan ustedes y yo me llevo una teca del diez por ciento.

Uno tiene buenos contactos. A veces nos tiran buenas líneas. En Capital no, ahí no laburamos porque la Federal no te deja salir. Eso sí, con los rochos de Capital hay un respeto bárbaro. Nos ayudamos. ¿Ves? En eso somos distintos a la yuta, ellos se cagan por un ascenso.

-Y más nos ayudamos si te salta mancada -dice Borsi jugando con el encendedor-.

Si hay que poner guita para el boga la plata se junta entre los rochos. También la guita para bancar a la familia. Lo mismo que se respeta la zona. Esta es Area Tehuelche y acá no se mete nadie.

Juan Carlos volvió del baño acordándose de la pelea del otro día.

-Eh, pero eso es distinto. Uno va a un barrio y lo forrean. Le dicen: Forro, dame un cigarrillo. Y ahí se pudre todo. Vamos allá y les reventamos todos los ranchos.

-Porque nosotros no nos bancamos la injusticia -dice uno.

-Poné, poné ahí que soy un laburante -dice otro, señalándome el cuaderno de notas.

La vida le pasa por encima al reportaje:

-En esta parte tenés que anotar: "Risas" -dice Juan Carlos.

Todos se ríen. Yo anoto: "Risas". Alguien pregunta por qué no nos pudimos ver el viernes. Yo le digo que los clavé porque era mi cumpleaños, y no tuve tiempo

de avisar. Cada uno de ellos se sorprende y me da la mano. Piden otra jarra de blanco.

Van y vienen al baño. Antes de sentarse a la mesa miran entre la niebla para descubrir la lancha. Los ratis deben estar ocupados con el accidente de San Miguel.

Borsi inclina su vaso y mira hacia adentro, como si buscara algo que se le cayó:

-Si pisaste la calle no salís más -dice-. Miralo a este chabón (señala a Juan Carlos), éste tenía todos los chiches, yo no sé porqué se le ocurrió...

-Le gustó la fácil -dice el Nene con una sonrisa.

Juan Carlos dice, sin mucha convicción, que depende mucho de la familia. El viejo es correntino, sargento retirado de la Policía. La madre labura cama adentro desde que volvió del Chaco. A veces hay bolonquis en la familia. . . -vuelve a decir-. Y entonces a la bronca no la parás más.

Juan Carlos dijo familia y todos se acomodaron en el asiento.

-¿Vos que hacés con tu mujer? -me preguntan sin esperar respuesta-. Vas al cine, salís... Nosotros no, salimos con los amigos, ellas que vayan por ahí con la familia. A nosotros nos gusta el bareca... O sino curtimos con las hermanas del Nene.

El Nene escucha y lo putea.

-Poné, poné ahí que somos cuñados...

Borsi me pide que ponga que están en contra de las patotas y de los violetas.

Claro que ellos apretaron colectivos, pero con respeto, siempre con respeto.

¿Sabés cuántas veces? Pero nunca tocamos una mina. Hay que dejarlas vivir. Si vos te las cojés a esa familia la arruinás. Si total lo que uno busca es platita, y con eso te podés ir de joda donde quieras. Si la violás... ¿después cómo la va a ver el marido?

La va a ver como a una puta, ¿me entendés?

El Nene dice que tampoco afanan cheques. ¿Para qué los querés?

-El viernes me hice 170 palos -cuenta-. Iba el chabón en una camioneta con la jermu. Yo le dije apenas lo apunté: "Señora, quedese tranquila, que acá lo único que queremos es la plata".

El Nene dice que los violetas tienen una mentalidad torcida, que se los ganaron de guachos.

-Y aparte mirá: el violeta siempre cae por lo mismo.

-Yo ya hice diez años de delincuencia -dice Juan Carlos, como si se tratara de una carrera de posgrado- y aprendí que si caés por violeta o por patota te perdés todo lo que hiciste desde abajo.

Los tres saben que si entrás en la canasta por eso, te refugian. Vivís siempre solo.

Entonces no podés hacer conducta en la cárcel y conocer muchachos inteligentes.

Al violeta en el pabellón, siempre le dan huasca, y si te bate te podés comer

una causa interna. Y en esa, si te dan ocho años, los cumplís o los cumplís.

La radio de la parrilla dice que son catorce los muertos de San Miguel. Pero

andá a creerle a estos chabones, siempre mienten. Igual con lo de la falopa. Uno con la falopa se ríe, se ríe. Y acá hace falta acción, no risitas. No andamos ni con la blanca ni con la Mary.

-La droga nuestra es ésta -dice el Nene señalando la jarra de aluminio con vino blanco. Afuera el mozo arregla el asado. La lancha ni pinta.

De noche o de día, da lo mismo. Y siempre a cara descubierta. Como venga.

Si a los chabones no les das ni tiempo a nada. Así se afana. No como los ratis, que te la dan por la espalda.

-¿Miraste Nuevediarario?

-No.

-Pasaron a uno que se la dieron por la espalda y venía de laburar. Pero laburar en serio, no como nosotros. Un hombre trabajador.

A la boleta no le tienen miedo. Dicen que están jugados.

Borsi tuvo miedo una vez: estaba adentro, en el calabozo y le dijeron que le iban a reventar a la familia.

Si le tiene que poner un cohete a un rati no lo piensa dos veces. Tampoco a un gil. Uno es respetuoso, y aprieta con respeto, pero a veces salta engomada.

-Como el día aquél -recuerda Borsi- cuando abrimos la Cárcel de Devoto.

-¿Te acordás de Devoto? Fue en las vacaciones. Estaba Abal Medina, y sacamos un par de flacos. No sabés cómo nos siguieron los Torinos... -dice Borsi confundiendo los años-. Fue en el '72... no, '73... Da lo mismo. Igual que ahora, si éramos todos peronistas.

El Nene está en contra de los radichetas, están todos con la ley. Menem es un hijo de puta, y el mejor es Herminio.

-Ese sí que es terrible tumbero viejo.

Juan Carlos se admira:

-Herminio tiene mas líneas en la cara que un mapa. Ese sí que va a largar a todos los presos, va a abrir cabarets. Ese te dice las cosas de frente.

-Yo quiero que pongan un cabaret acá cerquita -pide Borsi.

-¿Qué ley? ¿Qué va a hacer la ley? La ley es injusticia. Uno lo ve acá en la calle. A los giles laburantes los cagan a palos.

-Gente vieja que le dicen: "¡Callate la boca!" Y un gomazo.

-Eso sí, poné que gane quien gane la elección nosotros igual vamos a seguir apretando.

Pongo.

-Poné que no te faltamos el respeto.

Pongo también.

Pongo, además, que lo que el viento da, el viento se lo lleva, y entonces la guita no sirve para nada, que me lo dice Juan Carlos que en el fin de semana se gastó cuatrocientos palos y que el domingo hizo un buen asado para los amigos. Y pongo también que es mejor afanar a lo grande, y que Juan Carlos dice que bueno, que se podría retirar pero sólo si con una buena línea agarra:

-¡ ¡ ¡Cien mil dólares ! ! !

Y que se ríe mientras me lo cuenta, como cuando recuerda el sueño, el de ese día que los ratis van a salir corriendo por el medio del campito.

Los abrazo. Les digo que se cuiden, y siento que se pudo establecer entre nosotros alguna forma de ese respeto que tanto los desvela. Salgo de la parrilla hacia la niebla sin saber si volveré a verlos alguna vez.

Publicado en El Porteño en octubre de 1986.

Revólveres y rosas

-El Bien triunfa sobre el Mal.

-El ahorro es la base de la fortuna.

-Con el título tenés un futuro asegurado.

-El pelo por arriba de la camisa.

-La falda por abajo de la rodilla (nunca te olvides de cruzar las piernas).

-La justicia tarda, pero llega.

-El amor es sacrificio.

-Este es el país de los cuatro climas. El mañana es nuestro.

-Dios te va a castigar.

-¿Por qué no nos cuenta de qué se ríe así nos reímos todos?

No los conocemos, o tememos conocerlos. En eso no crecimos demasiado: es como cuando ellos tenían cinco o seis años y nos miraban, solemnes, desde ahí abajo, y preguntaban:

-¿Papá, qué es la muerte?

Oscilamos entre las dudas y las frases hechas. Nos consuela pensar que la ideología tiene los tiempos del acné: ya se les va a pasar. Ya dirán "Sí" como

nosotros tuvimos que decir que sí, primero con un temblor en la garganta, y más tarde con resignación. Los admiramos sólo cuando parecen grandes, esto es cuando más se parecen a nosotros, cuanto menos son ellos mismos.

Les pedimos que bajen el volumen.

Políticos que se drogan les piden que no se droguen.

Papá les pide que no roben, a la noche, en casa, al mismo tiempo que falsifica los vales de nafta de la empresa.

El tío les dice que no traicionen: ya lo vieron dos veces susurrando en el teléfono del cuarto mientras combinaba una cita en un bar desierto.

Los medios los imaginan con una actitud Pitman de la vida: el diploma en el brazo en alto, caminando sobre una alfombra de billetes.

Ellos toman cerveza y más cerveza, y se quieren, y se preguntan, y no entienden nada y de pronto comprenden todo, y combinan la ingenuidad con un cinismo a prueba de balas, y pagan el precio de ser jóvenes, documentos, de dónde viene, lo tienen que venir a buscar sus padres, qué es ese olor a marihuana que te sale de la ropa, morir por una campera de cuero, escuchar rock and roll y sentirse inmortales.

Rock and roll: grito encerrado en un compact-disc.

Rock and roll: frente al fin de siglo, quizá la última actitud romántica de la cultura.

Rock and roll: modo de asustar a las abuelitas probado con anterioridad por los viejos poetas surrealistas.

Rock and roll: falleció frente a testigos en 1968, el mismo año de la muerte de Dios. Resucitó en diversas oportunidades.

Rock and roll: espejo, catarsis, negocio, fenómeno de masas. El porcentaje de mentira es un poco menor que el existente en la política, en las Naciones Unidas o en los laboratorios.

Rock and roll: visión exagerada de los símbolos de la cultura occidental: éxito rápido, muerte rápida, fama de cinco minutos, sobredosis, limusinas, mujeres flexibles, gloria. Frente a la rapidez, las máscaras se desintegran.

Cae una vez más la máscara del Presidente: "Yo tendría que haber prohibido a los Guns 'N' Roses -dijo-. Pero... ¿qué hubieran pensado de nosotros en el exterior? Que somos autoritarios", agregó, incomprendido.

Cae la máscara del secretario del Presidente: "Si el sábado hay disturbios se prohíbe el recital del domingo". No hay postre, no salís por dos fines de semana, no hay vacaciones, no hay ministro Bauzá después del escándalo de los guardapolvos. Perdón, sí hay ministro.

Cae la máscara de los diarios sensacionalistas: rock-droga-muerte-hospitales-bandera quemada-periodistas golpeados-muerte-cuidado-muerte.

Cae una chica, en Temperley, porque su padre no la dejaba ir al recital. Se suicida y su padre, desesperado, se mata. Los cables silban la noticia. La chica se hubiera matado, también, sino la dejaban ver a los Simpsons. Mañana los sociólogos analizarán la "perniciosa influencia del rock en la vida familiar". Tememos conocerlos. Se mató por los Guns. Gun quiere decir revólver.

Cae la máscara del propio grupo: Axl, el mito que no habla con la prensa, el que no concede, se pone la camiseta de la selección argentina. Un grupo comercial y menor, niños de pecho frente a los Pistols o los Stones, provoca una catarsis nacional.

Pensamiento billar: característica del ser nacional. Utilizado hasta el hartazgo por los militantes, podría definirse así: "Hago A porque en realidad quiero X para llegar a Z; voto a tal, pero no por él mismo sino para evitar que cual llegue al poder".

Personaje nacional: El Otro yo del Dr. Merengue, ese porteño sometido a su otro yo que anunciaba, como un fantasma lo que el Dr. no se animaba a decir: -No se venderán bebidas alcohólicas en el estadio.

(No nos importa que se emborrachen hasta vomitar en la calle, frente a los kioscos, frente al no futuro, frente al "vas a meterte el diploma en el culo y

comprarte un taxi". Pero por favor háganlo solos, o en grupos de cuatro a cinco.)

-Es la obligación del Estado custodiar la vida y la seguridad.

(No nos importa que la Policía fusile en la Provincia.)

-Los Guns dejan mucho que desear con la ética, la moral y las buenas costumbres.

(La Ferrari es mía, el indulto es necesario para la pacificación, los delincuentes periodísticos tienen la culpa de todo, salarizado, no los voy a defraudar.)

-Es un conjunto proclive a la violencia.

(No nos importan los invisibles. A esta hora hay millones de chicos que toman menos leche de la necesaria y que serán menos inteligentes mañana. No nos importa la violencia azul, estatal, prolija, violencia como Dios manda.)

Ellos quieren rock and roll. No escriben planes económicos, no discuten acuerdos nucleares, no estafan al Estado, no declaran Guerras del Golfo (aunque a veces los obligamos nosotros a pelear en ellas), no se han traicionado tanto, tienen más preguntas que respuestas.

No habría que tenerles tanto miedo.

Publicado en Página/12, el 6 de diciembre de 1992.

Las playas de la nada

Por favor marque con una cruz la respuesta correcta:

A) ¿Cuál es el nombre de Dios?

1) Dios no existe.

2) Dios existe, es el Creador, está en todas partes y no tiene un nombre en particular.

3) Roberto Giordano.

B) ¿Cuál fue la noticia de mayor importancia mundial en la primera quincena de enero?

1) El hambre en Somalia.

2) La formación del gabinete de Clinton.

3) El romance entre Nicolás Repetto y Carolina Pelleriti.

C) ¿Cuál es el nombre de la Virgen?

1) María.

2) La Virgen es parte de la mitología religiosa.

3) Nicole Neumann, la modelo de doce años que fue tapa de Noticias, hija de la sicóloga Claudia Neumann que sostuvo que "con este trabajo Nicole va a encontrar más rápido su sexualidad".

D) ¿Quién es el autor de los atardeceres en Solanas?

1) Dios.

2) La Naturaleza.

3) El fotógrafo de editorial Atlántida Pedro Luis Raota.

E) ¿Quién es Conrad?

1) Escritor inglés nacido en Polonia, autor de Lord Jim y El corazón de las tinieblas.

2) Nadie.

3) El nombre del primer hotel cinco estrellas de Punta del Este, que costará 760 millones de dólares.

F) ¿Dónde se produjo la mayor concentración de fotógrafos por metro cuadrado?

1) En la Casa Blanca.

- 2) En Europa del Este.
- 3) En la Disco Space.

Si usted ha marcado el número 3 en todas las respuestas, es obvio que se encuentra leyendo esta nota en Punta del Este.

Miles de turistas argentinos llegaron a esta ciudad en la misma fecha y se irán dentro de quince o treinta días. Casi dos horas desde Montevideo: rutas prolijas, presidente liberal, puestos de peaje, pasto cortado como si fuera césped, Uruguay tiene colores de país Benetton. Uno puede sorprenderse buscando a la vaca de Milka a los costados de la ruta.

En el asiento trasero las chicas sueñan con la mezcla de Kevin Costner y Terminator que encontrarán tomando sol en Montoya. Mamá se baña en Giorgio, de Beverly Hills, por octava vez. Papá piensa siempre en la oficina. Tomará un avión al otro día y volverá el viernes a la noche en el avión de los casados: vuelo 298 de Aerolíneas Argentinas, sale 21.15 desde Aeroparque. Las chicas mueren de envidia por los mochileros que hacen dedo, desganados, cuando ven pasar el BM de papá. Papá no para. Los mochileros saben de memoria que un auto con placa de Buenos Aires no pararía ni frente a un choque múltiple con cien heridos graves.

-Dijeron que iba a estar lista para diciembre -dice papá otra vez.

-Bueno, no es para ponerse así, tampoco -dice otra vez mamá, y roza con la muñeca uno de los tres collares de oro macizo que la hacen increíblemente parecida a Mister T.

Papá es uno de los argentinos que este año invirtió en el Este.

Un granito entre doscientos millones de dólares de obras en construcción. Bueno, no la terminaron a tiempo.

Papá, mamá y las chicas engrosarán otra estadística esta tarde: la de las mil bolsas de basura que se sacan cada día de las playas de Punta del Este, un treinta por ciento más que el verano pasado.

Antes de que papá se vuelva harán el circuito indispensable: café en Il Greco (las chicas piden licuado de durazno y naranja porque lo leyeron en Gente), atardecer en Solanas, pasada por Montoya, comida en Mariskonea, compra de artículos importados en Graffiti, pasada lenta por el complejo Motor Oil (las chicas bajan un minuto porque ahí funciona la agencia de reclutamiento Pancho Dotto, y nunca se sabe), caminata lentísima por Gorlero y quizá Casino. Y ya. Eso era todo lo que había que hacer. Lo hicieron en dos días y les faltan veintiocho para volverse. Papá se siente como Soren Kierkegaard frente a la ventana, aunque papá crea que Kierkegaard debe ser el nombre de un condominio en Oslo. Una mañana el viejo y bueno Soren se enfrentó a la Nada, escribió algunos intrincados libros de filosofía y, finalmente, se mudó a un condominio en Oslo. Papá vuelve a escapar de la Nada.

Descripción de la nada

En esta ciudad todos tienen tiempo. Descubrirlo les causó estupor: los días son largos, las mañanas no se pasan volando sino que planean pesadamente como las gaviotas, recién anochece a las nueve y media y todo ese tiempo debe usarse para alguna cosa.

Lo más incómodo es que todo ese tiempo debe compartirse con extraños: una mujer y niños a los que sólo se veía en los días festivos o en el breve colapso del desayuno.

Ahora están ahí todo el tiempo. Al tercer día el turista memoriza las notas de los diarios, lee con especial interés notas de remates judiciales en sitios lejanos y se da vuelta de inmediato apenas suena un movicom, aunque él no lleve el suyo encima.

Los diálogos que puede escuchar en la playa no son enriquecedores:

-Ona Sáez.

-Cemento, Buenos Aires.

-¿Mango, La Barra Clothing?
-Pepsi, Pepsi, Mango Tatoo Bar Levis Vitara. ¿JB?
-JB, JB. Amstel Brahma Chop Diesel Motor Oil Marlboro 100's Flip Top Box.
-Twinings.
-Earl Grey.

El secreto frente a la Nada consiste en unirse a ella.

Un grupo de físicos de Maldonado desarrolló, en los últimos años, una Teoría de la Implosión, recopilada por la municipalidad local en un cuadernillo de escasa circulación titulado "Estrategias contra la Nada" (Editorial Treinta y Tres, 1991, Maldonado, Uruguay). Allí los físicos concluyeron lo siguiente: si un cerebro estándar, frente a una gran cantidad de información, corre el riesgo de explotar, también debe producirse la reacción inversa.

Luego de varios años de estudios primero en animales y luego en seres humanos que se ofrecieron como voluntarios, los científicos de Maldonado probaron que la falta progresiva de información, junto a la ausencia total de reflexión, forman las condiciones propicias para que el cerebro implote, para que explote hacia adentro. Y hubo otra conclusión: la implosión puede producirse por un estímulo determinado.

Finalmente enunciaron la ley: "Un cerebro que no se usa, implota frente a un dato que lo supera y no puede procesar". Veamos algunos ejemplos:

El primer caso de implosión no voluntaria fue realizado con Marcelo M. (el nombre completo no fue difundido porque se trataba de un menor), habitué de la playa de Montoya. Allí Marcelo M., estudiante crónico, cobrador de sueldo de hijo, vecino del Barrio Norte, lector de resúmenes Lerú, seis horas diarias de gimnasio y medio litro de vaselina cada doce horas, enfrentó al grupo de físicos de Maldonado.

El Dr. en Física Washington Peralta Bó, titular del grupo, lo miró directo a los ojos y le dijo:

-¡Sartre!

El cerebro de Marcelo M., superado por la información que no pudo procesar, implotó.

Dos días después -según se reveló ahora, luego de una investigación de la prensa local- el experimento se repitió con una adolescente argentina, turista del Este desde la niñez, egresada de un colegio religioso de Olivos, con doble escolaridad.

El grupo enfrentó a Jimena R. y le dijo, sin compasión:

-¡Yourcenar!

Y la chica implotó de inmediato.

En ambas implosiones los científicos recogieron del piso muestras de un polvo blanco, similar al azúcar impalpable, suponiendo que se trata de restos del cerebro quemado, sometidos al intenso calor de la implosión.

Rumores que circularon esta semana en Montevideo señalan un caso de implosión colectiva protagonizado por cinco militares uruguayos que implotaron luego que una delegación de Maldonado les preguntara sobre Bertrand Russell.

Veo, veo

La mirada perdida de los parroquianos de Il Grecco o La Fragata -los bares en los que hay que estar sobre Gorlero- indica tal vez un justificado temor frente a la implosión.

La fila de autos se atasca en la "avenida", y los espectadores se cruzan constantes miradas mientras la cola avanza:

- 1) ¿Ese quién es?
- 2) Tal vez sea un conocido, venga a la mesa y me libere del aburrimiento.
- 3) Quizá sea un actor, periodista, deportista o modelo famoso.
- 4) Esa nena es increíble. ¿Tendrá más de 18?
- 5) Si no es así y me procesan por estupro, el juez me felicita.

-Lo vimos a Neustadt -se informan dos amigas, mientras se saludan con cierta excitación.

-Esa es la casa de Repetto -señalan otros mientras retrasan la marcha del auto en las calles de tierra de José Ignacio.

El valor de la mirada es más importante aquí que en un juego de póker. Mirar y ser mirado. Entrar en el cono de luz celestial en el que puede oírse la voz de Pancho Dotto:

-¿Por qué yo, Señor? ¿Por qué seré yo la próxima tapa de Gente?

La conciencia de momento, de presente continuo de cualquier turista de Punta del Este es más fuerte que la que tuvieron los pilotos del Enola Gay cuando bombardearon Hiroshima. Todo es ahora o nunca. Este presente es el único momento posible.

Dentro de un licuado de durazno, puedo engordar. En treinta segundos más el sol puede hacerme caer ocho milímetros de piel de la frente, si camino un metro más la tira del bikini puede meterse un centímetro más en mi traste y el efecto no será el mismo.

Chicas por las que Miguel Angel mearía cada uno de sus frescos de la Capilla Sixtina se duermen entre llantos, viéndose deformes. Otras vomitan bulimia en el inodoro del hotel, o comen sólo en las semanas impares, y viven desmayándose como poetas del Romanticismo. Unas y otras recurren al pareo, que funciona en este caso como la cultura: sirve para cubrir imperfecciones. El estado de tensión en el que viven estas chicas es mucho peor que el de un broker de Wall Street en la crisis financiera de los ochenta:

-Esto sólo con esto, esto jamás, esto no sé para que mierda lo traje, a la playa sólo de tal hora a tal hora, nunca a esa disco, sí a ésta, Dios mío, cómo se me escapó esa palabra que es una grasada espantosa, ¿él me mira?, no sé si me mira o no, cada día veo menos pero jamás voy a ponerme los lentes.

-¿En qué pensás?

-En nada -mienten ellas con la tranquilidad de Laurence Olivier en su mejor interpretación de Hamlet.

Inválidas y encantadoras, de natación insegura y mirada firme, se saben viviendo sus quince minutos de popularidad.

Después, ni Andy Warhol podrá salvarlas.

El Manual de Supervivencia Dotto es aun más duro que los consejos de Scott Fitzgerald sobre las mujeres: el autor de El gran Gatsby (que no es Pancho, sino el otro) decía, borracho, en el Plaza de NuevaYork, que las mujeres se terminan a los veintitrés. Aquí a esa edad ya las suben a los micros del PAMI para una excursión al Valle de la Luna.

Es fácil imaginar a estas chicas haciendo el amor frente al espejo, mientras controlan la estética del ritmo y el demoledor avance de la celulitis.

Sus pares masculinos no son muy distintos, aunque su parecido con Terminator los acerca más a Sarah Connor que a Schwarzenegger. Hay en ellos algo ligeramente "putil" (lo escribo, está claro, con envidia), quizá el pelo largo estudiadamente desprolijo, o los músculos brillosos y el traje de baño americano. Circulan por la ciudad en sus Harley Davidson, en el Mercedes descapotable de papá o en el 4x4 que consiguieron gracias al berrinche del último cumpleaños, junto a la promesa formal de recibirse en menos de ocho años en la Universidad de Belgrano.

La belleza de Punta del Este es demoledoramente ingenua. No hay aquí personajes de American Psycho, ni adolescentes italianos por los que morir en Venecia. Es una belleza sin carga o, para decirlo de otro modo, sin perversión. Las chicas, en el fondo, responden a cualquiera de las reglas del metro patrón, del metro papá de todos los metros del mundo, residente en el Museo de Pesos y Medidas de París. Saben que esta broma del cuerpo pasará, que ya llegará el marido abogado,

la rural Falcon y los niños con globos en el asiento trasero, y piden que nadie les recuerde todo ese rollo en esta ciudad donde tampoco hay pobres, o donde al menos no se los ve, en la que los mozos y las mucamas viajan a dormir a Maldonado.

Cruella de Vil

-¿Viste esto?

-¿Qué?

-Dice el diario que en Buenos Aires hay más de ocho millones de personas que no tienen agua corriente ni cloacas.

-¿Y?

-¿Cómo "Y"? Hay trece millones de habitantes...

-A ver, traé -dice, y agarra el diario, y lee detenidamente-. Debe ser un error de imprenta.

¿Es ésta la capital nacional de la frivolidad? Este verano no cuenta con el apoyo de los funcionarios del gobierno a los que se les prohibió venir, por lo que abandonaron sus habituales mesas de Il Grecco. Punta del Este no es más frívola que el Patio Bullshit (léase Bullrich) o que algunos semanarios argentinos ("Casas y carne, nena, ésa es la consigna, casas y carne, vos mostrá cómo son las casas de los famosos y tratá de que las minas hagan topless", le dijo su editor a una cronista porteña que cubre el verano) o que la Avenida Alvear, o que la clase dirigente.

Aquí sólo tienen más tiempo, y se enfrentan a la Nada y al espejo. En esta ciudad-country es más fácil soltarse de lengua, volver con varios kilos de más, llenarse los brazos de bijouterie y ser sinceramente crueles.

-Después de todo, estamos en familia -dice papá.

-Venimos siempre los mismos. (mamá)

-Lástima que esté tan lleno de argentinos -dicen los argentinos.

-Parece Gesell, ¿no, nena?

-Ya no es lo que era.

-Nada vuelve a ser lo que era.

-Nunca se sabe.

El colectivo 60 en el Museo del Louvre. Así de grotesco es este sitio tan bello. Desde esta máquina de escribir, a treinta kilómetros de Punta del Este, se escucha el mar, y se puede caminar en la playa, y ayer, en la playa, un uruguayo que salió de ninguna parte y al que crucé sin saludar me gritó:

-Por allá va a salir la luna. Ahora, en un rato. Va a ser inmensa -dijo, señalando hacia allá con el brazo.

Y al rato la luna salió por allá, y era inmensa.

Publicado en Página/30 en febrero de 1993.

Time Café

Vi en diciembre, en Nueva York, en un lugar llamado Time Café, un reloj que funciona al revés. Es muy impresionante ver un reloj marchando al revés: está en contra de la entropía, de los almanaques, de la angustia y del sentido común.

Las agujas avanzan en dirección contraria: entré a ese bar del 380 en Lafayette Street a las cinco de la tarde y salí a las tres. Lo que pasó no había pasado, o había sucedido en otro tiempo del que no tenía memoria.

Olvidé la anécdota del bar y del reloj hasta el lunes pasado cuando, en un restaurant de Buenos Aires, me encontré comiendo a tres mesas de distancia de Isabel Perón.

La cara de Isabel, con el paso de los años, se transformó en el rostro del cadáver de Perón: una nariz inmensa y filosa transmitida hasta el cansancio por la cadena nacional. La cara del cadáver de Perón bajo una peluca de mujer vestida por Courreges. El almuerzo sucedía en 1974, en 1983 o en 1993. El reloj se había vuelto loco.

Mis pensamientos, después, se sucedieron más o menos así:

Time Café, esquina de Lafayette y Great Jones.

Recuadro del diario: una vendedora de Mar del Plata confunde a Isabel con una actriz de cine; la viuda de Perón busca una campera que se lleva sin pagar, la vendedora corre a cobrarle y finalmente uno de los acólitos que rodea a "la Señora" paga la cuenta en la vereda.

Triple A.

Voz de Isabel en off, sonido de una puerta sin engrasar que se cierra entre chirridos.

Fotos de Isabel y López Rega debajo de inmensas camperas amarillas, pollitos de incubadora en una base de la Antártida. Alguien escribe: "Del ridículo nunca se vuelve".

Triple A. Subsuelo de Bienestar Social, encuentran armas, cadáveres en los bordes de la autopista a Ezeiza, fusilamientos, más armas, López Rega se va del país.

La señora se sirve su segundo plato, desde las mesas de alrededor le llegan miradas indiscretas y divertidas, es como si estuviera comiendo allí Paul Newman.

Manuel Vicent, que describe a Isabel como una señora "con cejas espiritistas y pinta de peluquera de provincias".

Las revistas muestran a Isabel en un zoológico, a Leonardo Favio visitando a Isabel, a médicos discutiendo sobre la presunta impotencia de Perón, a impotentes discutiendo sobre los médicos de Perón, a Perón, a esta señora que se define como "simple y sencilla".

La señora grita "¡No me atosiguéis!" y devora Hola con interés. "Una mujer que fue mal asesorada", se consuelan en su entorno. Creen que la frivolidad no es peligrosa.

¿Isabel candidata?

No, no todavía.

La señora se reitera dispuesta a "seguir ayudando al pueblo argentino".

Seguir ayudando al pueblo argentino

Nunca se sabe. No todavía. Este país de los cuatro climas y la tierra generosa puede permitirle a cualquiera un segundo acto. Bignone escribe su libro, Massera corrige el propio, los niños del secundario no conocen a Astiz, López Rega ha muerto, se cumplen las reglas del Time Café.

La señora leyó en el diario, a la mañana siguiente, que el Presidente condecoró a Pinochet. Le parece bien. El Presidente dice que no se arrepiente de nada.

Pinochet tampoco.

El reloj del Time Café indica que esta nota nunca comenzó.

Publicado en Página/12 el 21 de febrero de 1993.

El Joven Ilustrado

Las señoras tienen pasión por los vestidos, y en esos días de Semana Santa habían andado tan ocupadas con los preparativos que casi no hablaban de otra cosa sino de los lujosos trajes con los que pensaban asistir a las ceremonias."

(William Mc Cann, en Viaje a caballo por las Provincias Argentinas, editado en Inglaterra en 1853.)

En los noventa los ignorantes ya no tienen los pies descalzos y la ropa hecha

jirones. En la Argentina de la Reconversión (eufemismo que significa expulsar de la economía a un tercio del país) han nacido ignorantes con campera de duvet, moto de alta cilindrada, clases en Universidad de la zona norte y novias con formas de junco y piernas de gladiador.

Los Jóvenes Ilustrados repiten con tono de oración:

-Alfonsín es zurdo. En Suecia se suicidan muchos, por algo será. En Francia las empresas de servicios son privadas. Si Gorbachov los dejara, los rusos votarían a Bush por unanimidad. Todos los palestinos son terroristas. Ahora capaz hay menos, pero hace unos años los judíos habían tomado el gobierno. El Joven Ilustrado repite cada frase con seguridad académica. Le encanta sentirse obediente. Intuye que este año, o a más tardar el otro, podrá repetir su catecismo en Tiempo Nuevo. El Joven Ilustrado expresa, en verdad, el inconsciente colectivo de la mayor parte de la clase alta argentina, formada en la lectura de best sellers en La Mansa (o La Brava, según resulte in o out), junto a una lectura rápida de Guy Sorman y mucho Para Ti.

¿Kennedy? Bueno, Kennedy también era me dio zurdito.

En Estados Unidos, nuestra Madre Patria, es frase sólo podría escucharse de la boca del presidente del Ku Klux Klan.

Condenada a la promesa de un mañana constante, Argentina no tuvo ayer: la nobleza del país se redujo a formar parte de la cuarta o quinta generación de almaceneros. Almaceneros llegados en 1810 (los Martínez de Hoz), en 1850 o en 1920 si título nobiliario dependió de la rapidez con la que pudieran alambrar tierras fiscales, disparar contra los indios o negociar algún asunto turbio con el gobierno de turno. Pero aun así, aunque igualmente cruel, la clase alta del '80 o de la Argentina del Centenario, era por cierto más prudente, o menos ignorante.

Es cierto: la burguesía está para hacer dinero y no para generar cultura. Sin embargo, una burguesía que no puede responder ocho de diez preguntas en Feliz Domingo puede hacernos pensar en lo volátil del futuro.

-Todman es zurdo -dijo a mediados de la semana pasada el concejal de UCeDé Carlos Maslatón, refiriéndose a Terence Todman, el embajador norteamericano.

-No sólo es zurdo sino que, además, es negro -habrá pensado, sin animarse a decirlo, el Joven Ilustrado.

-¿Defectos? ¿Si la clase alta tiene defectos? No, no tiene -le dijo Amalia Lacroze de Fortabat a la revista Noticias.

-Nuestra clase alta es mas trabajadora que la de otros países -agregó-. Mi nieto me dice: "Trabajar en el campo no es trabajo, es tan lindo..." Pero trabajan. Con la lluvia, la seca, la langosta. Aunque se distraigan jugando al polo, trabajan todo el día en el campo.

Los Jóvenes Ilustrados juegan al polo mientras sus novias se desmayan en los gimnasios; tienen que ser una réplica exacta de los avisos de Calvin Klein. Tienen también una mirada lánguida y distante que, si bien podría atribuirse a la lectura de los existencialistas, se debe al hambre, a la abulia o a la miopía.

Tienen el poder al alcance de la mano, entre sus manos, y van a tomarlo como a un vaso de agua fresca. Deben, solamente, murmurar su catecismo:

-Alfonsín es zurdo, Todman no sé. En Suecia van a prohibir las ventanas. Afuera todo es privado.

Tienen que aprenderlo de memoria y, sobre todo, no hacerse preguntas.

Publicado en Página/12, el 3 de junio de 1990.

Puerto Cavallo

Tienen la mejor basura de la ciudad, más de dos policías por habitante y calles limpias de linyeras, skaters y animales. Tampoco hay niños en este Puerto que, como la ciudad que lo rodea, fue fundado dos veces aunque con casi cien años de diferencia. Su Primera Fundación tuvo lugar en octubre de 1882, luego de un escándalo de tres días que sacudió el Congreso. Cuando Angel Ruiz, presidente de la Corporación Antiguo Puerto Madero (CAPM), evoca la Segunda Fundación, menciona, casual, algunos nombres trágicos: "La tecnología administrativa del ente fue creada por Carlos Grosso y Roberto Dromi -dice-. La CAPM es un ente autárquico, igual que el EAM '78". El espíritu del segundo desembarco puede encontrarse en abril de 1991, cuando Eduardo Giana, otro directivo de la CAPM, aseguró con brutal sinceridad: "Nadie va a poner acá cien millones de dólares para que en un par de años aparezca otra gente queriendo hacer un plan de vivienda popular". Poco después el decreto 817 que establecía la desregulación de la actividad portuaria redujo de 5.700 a 650 el número de estibadores. "Fuimos estafados -asegura el titular del gremio de portuarios, Juan Antonio Reyes-. Los trabajadores de mas de 52 años cobraron 5.500 pesos y los menores alrededor de cuatro mil". Puerto Cavallo estaba listo para ser fundado.

Las ruinas circulares

La mayor oposición a Puerto Madero fue encabezada por un casi desconocido diputado por La Rioja. El proyecto del Presidente llegó al Parlamento en secreto, durante las sesiones de prórroga y favoreciendo a una empresa que iba a crearse al efecto y estaría exonerada de cualquier impuesto nacional o municipal.

-Pregunto -dijo el riojano desde su banca- por qué razón, habiendo varias propuestas, se deja a una sola en cartera, sin traer a las otras a discusión. ¿En qué tiempo deben hacerse estas obras? ¿Lo sabe el Congreso? ¿Lo sabe la Comisión? ¿Lo sabe el Ministro, que está aquí presente? No; no se conocen ni los planos ni los presupuestos. Durarán cuatro, cinco o veinte años, lo que la empresa quiera. (...) Se nos propone ganarle tierra al río... ¿cuál es el costo del metro cuadrado de superficie de la tierra rellenada? Señor Presidente: yo sé que en algunos países de Europa se hacen por necesidad gastos inmensos para robarle tierra al agua, pero no me explico que en Buenos Aires, donde tenemos tierra por los cuatro costados, tengamos necesidad de inventarla. (... .) Con motivo de la discusión del presupuesto hemos visto las cuestiones que se han hecho para aumentar o rebajar cinco o diez pesos el sueldo a un portero, mientras aquí se trata de millones y se pretende que lo miremos como algo insignificante. Reclamo lógica a la Cámara...

El 20 de octubre de 1882 la Cámara no escuchó el reclamo del diputado Dávila; aprobó, a las seis menos cuarto de la tarde, por 30 votos contra 13 el proyecto del hacendado y político porteño Eduardo Madero, que recibió un préstamo del Estado de 20 millones de pesos al seis por ciento anual y tardó dieciséis años en concluir las obras. La amistad de Madero con el entonces presidente Pellegrini fue vital para la aprobación del proyecto que echó por tierra las ideas del Ingeniero Huergo, que proponía ampliar el puerto existente en el Riachuelo.

Casi un siglo después, Puerto Madero volvió a ser un buen negocio; sus números en este año le otorgan una facturación superior a los noventa millones De dólares. "Es un boom -se entusiasma Emilio Cornejo, de la inmobiliaria que asocia su nombre al de Achával-. Es el único negocio que pasó airoso el efecto tequila". Facundo Achával, de la misma familia pero de distinta inmobiliaria, la de Toribio, asegura que "hay recesión en el rubro oficinas, pero de Puerto Madero para afuera".

En la Isla de la Fantasía conviven la embajada de Japón, Amalita Fortabat,

Inversiones y Representaciones SA (del financista húngaro George Soros), Mexpetrol -los socios mexicanos del Grupo Macri-, el holding de Santiago Soldati, la consultora Harteneck del ex Presidente de la Comisión Nacional de Valores y el dock Santo Tomás Moro, de la Universidad Católica Argentina. Telecom terminará su torre en julio del año próximo y la Ciudad Judicial proyecta cortar la cinta inaugural para comienzos del 2001. Hay también 25 restaurantes, varias concesionarias de automóviles, 4 mini bancos, una financiera y algunos drugstores, que pagan un alquiler promedio de diez mil al mes, con una llave de 200 dólares el metro cuadrado más un porcentaje que oscila entre el cinco y el siete por ciento de las ventas. Sin embargo María Esther Bartolomé, dueña del Dock Café, no se queja: "Hicimos un esfuerzo económico muy grande para llegar a Puerto Madero -dice-, y nos va muy bien. Este es el dock más caro, pero valió la pena. El público es de clase media alta y alta, empresarios importantes y turistas. Acá vienen desde la Infanta Elena a comer a Puerto Sorrento hasta todos los Menem".

El recuerdo de unos de los carman del restaurante Happening hacia la familia oficial es menos conmovedor: "El que nunca te deja propina es Eduardo Menem. Pero, ¿sabés qué? Siempre es así, el que más tiene menos te deja. Nunca son generosos en el ambiente".

-¿Que vienen siempre? -pregunta otro, con un anillo de llaves en la mano-. Y... Graciela Borges... la Pradón, Marcelo Longobardi, que se baja del BMW y te deja el maletín y la agenda, mucha gente que te da confianza, y es una responsabilidad, porque el cliente te deja todo en el auto. Y, con todo, menos mal que algo zafás con las propinas, porque a nosotros nos dan 377 pesos de sueldo y arreglatelás...

Primeros habitantes

Por lo menos cinco personas aseguraron a Noticias haber sido los primeros en mudarse a Puerto Cavallo, que ya parece haber ganado la disputa por las genealogías. Para el texto promocional de los folletos, vivir o trabajar en Puerto Madero constituye un "privilegio generacional, con oficinas desde las que puede verse el horizonte y donde matrimonios jóvenes y artistas plásticos habitan el encanto de sus lofts".

Martha Hanglin vive junto a su esposo Rolando en los docks del fondo, frente a la calle Carlos Calvo. Los Hanglin fueron, también, unos de los primeros en mudarse: "Cuando nos instalamos todavía estaban en obra -recuerda Martita-. El lugar es genial, muy tranquilo, el mejor lugar de Buenos Aires. El paseo está adoquinado o sea que tenés la ventaja de que no hay animales ni skates. Rolando está encantado".

"Estoy orgulloso de haber sido uno de los primeros en mudarme a una zona antes habitada por ratas, ratitas y ratones", declaró Bernardo Neustadt, quien instaló en Puerto Cavallo sus oficinas de producción.

"Creo que fui el primero en llegar -asegura, con cierta melancolía, Facundo Achával-. El lugar es muy práctico para los que quieren vivir en el centro. Lo que nunca ves son chicos".

Francis Mallman, Armando Gostanian, Richard Handley (titular del Citibank), Carlos Avila (el empresario de Torneos y Competencias) son otros de los habitantes de este Puerto en el que los investigadores de Indaga -una institución dedicada al análisis socio-cultural de la basura- desarrollan un plan piloto de recolección, con cestos diferenciados en cada esquina para favorecer el reciclado de residuos.

Los ciento cincuenta habitantes estables de Puerto Madero llevan una vida segura: en Capital Federal hay 33.000 policías para tres millones de habitantes, y en la Provincia de Buenos Aires 48.700 para nueve millones; en Puerto Cavallo la suma de efectivos estatales y privados llega a trescientos, cálculo sencillo de dos policías por persona.

Ocho agencias de seguridad privada custodian el área con unos 200 policías

vigilando en turnos de 24 horas y cobrando 5 pesos cada una de ellas. A la iniciativa privada se suman 120 hombres de la Prefectura Naval Argentina. El titular de CAESI (Cámara Argentina de Empresas de Seguridad), Jorge Brinsek, aclara: "No tenemos nada que ver con los patovicas. Al cliente hay que tratarlo con guantes de seda. Si lo ven robando le dicen: 'Me parece que se metió sin querer una botella de whisky en la cartera'. ¿Sabés por qué? Porque la empresa que nos contrata quiere que no le roben, y no que la custodia le arme un escándalo que le aleje clientes. En todo caso invitan al cliente ladrón con un café y mientras tanto llaman a la policía para que resuelva el caso". El Jefe local de la Prefectura, Santiago Aparicio, coincide en las demandas de discreción: "Esta es una zona atípica, un barrio elegante, como Palermo Chico. Los chicos de la calle no se ven, no aparecen. Tampoco los linyeras... Bueno, puede aparecer alguno, pero en cuanto es detectado... se lo atiende. Lo que pasa es que la gente se va ubicando sola, de acuerdo a su nivel adquisitivo".

En lo que va de 1996 hubo en Puerto Cavallo sólo 9 accidentes de tránsito y cuatro ilícitos: una "tentativa de robo de automotor", dos robos de cartera y un intento de asalto a mano armada de un taxi. Cuatro personas fueron rescatadas del agua, dos de ellas por intento de suicidio ("Pero no vivían acá", se nos aclara) y se registraron 52 detenciones, básicamente por ebriedad aunque también fueron detenidos algunos chicos que tiraban, con su honda, piedras a las palomas.

Cuando le preguntan por el Circo Tihany, Roberto, a cargo de la caja de uno de los parkings, dice con un pesado cinismo que no falta mucho para que la carpa se vaya. "El circo trae mucha gente común y... -se ríe de su propia ocurrencia- contamina los lofts. Sí, los contamina".

Pocos metros más adelante, frente al restaurante El Mirasol, dos mozos con moño bordó y camisa a rayas esconden un bollo de billetes en uno de los maceteros. "Para no tener que compartir las propinas con el resto de los mozos" explica un testigo acostumbrado a las leyes de Puerto Cavallo.

Publicado en Noticias, el 13 de julio de 1996.

La grieta

Hitler era vegetariano. Pensaba que "matar a los animales al por mayor", para después comerlos, era un acto demasiado cruel.

El General Menéndez balbuceó la semana pasada en una carta al diario Ambito Financiero:

-Yo sólo aprobaba el asesinato de comunistas.

-Yo disparaba contra blancos móviles -dijo, en el Juicio a las Juntas, el teniente Rudger Radice, cuando se le preguntó si había asesinado a personas bajo su custodia.

La muerte puede ser muchas cosas, también el detalle descrito por Alcides Lanza Perdomo en el Nunca Más uruguayo, donde la muerte es casi una clase de física. "Lo llamaban 'el chanchito' -dice-, consistía en un cajón de unos 75 cm de ancho por 1,20 de largo, confeccionado en madera rústica, con una pequeña puerta al costado y una tapa de altura graduable que actuaba como prensa. Un caño de hierro galvanizado atravesaba el cajón en sentido longitudinal, a unos 80 cm del suelo". La muerte resbala en palabras como "graduable", "longitudinal", y sigue: "El proceso comenzó con una paliza dada con un látigo de alma de acero y revestimiento de cuero, mientras cambiaba la posición del alambre con que habitualmente me tenían atado por las nuevas esposas traídas de los Estados Unidos, que se aprietan más sobre la carne al menor movimiento".

Albert Speer fue condenado por el Tribunal de Nuremberg a veinte años de

prisión bajo el cargo de "haber llevado a más de cinco millones de trabajadores esclavos al Reich, muchos de ellos en terribles condiciones de crueldad y sufrimiento". Speer cumplió su condena en 1971, y en ese año le dijo a Eric Norden, de Playboy:

-No hay manera, legal o moral, de evadir mi culpa. En el juicio tomé esa posición, aunque sentí la gran tentación de intentar salvar mi vida mitigando culpa, ofreciendo excusas, culpando a otros, clamando que yo sólo obedecía órdenes. Sin embargo, cada vez que vacilaba pensaba en el montón de pruebas presentadas ante el Tribunal: las fotografías, los testimonios, los documentos sobre lo ocurrido. En particular había una foto de una familia judía que iba hacia la muerte: un esposo con su mujer y sus hijos, a quienes conducían a la cámara de gas. No podía quitarme esa foto de la mente, la veía por las noches, en la celda. Todavía sigo viendo esa foto, y ha hecho de mi vida un desierto. Pero también, de una manera extraña, me liberó. Cuando uno comprende por fin que ha dedicado su vida a la construcción de un cementerio, sólo le queda aceptar la responsabilidad de sus actos. Desde ese momento de entendimiento sentí, por primera vez en mi vida, una calma interior.

Wim Wenders filmó la vida de un ángel en Berlín, y Berlín fue gris.

Los franceses discuten hasta hoy el mito de la Resistencia: nunca fueron tantos como se supuso, y tal vez no fueron más de cinco mil los que dijeron que No.

-Hay momentos en los que un hombre debe decir que No -decía, en Pasqualino Siete Bellezas, uno de los personajes de Lina Wertmuller. El compañero de celda de Pasqualino decidió salir de la indignidad y entrar a la muerte tirándose a la cloaca del campo, tirándose a una inmensa pileta de mierda.

-¿Cómo le dicen ustedes? -me preguntó hace una semana un periodista francés-. Ah, grieta... le dicen grieta. Esta sociedad tiene una grieta. También nosotros, allá, tenemos una grieta. Es una grieta casi imposible de cerrar. Este domingo Uruguay construye un puente.

Este país de tres millones de habitantes, que en un pestañeo parece el Buenos Aires del cuarenta, en el que los policías pueden torturar mientras silban un tema de Viglietti, se prepara para darle una lección de honestidad al planeta.

El anteúltimo golpe de Estado en Uruguay sucedió a principios de siglo, y tuvo que darse con el único apoyo del Cuerpo de Bomberos, a tal punto la vocación civil de este país con pocos jóvenes, demasiados emigrados y muchos viejos que los domingos se sientan al sol en la 18 de Julio y mantienen intacta la capacidad de indignarse frente a los atropellos.

Primero fue la colecta de firmas y luego la ratificación de las firmas, y a esa altura el Sistema se frotó los ojos para saber si todo aquello era cierto. Y los uruguayos fueron a ratificar: contaron firmas como los niños cuentan papelitos, con la alegría de saber que todas las partes son necesarias.

-No se puede entrar con pantalones cortos -le dijo a un votante una de las autoridades del comicio.

-Pero hace calor, todos vienen así, no lo podemos mandar a cambiar a la casa -terció la Comisión Pro Referéndum.

-No se puede.

La Comisión instaló una mesa, una silla y un pantalón largo de talle standard. Los firmantes se cambiaron al costado, y fueron votando con normalidad y pantalón prestado hasta que faltaban cinco minutos para el cierre del plebiscito.

A esa hora llegó, agitado, un inmenso gordo de pantalones cortos.

-No le entra. Ese pantalón no le entra.

-Pero tiene que votar.

-Pero no le entra.

Entonces descubrieron que Dios existe y vive en Uruguay: pasó otro gordo y nunca un talle fue tan exacto. La Comisión detuvo el auto del segundo gordo, suplicó, explicó, mostró el reloj y lo dejó esperando en calzoncillos.

Los uruguayos, en silencio, están construyendo un puente. Quizá lleguen a la costa. Quizá no. Tal vez pasar la grieta sea cuestión de tiempo. Hoy saldrán temprano de sus casas para decir que No.

Publicado en Página/12, el 16 de abril de 1989.

Aniversario

Esta mañana el General Videla se miró al espejo sin ninguna dificultad y pudo afeitarse con precisión. Recortó su bigote con cuidado y un minuto después el aroma del café caliente derribó la puerta del baño. En el teléfono del General sonaron varios llamados de felicitación. Quizá el General pensó, otra vez, en escribir sus memorias, mientras iba camino a la misa. Este domingo por la tarde, a la hora de los suicidas, el General se sintió incomprendido: él no sueña con los aplausos, sino con la Gloria.

Esta mañana el Almirante Massera salió a navegar en el Pataleta. Respiró libre y azul. Por la noche corrigió los originales del libro que le escribió Carlos Burone, y será su libro.

El General Galtieri, esta mañana, regó las plantas de su balcón en la calle Chivilcoy.

Este domingo 24 de marzo la muerte está mas muerta.

Julio César Strassera, abogado, ex fiscal, ex embajador, hojeó con una mueca cínica los clasificados de Clarín: sus ahorros se terminan en pocos meses y necesita un trabajo.

¿Qué habrá pensado el Presidente este domingo?

Esta mañana, en un bar del Once, un melancólico vuelve a sacar la cuenta de sus años perdidos: ocho sobre quince, sal que se le escapa de las manos, amores truncos, cartas quemadas en el cenicero.

En treinta mil hogares de la ciudad hay este domingo sillas un poco más vacías que de costumbre porque la muerte también es cursi, mantel de hule, miguitas que se juntan en la mesa cuando la conciencia jode como una mosca.

Esta mañana de un lado de la grieta no se siente miedo, sino tristeza. Se siente hueco de ascensor, perplejidad.

Hubo esta mañana quienes se quedaron sin respuestas, y tuvieron que volver a las primeras preguntas:

¿Qué es el cielo?

¿Por qué son verdes las plantas?

¿Qué hora marca el reloj?

La mañana convocó preguntas absurdas:

¿Qué nos robaron?

¿Habrán sido ellos quienes nos volvieron cínicos? ¿Habrá que agradecerle a la Junta Militar la sonrisa torcida?

Casi ningún diario habló del golpe esta mañana.

Este mediodía las Madres no lograron que pudiera pasarles un bocado.

Esta tarde las Abuelas siguieron buscando una voz, una manera de caminar, una mirada.

Esta noche las agencias extranjeras fotocopiaron su enésima nota de color: Argentina, a quince años del golpe militar. Es un cable de cuarenta líneas. Si no hay muchos avisos en la edición del lunes, algunos periódicos hispanos van a publicarlo.

Descubro este domingo un recorte de Simón Wiesenthal: "Los hombres no pueden hacer otra cosa que decidir: ¡la vida sigue! Probablemente no se pueda vivir con la constante conciencia de los cincuenta millones de muertos en la guerra, entre ellos los seis millones de judíos asesinados, ya que uno se volvería loco. Y sin embargo, a veces me parece también

una locura que apenas unas décadas después se pueda vivir como si esa inmensa montaña de cadáveres nunca hubiese existido". Este domingo un niño le preguntó a Ionesco porqué los animales son buenos y los hombres, malos y crueles. "Los animales son crueles -le respondió-. Los hombres pueden no ser malos. En realidad, son feroces. Creo que ninguna especie animal se odia tanto a sí misma". Este domingo a la mañana los ex combatientes discutían en qué esquina del centro se pararán a pedir el lunes. Este domingo la población escapó de las preguntas como del cólera. El día tuvo aspecto de paro general, hubo demasiado tiempo y hasta se escuchaba gotear a la canilla del baño.

Publicado en Página/12 el 24 de marzo de 1991.

Memorias del subsuelo

¿Por qué no desobedecieron? ¿Por qué no le informaron al mundo sobre lo que pasaba en ese Infierno? ¿No informamos al mundo porque el mundo lo sabía! Pero le daba lo mismo..."

(Del guión del film Portero de Noche, de Liliana Cavani.)

Toman el té, aman la ópera o los valeses, llevan sobretodos verde profundo y devoran sin modales su porción de tarta Sacher. Como todos los austríacos, los nazis vieneses observan los semáforos y sonríen con discreción. Tienen, aunque no lo sepan, coincidencias de lenguaje con sus pares argentinos: "Befehl ist Befehl" quiere decir órdenes son órdenes, que quiere decir que todo terminaba en una extensa cadena causal que llegaba a Hitler.

La tesis de la Befehlstand, sin embargo, sirvió como atenuante pero sólo eventualmente como excusa para la liberación: a los pocos meses de terminar la guerra muchos fueron fusilados, otros condenados y algunos son todavía perseguidos.

Befehl is orders.

El mismo juego de palabras se enredó años después en la lengua del teniente Calley frente a los crímenes de Viet-Nam.

Ordenes son órdenes.

En 1965, mientras filmaba para el Telegiornale un documental sobre las mujeres en la Resistencia, Liliana Cavani escuchó a una sobreviviente de Auschwitz: -No puedo perdonarle a los nazis el hecho de haber descubierto, hasta el fondo, de qué era capaz el hombre.

Datos patéticos de la especie humana: Hitler era vegetariano.

El 14 de enero de 1936 el Fuhrer firmó un decreto referido al "sacrificio de tenencia de peces vivos y demás animales de sangre fría". "A cangrejos, bogavantes y demás crustáceos -decía- cuya carne ha destinado el hombre para su consumo, se les dará muerte en lo posible por separado arrojándolos al agua en plena ebullición. Queda prohibido colocar a los animales en agua fría o templada y ponerlos a hervir después". Dos meses más tarde el decreto fue ampliado para proteger a las plantas silvestres y los animales domésticos: "Se autoriza a los propietarios de terrenos a apresar, sanos y salvos y tomar en su custodia a gatos ajenos y/o perdidos entre el período del 15 de marzo al 15 de agosto, mientras la nieve cubre el suelo. Los gatos tomados en custodia se han de tratar con todo cuidado".

-No comprendo cómo puede usted hallar placer -decía Himmler a su masajista, un aficionado a la caza menor- en disparar a mansalva contra pobres animales tan inocentes, indefensos y desprevenidos en el bosque. Eso, bien mirado, es un puro asesinato. La Naturaleza es hermosísima y, al fin y al cabo, todo

animal tiene derecho a vivir.

Poco tiempo después, a través del telegrama 234.404 del 9 de noviembre de 1938 se informó a todos los puestos de policía de Berlín que "en breve plazo tendrá lugar en toda Alemania una operación de limpieza contra los judíos, en especial contra sus sinagogas. No deben ponerse obstáculos. Se hacen preparativos para la captura de unos veinte mil a treinta mil judíos en el Reich.

Gestapo II. Firmado: Muller".

En Posen, el 4 de octubre de 1943, Heinrich Himmler dijo en su discurso a los SS-Gruppenfurer: "La mayoría de ustedes sabe lo que significa que haya cien cadáveres tendidos en el suelo, o trescientos, o mil. Haber soportado eso, prescindiendo de excepciones de debilidad humana y, además, haber guardado la compostura, es eso lo que nos ha endurecido. Esta es la página gloriosa de nuestra historia nunca escrita y que nunca se escribirá".

En Los asesinos están entre nosotros, Simon Wiesenthal afirma: "Tras años de estudio y observación he llegado a la conclusión de que, en una gran mayoría, los criminales de guerra o no tenían conciencia o eran capaces de desembarazarse de ella como quien lo hace de una apendicitis".

La única respuesta a la falta de conciencia individual parece ser la conciencia colectiva: si mañana anunciaran en una confitería de Viena que Hitler vive en Bariloche, nadie dejaría de comer su porción de tarta Sacher. Sin embargo, los más diversos argumentos, y también la abulia, han sido publicados en las últimas semanas para justificar el perdón a los ex-comandantes. Los elásticos límites de la conciencia son, finalmente, una noticia local: "Estoy convencido de que no solamente la demasiada conciencia -escribió Dostoievsky en Memorias del Subsuelo- sino cualquier tipo de conciencia, es una enfermedad"

Publicado en Página/30 en enero de 1991.

Todo lo que usted quería saber sobre Paqui Forese y no se atrevía a preguntar

El paro del "Viernes Negro" (así titulamos aquel día Página/12) quizá sea el más recordado en la serie de las trece huelgas generales que la CGT promovió contra Alfonsín. A partir de varios incidentes de violencia, muchos recuerdan aquella fecha como "el día que rompieron las vidrieras de Modart". No pasó mucho tiempo para que un periodista uruguayo, ex detenido-desaparecido, identificara a Osvaldo Paqui Forese como uno de los responsables del ataque a la sastrería de Avenida de Mayo y Perú. La fotografía de Forese embistiendo contra la vidriera recorrió todas las redacciones. Poco se sabía en ese momento sobre el Paqui", que ganó su mote en los grupos de tareas de la dictadura gracias a la fuerza de paquidermo con que pateaba las puertas durante los allanamientos. Sin embargo, una inesperada telaraña judicial y policial comenzó a tejerse para proteger a Forese: el juez lo liberó porque había diferencias entre la estatura del Forese real y el de las fotografías, y porque, a la hora de comparar, también difería la conformación del lóbulo de sus orejas". Con los días Forese se fue haciendo más y más inocente: el libro de guardia de la Comisaría 1º de Avellaneda lo mostraba como detenido el día anterior a la huelga general, de lo que se desprendía que Forese no podía haber estado detenido y, a la vez, visitando una sastrería. La Ley de Obediencia Debida implantada por Alfonsín ya lo había liberado de sus culpas anteriores.

Con un grupo formado por Andrea Rodríguez, Jorge Ciccutín y Nancy Pazos investigamos la historia de Paqui hasta llegar a la década del setenta, cuando fue parte de la custodia de Lorenzo Miguel.

Cuando el informe que sigue se publicó en Página/12, Forese inició en mi contra

un juicio por injurias, y la historia se dio vuelta como un cubilete: la justicia pidió un informe ambiental sobre mi persona, tomaron mis huellas dactilares, tuve que declarar en el Patronato de Liberados y me encontré cara a cara con Forese en una teórica "audiencia de conciliación" a la que asistí con mi abogado, el Dr. Pablo Jacoby.

Forese llevaba al cuello el rosario blanco que veinte años antes había servido de identificación entre los miembros de la Triple A. No teníamos nada sobre lo cual rectificarnos, por lo que la audiencia fue nerviosa y breve.

En el único momento en el que nos dirigimos la palabra, saliendo del despacho, Forese me miró a los ojos y dijo, en voz muy baja:

-Los caminos de Dios son insondables.

Pasó mas de un año hasta que fui absuelto y durante ese tiempo parte de esta historia se convirtió en "Palacio de Justicia" , el último cuento de Polaroids, mi primer libro de relatos.

"A esta hora, en algún lugar de la ciudad, mi verdugo cocina huevos fritos", comenzaba diciendo. Cuando Susan Bergholz, agente literaria en Nueva York, tuvo que resumir el contenido del libro para su traducción al inglés escribió que la de Forese era una "típica historia de la mafia italiana". Cuando leí el fax de Susan no pude contener la risa: hay pocas cosas tan argentinas como un Palacio de Justicia en el que, por un error en el alzado del plano, se construyeron puertas que dan a una pared o terrazas que llegan a ningún lugar.

El grito recorrió todo el edificio de la UOM, como si las paredes fuesen de papel:

-¿Me querés decir qué hace el zurdo ese acá?

Jorge Hugo Dubchak, uno de los custodias, estaba fuera de sí.

-¡A vos, Gallego, a vos te pregunto!

Juan Carlos Rodríguez, el Gallego, se fue dando un portazo.

-¡ ¡A vos te pregunto, hijo de puta! ! -gritó Dubchak.

Osvaldo Forese le hizo señas para que bajara la voz. Después se escuchó el sacudón metálico del ascensor que se detenía y los pasos de un grupo que caminaba con decisión hasta la oficina del Loro.

Esa tarde, Lorenzo Miguel le regaló un coche blindado a Juan Manuel Abal Medina. El auto, preparado por la empresa Borges, esperaba a su dueño en la puerta de Cangallo 1348. Arriba Jorge Dubchak se dejó caer sobre una silla, sintiéndose traicionado, y comenzó su largo monólogo de bronca:

-Si arreglan con el Loro yo voy y lo limpio... Hay que ser guacho, ¿no...?

¿Para qué los queremos a los bolches esos, eh? Decime, ¿a ver...?

Dubchak no le hablaba a nadie, y Enciso, Castillo y Forese, los otros tres custodias, escucharon sus preguntas mirando al suelo, como marionetas en un teatro vacío.

De pronto Dubchak saltó de la silla:

-Voy y lo mato ahora mismo.

Un brazo lo detuvo y lo devolvió al asiento.

Esa noche Dubchak pensó en irse de la UOM: tenía una entrada fija en la Brigada de Investigaciones de Avellaneda, y con los años había podido juntar algunos pesos y buenos contactos.

El recuerdo de la voz de Pino Enciso censuró su sueño:

-¿Y qué? -preguntó Pino-. ¿No vamos a pelearla desde adentro?

Julio es el mes más cruel

Las mañanas son más lentas en Wilde. En la del 24 de julio de 1975, Juan Dubchak -inmigrante polaco, ferroviario- daba largos sorbos al mate hasta que su mujer, Elena Duchón, le advirtió: "Lo vas a gastar...", y Dubchak se lo pasó con una sonrisa. Jorge, su hijo, dormía en una de las piezas del fondo de Lynch 223. Juan Dubchak escuchó un automóvil estacionándose frente a la casa y salió a

mirar.

-Buenas. Dígale a Jorge que lo buscan los muchachos... -le dijo una cara conocida, y Juan Dubchak entró a transmitir el mensaje.

Al rato Jorge salió de su casa con los ojos enrojecidos por el sueño y se subió al asiento trasero de un coche azul que dobló por Lynch hasta Avenida Mitre, camino al centro. La radio del auto decía que Luder iba a asumir como Presidente provisional en reemplazo de Isabel. Prosigue el plan de lucha de los empleados de comercio.

-Apagá, querés -dijo alguien en el asiento de adelante.

Dubchak se sorprendió al ver que el auto se dirigía a la Capital.

-¿No íbamos para La Plata?

-No. Vamos a Cangallo. El Gallego quiere hablar con vos.

Dubchak vivió lo que pasó después como si estuviera viendo una película: la puerta de la UOM, la cara de Juan Carlos Rodríguez, escuchó un insulto, después otro, luego un disparo, vio cómo el piso se le venía a la cara, escuchó la voz del Oso Fromigué. Su cabeza estaba en el piso cuando las luces se fueron apagando, su vista estaba fija en un zapato de Juan Carlos Acosta, y luego no vio nada más.

Poco después alguien levantó una cigarrera del piso. El teniente coronel Osinde se la había regalado a Dubchak. Ahora tenía nuevo dueño.

-Al pedo te llamás así -le dijeron a Carlos Monzón, el cocinero del edificio, cuando se negó a cortar el cadáver de Dubchak.

Una hora después llegó Rudolf Kramer, un médico berlinés que hacía algunos trabajos para el sindicato. Kramer cortó el cuerpo para que lo incineraran en la caldera.

La guerra entre las bandas recién comenzaba.

La venganza

Cuatro días después, en la autopista, dos coches cortaron el camino de Kramer, que volvía a su casa de Pilar. El médico recibió varias descargas de ametralladora.

Cuando César Pino Enciso escuchó el portero eléctrico en su casa de Arenales al 2800, pensó que era mejor bajar por la escalera; había sido amigo de Dubchak y podía ser el próximo de la lista.

Rodríguez estaba esperándolo en la planta baja, y recibió ocho disparos. Pudo salvarse por la intervención de su suegro, el General Otto Paladino, que logró un rápido traslado al Instituto del Diagnóstico.

Gordon, Miranda y Forese, los "socios" de Dubchak, se ocuparon del contraataque: balearon en La Plata la casa del Oso Fromigué, y el cruce de disparos fue tan grande que tuvo que intervenir el Ejército. Cuando el Regimiento 7 de Infantería, a mando del coronel Soldatti, tomó posición, la banda ya había logrado escapar.

El domingo 12 de octubre de 1.975 los matrimonios Acosta y Fromigué armaron varios programas para pasar el día. Juan Carlos Acosta y Eduardo Aníbal Fromigué eran custodios de la UOM desde 1973. Sin embargo, el vínculo entre las parejas era anterior, al punto que ambas se casaron en la misma iglesia.

A las 1 de la mañana Acosta estacionó su Ford Falcon blanco frente al Hotel Cibeles y su mujer, Graciela Chej Muse, bajó a buscar a los amigos. El sol bañaba el parabrisas del automóvil y Acosta se reclinó en el asiento mientras esperaba: nadie podía pensar que aquel auto era robado. El dueño del Falcon blanco había sido asaltado el 6 de octubre en el Camino de Cintura, y empujado del coche en marcha cerca del Tiro Federal. Acosta ya tenía un proceso por robo de automotor el 20 de noviembre de 1971.

Eduardo Aníbal Fromigué, el hombre que salió del hotel, tenía antecedentes similares: robo de automotor a mano armada el 4 de agosto de ese mismo año.

Fromigué salió del Hotel Cibeles abrazando a su mujer, Silvia Rodríguez, mientras acomodaba su Browning 9 mm (número de serie 1.630). Cuando Graciela Chej Muse subió al asiento del acompañante notó algo raro en el suelo, y dio un pequeño saltito: debajo del asiento había una ametralladora automática Halcón con el número borrado. Pateó el arma con cuidado para que volviera a su lugar y se acomodó en el asiento.

Ese domingo almorzaron en Quilmes, pasaron la tarde en el recreo Ruta Sol, vieron una película en el cine y a la noche entraron al restaurante Mi Estancia, en el kilómetro 25 de la ruta 2, en Florencio Varela.

Doce personas comían en el lugar. Las parejas eligieron la mesa 45 de la tercera fila y apenas se sentaron Fromigué miró el reloj de pared que estaba sobre la barra: eran las diez y media de la noche.

El mozo Juan Maidana se acercó hasta la mesa sin mucho entusiasmo: había trabajado hasta la madrugada y recién iba a tener su franco el martes. Trató de darse ánimo pensando que esa mesa le iba a dejar una buena propina.

A las 23 Manuel de Jesús Paz, el playero, vio entrar un Falcon blanco con cuatro personas adentro.

A las 23.15 llegó un Torino negro. Anibal Gordon, el Tío, iba al volante del Torino. Hijo de un ex director del Correo Central, con domicilio en San Isidro, se definió como "Industrial" cuando se le preguntó por su profesión en Tribunales. En 1972 fue detenido por tenencia de armas de guerra y explosivos, y liberado luego por la Ley de Amnistía. Se ufanaba de su amistad con José Ignacio Rucci, el líder de la CGT. En el asiento del acompañante viajaba César Enciso, Pino, Pinito, Ojo de vidrio, novio crónico de la hija del General Paladino. Enciso tenía antecedentes por privación ilegítima de la libertad, tentativa de homicidio y secuestro. Dijo: "Comerciante", cuando la Justicia le preguntó por su modo de vida.

Victor Gard, otro pasajero del Torino, se declaraba "Artesano". Había sido procesado por tenencia de armas de guerra. Osvaldo Forese, Paqui, el último ocupante del automóvil negro, había sido militante de la ultraderechista CNU y de la Guardia Restauradora Nacionalista, donde conoció a Jorge Dubchak.

El grupo del Falcon blanco estaba formado por Carlos Alberto Miranda, Anteojoito, quien en aquel momento ni soñaba que en el lejano 1988 sería detenido con el ex teniente coronel González Naya como parte de una banda carapintada de Aldo Rico. Antonio Jesús, Tony, era ex compañero de Fromigué en el secundario y militante de la CNU. Ricardo Oscar Calvo, Richards, era empleado del Ministerio de Economía, rugbier y militante de la Confederación. Carlos Castillo, el Indio, había sido procesado por tenencia de armas de guerra, falsificación, violación de domicilio y amenazas.

Juan Maidana levantó el segundo plato de la mesa 45 y se dispuso a anotar los Postres. En ese momento vio, por la ventana, la figura de un hombre que se movía entre las sombras.

Aníbal Gordon volvió al Torino y le ordenó a su grupo que bajara:

-Vos abrís la puerta- le dijo al Paqui. Forese sonrió: esa era su especialidad, no había puerta que se le resistiera. Por eso lo bautizaron Paqui, por Paquidermo.

A las 23.45 la puerta estalló en pedazos.

Los dos grupos entraron con las manos en alto:

-Policía Federal, que nadie se mueva!!

Al reconocerlos, Juan Carlos Acosta intentó manotear su Colt 11.25, pero no llegó a disparar. A su lado cayeron los dos cargadores. Graciela Chej Muse murió en el acto. Eduardo Fromigué disparó su Browning, pero no fue suficiente. Junto a su cuerpo se encontró un carnet de la UOM y una credencial falsa de la Policía de la Provincia con el número 2.974.

Después de una ráfaga Silvia Rodríguez cayó mal herida junto al cadáver de su esposo. Mamerto Puchete, uno de los mozos, advirtió que no estaba muerta, y la escuchó susurrando inútilmente en los oídos de Fromigué.

Pino Enciso descubrió lo mismo, y disparó una nueva ráfaga sobre la mujer, que aun así sobrevivió.

El grupo salió satisfecho del restaurant: habían vengado a Jorge Dubchak. La policía llegó después de la medianoche: el comisario Resia, el oficial Ojeda y el fotógrafo policial Gaspar Mancuso.

Los unos y los otros

Un día después de la matanza de Mi Estancia el abogado Fernando Torres recibió un llamado de su amigo Juan Carlos Rodríguez, jefe de custodia de la UOM. Torres era Director Nacional de Policía del Trabajo y, a la vez, Director de Asuntos Jurídicos de la CGT, esto es, controlador y controlado.

Rodríguez le encomendó que gestionara la entrega de los cadáveres de Fromigué y Acosta.

Torres llamó a la comisaría de Florencio Varela, combinó con Rodríguez una cita en el cementerio local y pidió dos ambulancias. Al terminar el día supo que Silvia Rodríguez, viuda de Fromigué, había sobrevivido a la matanza.

-Si reconoció a los agresores, que declare ante un escribano y dé los nombres -sugirió el abogado, sin saber que acusaría a tres de sus viejos clientes: Gordon, Enciso y Castillo.

El 16 de octubre de 1975 la escribana Olga Churruarín de Boneffó entró a la habitación 319 en el séptimo piso del Policlínico Central de la UOM. Silvia Rodríguez estaba convaleciente, pero en perfecto estado de conciencia.

Cuando le preguntó si conocía a los agresores Silvia soltó con inocencia:

-¿Cómo no los voy a conocer si todos trabajaban en la UOM con mi esposo?

Luego dio nombres, direcciones y apodos. Dos testigos asistieron a la firma del escrito: Antonis Cunningham, empleado del Policlínico desde 194 y Osvaldo Angel Vigna, empleado desde 1970. A poco tiempo Cunningham declaró que

"no recordaba haber firmado esa escritura, aunque reconocía su letra". Vigna tuvo más imaginación: "Ese día el Director me pidió prestados los documentos sin que yo supiera para qué y al rato me hicieron firmar un papel".

Recién en 1985 declaró Silvia Rodríguez. Aun cuando pudo constatar que la escritura era real, le mujer negó haber hecho ninguna acusación.

Desde el jardín

No siempre cambiaban los nombres de guerra en el campo de concentración Automotores Orletti.

En 1976 Aníbal Gordon ya no era El Tío sino El Jova, o El Jovato, o el Teniente Coronel Silva. Osvaldo Forese seguía siendo El Paqui, o El Paquidermo, alimentando el mito de sus patadas que destruían cualquier puerta.

El 13 de julio de 1976 el Paqui derribó la puerta de Victor Martínez 1480 y su rostro se imprimió en la memoria del periodista uruguayo Enrique Rodríguez Larreta. El grupo de tareas de Orletti lo secuestró junto a Raquel Nogueira, y esa misma noche la camioneta que los trasladaba se detuvo para otros dos operativos: en Corriente y Dorrego y en Pasteur al 800.

En el campo de Venancio Flores y Emilio Lamarca, en Floresta, las fuerzas armadas argentinas y uruguayas trabajaron en colaboración. El Jefe de la División 300 de Inteligencia, mayor uruguayo Gavazzo, dirigía los interrogatorios de Orletti -también llamado El Jardín- junto a oficiales de la OCOA (Organismo Coordinador de Operaciones Antisubversivas) uruguayas: el mayor Cordero, el capitán Silveyra, y el teniente Maurente.

Algunas víctimas recuerdan la figura de Aníbal Gordon paseando por el campo, con ropa militar y gorra ladeada. Los secuestrados que identificaron a Forese llegan a la decena: Nelson Bermúdez, Margarita Michelini, Raquel Nogueira, Raúl Altuna Facal, entre otros: corpulento, macizo, de estatura media, hacia constantes alardes de lo que robaba, era gordo, tenía mucho pelo.

Historia de un absurdo

El 19 de julio de 1976, por la matanza de Mi Estancia, el juez Nelky Martínez detuvo a otro Osvaldo Forese. Este Forese era homónimo del imputado: un estudiante de ingeniería empleado en Siemens que se lamentará durante cuatro años por su mala suerte. Fue detenido en su casa de Rocha 94, en San Martín y, aunque era evidente que se trataba de un error, recién el 30 de octubre fue sobreseído provisionalmente.

El sobreseimiento definitivo llegó unos meses después, firmado por el juez Ernesto Domenech, que se encontrará con el Forese real a fines de los ' 80, en una causa por robo de cheques.

Luego de la fallida detención del homónimo el juez Nelky Martínez no produce novedades en el expediente. La causa se detiene entre 1976 y 1985. El primer paso después de la hibernación es un curioso pedido de informes: se le pregunta al Registro Nacional de las Personas si el DNI 10.760.653 corresponde a la Cédula 7.081.454, de Osvaldo Forese. Ambos documentos pertenecen al Forese homónimo, sobreseído nueve años atrás.

Espacio en blanco

Durante el retorno de la democracia Forese continuó en libertad con varios pedidos de captura, se vincularon nuevamente a la ultraderecha peronista y decidió vivir en Capital. El 16 de noviembre de 1985 firmó un contrato de alquiler por el octavo B de Hipólito Yrigoyen 2105. María Cristina Pautazzo, su garante, se presentó como propietaria de un laboratorio y dijo que Paqui Forese era su empleado.

Un año más tarde se inició el juicio de desalojo, ya que Forese nunca pagó el alquiler, ni las expensas, ni las facturas de Obras Sanitarias. Los vecinos del edificio lo veían salir muy temprano y volver entrada la noche, cuando estacionaba su Ford Falcon con chapa de Provincia 1.536.788, con un permiso de Libre Tránsito del Concejo Deliberante.

El portero recuerda que durante aquellos dos años la familia Forese nunca recibió correspondencia: sólo las cartas documento intimando al desalojo por falta de pago.

El 3 de diciembre de 1984 Catalina Raspa dejó su Fiat 600 modelo '74 estacionado en la Avenida Caseros 1501 y bajó a hacer unos trámites. En el auto quedó una chequera del Banco Provincia que nunca volvería a encontrar.

Doce días más tarde Norma Bomvillani, bioquímica del Sanatorio Central de Avellaneda, recibió uno de los cheques robados de manos de Federico Jorge, un directivo del sanatorio. Jorge es asesor del bloque justicialista del Congreso, y propietario del edificio que alberga a la clínica junto a Daniel Nievas, secretario de Lorenzo Miguel. Osvaldo Forese trabajó como "Director Operativo" del sanatorio entre julio de 1984 y mayo de 1985.

El 10 de marzo de 1985 Forese entregó uno de los cheques robados a la empresa Fracchia. Hecha la denuncia, un grupo de peritos calígrafos comprobó que la firma fue falsificada por Forese, y Paqui pidió eximición de prisión "por carecer de antecedentes". En la Nochebuena de ese año Forese salió libre bajo caución juratoria.

Mil novecientos ochenta y siete fue un buen año para Forese: el 23 de junio se dejó sin efecto su pedido de captura en la causa de Automotores Orletti, y días mas tarde fue beneficiado por la Ley de Obediencia Debida.

El 23 de octubre de 1987 el comisario Angel Silvestro, jefe de la División Prontuarios, informó a la Cámara que en todos los legajos había sido dejada sin efecto la orden de captura. Ese dato, sin embargo, tardaría once meses en llegar a la Comisaría 1º de Avellaneda que, oportunamente, detuvo a Forese antes del "Viernes Negro".

Días en negro

El 8 de abril de 1988, a las 7.35 de la mañana, el juicio de desalojo del departamento de Hipólito Yrigoyen 2105 llegó a su fin. Empleados del juzgado acompañados por la Policía comenzaron a embalar los muebles del octavo B. En la casa no había nadie. Los funcionarios tomaron un cuidadoso registro de cada objeto, y notaron que todos los artefactos electrónicos carecían de número de serie: una bandeja Technics, un minicomponentes JVC, un televisor Talent, todos sin identificar.

A las diez y media de la mañana llegó Forese, y pidió que trasladaran sus muebles al sanatorio Beltrán, su nuevo trabajo como "Gerente Operativo".

Dos días antes del Viernes Negro, el 7 de septiembre, Paqui Forese fue detenido por la Brigada de Investigaciones de San Martín. En diálogo con Página/12, dio dos versiones distintas del mismo hecho:

1) Se lo detuvo por orden del juez Domenech en una causa por estafa (en la que, ya se dijo, tenía excarcelación bajo caución juratoria).

2) Se lo detuvo por orden de un juez de San Martín, en una causa por incumplimiento de contrato. Se trataba de un pedido del juez Eschavello, Juzgado Civil N° 8 de San Martín, en una demanda iniciada por Marta Aboghlian, quien le alquiló a Forese una zapatería en Avellaneda. Dentro del local la señora Aboghlian había dejado en depósito máquinas para fabricar zapatos. Cuando Forese devolvió el local, olvidó devolver las máquinas.

Un día después, el 8 de septiembre, Stella Maris Troiano, esposa de Forese, se presentó en San Martín para pedir la excarcelación. El juez le dijo que Paqui no estaba detenido por esa causa, que sólo se le había tomado declaración informativa y que era un "imputado no procesado".

Ese mismo día, veinticuatro horas antes del Viernes Negro, Forese fue trasladado a la Seccional Primera de Avellaneda, a media cuadra de la clínica Beltrán (su nuevo trabajo) y de su nueva casa (en la calle 12 de Octubre al 100).

Hasta el viernes 9 por la mañana ni en la comisaría de San Martín ni en la de Avellaneda se pidieron antecedentes de Forese, cuando se trata de un trámite de rutina. Esa mañana fue llevado ante el juez Domenech por la vieja causa de los cheques robados. Se negó a declarar. El defensor de pobres José Viera Coelho pidió excarcelación bajo juramento, pero el juez aplicó una fianza de 400 australes.

Forese volvió a la comisaría "por si tenía otros antecedentes".

Antes del mediodía la oficial de turno Nelly Vellot tipeó cuatro cartas en la máquina Olivetti de la comisaría: al juez Arslanián, al Dr. D'Alessio, al Dr. Nelky Martínez y al Dr. Armando Rousseau.

Las dos primeras cartas informaban la detención del imputado por la causa Orletti, que ya había sido cerrada por Obediencia Debida, y fue borrada de los prontuarios.

El primer destinatario, Arslanián, ya no estaba en la Cámara y trabajaba en la profesión. El segundo, D'Alessio, ya no era juez sino Procurador.

La tercera nota se envió al juez Nelky Martínez, que investiga hace trece años la matanza de Mi Estancia.

En la cuarta comunicación se le decía al Dr. Rousseau que Forese sería "remitido al despacho del juez Domenech" cuando, en realidad, acababa de venir de ahí.

Todas las cartas llegaron cinco días más tarde. A pesar del retraso, cumplían con su objetivo: certificar que Forese, el Viernes Negro, no estaba donde se lo había visto.

-Nunca tuve nada que ver con Lorenzo Miguel -dijo Forese por Radio Continental, cuando salió en libertad-. Desde los días 9 al 16 estuve detenido por un problema laboral.

-Sí, es cierto-dijo antes de despedirse de la audiencia-. Simpatizo con Aldo Rico.

Publicado en Página/12, el 16 de octubre de 1989.

Divisiones

. ¿Qué Perón?

La Argentina rota como un espejo roto.

El recuerdo va a encargarse de mejorar las partes, el tiempo destruye o embellece.

¿Qué Perón?

Primer Perón:

Pasamos con mi vieja frente a una comisaría. Yo tenía cuatro años. Ella me dice que está prohibido decir Perón. Frente al policía de guardia digo, bajito:

-Perón... -y salgo corriendo hasta la esquina.

Ambigüedad, secreto, viento, ¿qué tiene que tener un nombre para estar prohibido?

El diario La Prensa nunca va a nombrarlo: el tirano prófugo, dice.

El dentista de San Andrés, dice sobre Cámpora.

¿Cuánto miedo tiene que provocar un nombre para no decirlo?

Los que lo quieren tampoco lo nombran.

El Viejo, lo llaman. El Macho. El General.

Lo llaman el General en este país repleto de calles con nombres de militares; pero no hace falta aclarar: el General es uno.

El Pocho, también lo llaman. Lo tararean en la cancha:

"Yo te daré, te daré Patria hermosa, te daré una cosa, una cosa que empieza con P."

En las paredes dice Luche y Vuelve. O hay una Pé sostenida por una Ve corta.

La Ve quiere decir Viva, o Vuelve, y la Pe ya se sabe.

Después la Ve saltará de la pared a los dedos, convirtiéndose en la Ve de la victoria.

Manos ingenuas: había sido la Ve de Winston Churchill, y lo que es peor, era la Ve de la Unión Democrática, de Braden, de los gorilas.

El miedo de la vuelta es idéntico al escozor de la primera cita:

¿Qué va a pasar después?

¿Cuándo llega?

¿Vendrá realmente?

Lanusse dice que no. Que al General no le da el cuero. Asado tras asado, después de Ezeiza, nacen los chistes: asado con cuero.

Los que no lo nombran también dicen otro nombre: compañeros, se llaman.

El compañero.

Ningún otro partido bautiza de manera tan inequívoca; sabré años después que los radicales se llaman correligionarios, pero hasta hoy nunca escuché a uno de ellos diciéndole a otro: ¿Cómo anda, correligionario?

También sabré que los comunistas se llaman camaradas, pero sólo pude leer esa palabra en los peores poemas de Neruda y escucharla en las películas de la guerra fría en la que los rusos se comen a los chicos crudos.

Compañeros...

Segundo Perón:

¿Miedo a qué?

El viejo con cara de tortuga, el que vendrá, divide la sobremesa familiar, desata discusiones a los gritos y hace que las tías se santigüen en el Barrio Norte.

Soy chico, y pregunto, y escucho todo esto:

Perón le regaló departamentos a los negros, y los cabecitas hacían asado con el parquet.

El Viejo iba a la UES y le ponían en fila a las chicas para que se acostaran

con él.

¿A la qué?

A la Unión de Estudiantes Secundarios.

Preguntale a la abuela... Si no eras del partido no te dejaban laburar.

El primer gobierno fue bueno, pero después se bandeó.

Empezó a hacer cagadas cuando murió Evita, porque nadie lo controlaba.

Acá va a haber una guerra civil.

El Viejo tuvo suerte porque subió después de la guerra. El mismo dijo que no se podía caminar por los pasillos del Banco Central, con todo el oro que había. Cuando llegó la Libertadora, Perón ya se había llevado todo.

¿Y del pan negro? ¿No te acordás del pan negro? Contale que nos obligaban a comer pan negro...

¡Vuelve el Macho, viejo! Vas a ver como rajan todos...

¿Perón? Qué macho ni macho, si era impotente.

Iba a volver el macho, el tipo, el hombre con el que soñaban las chicas de Duperial antes de dormirse mirando al techo.

Tercer Perón:

Tenía trece años cuando Perón volvió.

Tres millones de personas fueron a esperarlo a Ezeiza. El país se paró. La televisión transmitió sin cortes y en directo, como pocos años antes, en 1971, había mostrado la llegada del hombre a la Luna.

Lo que ahora podía verse en la pantalla era a miles de personas que cruzaban descalzos el río Matanza, camino al aeropuerto.

En octubre de 1945, habían cruzado el Riachuelo, desde el sur hacia la Plaza de Mayo.

El 17, 18 y 19 de octubre de 1945 no hubo diarios.

En el retorno de Perón a Ezeiza el periodismo ya se había acostumbrado a codearse con la historia: hubo diarios, y sangre, y muertos.

Partes del espejo del último Perón: Gaspar Campos, el viejo en bata saludando desde el porche; Rucci en la pista del aeropuerto llevándole el paraguas, el sobretodo a cuadritos de la última imagen, el vidrio antibalas, la cara llena de berrugas peludas dibujadas por Landrú, la cara con manchas marrones de tiempo.

Perón citando en un discurso a Fidel Pintos:

-Porque esto de las paritarias es como dice Fidel Pintos... Lo inventé yo. Perón hablando de la música que lleva en los oídos. Alrededor la muerte, ajena y propia.

Perón murió el 1º de julio de 1974. Lo escribe alguien que nunca recuerda las fechas.

Yo tenía catorce años. La gente lloraba por la calle, y la cola de los que fueron al Congreso a despedirlo era una serpiente gris, lenta y eterna.

Vi a quienes se deshacían en una agradecida tristeza:

-Vino a morir acá- decían.

Cuarto Perón:

Me entero del resto tarde y mal, como una mujer engañada.

Otro Perón: torturas en las comisarías, el GOU, grupo de oficiales fascistas, nazis que llegan hasta Argentina con una manito del Vaticano y las llaves de Perón abriéndoles la puerta, Licio Gelli embajador del final, la logia P-2, López Rega, la Triple A, los montoneros de gomina y parada militar, el Partido Unico de Gobierno en el '45, Eva tiñéndose de rubia, el exilio de Cortázar, Borges inspector de gallineros, la amistad con Franco, la melancolía por Mussolini, el mito del entorno.

¿Qué Perón?

¿Habrá existido Perón?

¿Nació alguna vez?

Si existió una persona llamada Perón, su destino fue inmenso y cruel.

¿Habrás estado solo este viejo que no podía nombrarse y que fue, a la vez, millones de personas?

Millones de personas en estado de Perón.

¿Dolerá dividirse tanto? ¿Separarse tanto?

¿Habrás podido elegir? Quizá haya nacido para dividirse tanto.

Perón fue lo que quisimos ser. ¿Fue lo que fuimos? ¿Fue lo que nos animamos a soñar, a querer, lo que peleamos?

¿Fuimos eso por Perón, gracias a él, o es él quien fue gracias a nosotros?

No tiene mucho sentido la pregunta: es como preguntarse por qué, cuando hacemos el amor, somos uno, distinto y breve.

Fuimos Perón.

El fue nosotros.

"Ojalá todo esto se termine cuanto antes, y podamos irnos juntos a vivir a Bariloche", le escribió Perón a Eva desde la cárcel de Martín García, pocos días antes del 17 de octubre de 1945.

Después la Historia lo tomó de la mano.

Editorial de RompeCabezas.

Voces de Catamarca

Los sonidos del silencio

Nosotros estuvimos dando vueltas de un lado para otro porque nadie investigaba nada."

- "¿Y los otros?", le pregunté. Escuchame, más no puedo averiguar porque me comprometo yo también", me dijo.

- Vuelvo a la comisaría y me repiten lo mismo: "Mirá, pibe, vos no viste nada".

- Todos me mintieron, jueces y policías encubrieron.

¿Por qué le hicieron eso?

Cuando me lo encontré yo le dije que no lo había imputado de nada, que era verdad que estuvo y no tenía por qué ocultarlo. ¿Y sabés que me contestó? "No te hagas drama, negra, que no pasa nada."

- ¿Sabes por qué yo estuve seis días preso? Por decir la verdad.

Si en lugar de ser una provincia Catamarca fuese un estado de ánimo, la diferencia de lugar y tiempo entre todas estas voces no tendría sentido. Las tres primeras frases pertenecen a Eugenio Holmberg, Horacio Santiago Levy y José Giorno, y fueron pronunciadas en 1985 durante el Juicio a las Juntas.

Las otras tres son de la madre de María Soledad, de Rita Furlán y de Chano Martínez.

Si fuese un estado de ánimo, bien podría decirse que Catamarca fue la palabra diaguita que designaba la indignación, ese lento estado de rebelión de la conciencia que, a fuerza de antiguo, se vuelve inexorable.

El silencio de treinta mil personas marchando en una ciudad de ciento treinta mil habitantes es un silencio que data de 1683, cuando la ciudad dio a luz a las mismas María Soledad y a distintos Luque.

En su historia de sordido silencio, los catamarqueños aceptaron que las vidas valen poco en el río del Valle, pero no pudieron resignar que las almas deben descansar en paz. Quizá por eso dos religiosos unen los extremos de la historia provincial: Fray Mamerto Esquiú y Martha Pelloni; uno se convierte en 1853 en el "orador de la Constitución" y la otra exige, desde 1990, el cumplimiento de la ley.

Catamarca se fundó tres veces, y los dos primeros caseríos fueron destruidos por la ira de los diaguitas. Finalmente los españoles integraron a los indios al trabajo y a cambio de unos pocos víveres desarrollaron su técnica del telar. Catamarca es hoy, junto a La Rioja, la ciudad con mayor cantidad de empleados públicos del país: 85 cada mil, fruto de un subsidio encubierto al desempleo que

es, también, una estrategia de dominación poco sutil.

Bajo de la Lumbrera y Farallón Negro son los nombres del opuesto: las dos minas de oro más importantes de la Argentina.

En la Ciudad del Oro los ricos olvidan los impuestos: la provincia recauda el 2,5 por ciento de la facturación total del Impuesto Inmobiliario; una persona en cuarenta recuerda que debe existir el Estado.

Desde 1947 emigraron ciento cincuenta mil catamarqueños de esta provincia con menos de trescientos mil habitantes; los otros, los que se quedan guardan silencio. En realidad, saben que no necesitan hablar: lo que están pidiendo es justicia.

Publicado en un número especial sobre el caso María Soledad, editado por la revista Noticias el 1° de abril de 1996.

José Luis Cabezas viaja a la muerte

Hacía frío cuando salió?

¿Ya era de día? ¿Cómo fue escuchar la fiesta desde afuera? Desde afuera las fiestas parecen parte del pasado. Afuera sólo el viento, y el corazón, y las pisadas, y el increíble silencio están presentes.

¿Silbó mientras caminaba hacia el auto?

¿Vio a los tipos antes de subir?

¿En qué estaba pensando cuando los tipos aparecieron?

¿Qué sucedió primero? ¿Las caras de los tipos o las voces? ¿Adelante o atrás? ¿Fue una orden o una sorpresa?

¿Nadie los vio?

¿Nadie los vio? ¿El señor de la casa familia Ingalls no los vio? ¿La gente del chalet de quinientas lucas no los vio? ¿Los chicos que volvieron de la disco en el 4 x 4 no los vieron? ¿La mucama que no se podía dormir tampoco los vio? ¿El empresario con cuenta en las Islas Caimán no los vio? ¿Las chicas que con las dos manos se estiraban medio centímetro el borde de la mini negra no los vieron?

¿En qué momento los tipos lo corrieron al asiento de al lado?

¿Los tipos estaban nerviosos? ¿Estaban sacados?

Alguien entretuvo a los de la puerta? ¿Durante cinco, diez segundos, salió otro invitado?

El camino desde la casa de Andreani hasta el agujero se recorre en catorce minutos.

Quizá dieciocho minutos, porque depende también de la consistencia de la arena, del tipo de automóvil y de la pericia del conductor.

Si se toma por Intermédanos puede evitarse el centro y el paso del auto frente a la comisaría, saliendo a Bunge y a pocos metros de la ruta.

Catorce minutos.

Irineo Torres, que ahora recuerda cargado de impotencia, no los vio. Aquella noche se preguntó por qué, por primera vez, lo dejaron de guardia a él, que no era de Pinamar.

Catorce minutos por Intermédanos al pozo.

Marta Garen era de Pinamar, pero aquella noche no atendió ninguna llamada. Catorce minutos, entre los médanos, por el atajo al pozo.

Hacer el amor puede llevar catorce minutos.

Para Andy Warhol, quince eran los minutos de publicidad, de gloria berreta, que cualquier persona merecía tener.

En catorce minutos puede leerse de corrido la teoría de la relatividad.

En los catorce minutos finales de Casablanca ya se sabe que él le miente para ayudarla, y que nunca tomarán juntos el avión.

Catorce minutos.

¿En qué minuto de esos catorce minutos José Luis Cabezas supo que lo iban a matar?

¿Quién llevó las latas de aceite y nafta para quemar el auto?

¿Desde qué hora esas latas esperaban convertirse en fuego?

¿Cómo es quemarse?

¿Cómo es morirse?

¿Será José Luis un ángel? ¿Existirán los ángeles?

¿Es frío el metal de las esposas? ¿Lastima? ¿Marca?

En los últimos tres de esos catorce minutos cruzaron un patrullero estacionado sin nafta en la rotonda.

Imagen policial: patrullero tres cuartos de perfil derecho.

Imagen.

Dice Marta Cotz que aquella noche se encontró con Rubén Franul, que Franul tenía dos bidones en una mano y una invitación a la fiesta de Andreani en la otra, dos armas largas enfundadas y la supuesta confesión de que iba matar a Cabezas. A cambio de dinero, Marta Cotz contó su historia por la televisión. Nunca le pagaron la nota.

Quince fojas, seis horas de declaración ante el juez. Detenciones: cero.

El custodio Bogado y la vecina Diana reconocieron al suboficial Stoghe.

El detective Fogelman dijo que pudo haber sido. Cero.

Un periodista de Canal 13 recibió una caja de esposas encontrada en el garage de la revista Noticias. Las esposas eran de juguete.

El sargento Pedro Avio denunció una banda de narcopolicías y narcointendentes que lo amenazó confesando un crimen futuro: "Andate porque te va a pasar lo que le va a pasar al de Noticias". Horangel: cero.

Detuvieron a Jorge Alberto Cortez. Quedo en libertad.

Detuvieron a Franul. Quedó en libertad: "Soy el Coppola de Pinamar", dijo al salir.

Detuvieron a la banda de Mar del Plata. Todos portaban pistolas calibre 32.

Una de ellas fue analizada como el arma del crimen. La primera pericia dio positivo. Nadie quiso hacer la contraprueba. Si hubiera pasado lo mismo en el caso Borgione, el cura estaría preso. Los especialistas coinciden en que el 32 es un calibre engañoso, y en que la primera pericia nunca es definitiva.

El juez, el ministro Corach y el secretario Kohan dicen que la primera es la vencida.

También se encuentra una agenda que dice Cabezas, pero en otra letra.

Todos dicen que es el arma culpable pero los detenidos no.

Si los detenidos son inocentes, ¿cómo llegó el arma hasta ahí?

Es curioso, dice el detective Fogelman.

Catorce

minutos
desde los médanos
al pozo

Jueves 13:

Corach a las 9.42: "Es un momento muy delicado y no hay que hacer declaraciones".

Corach a las 11.06: viaja con Kohan hacia Dolores para ver al juez.

Corach a las 13.49: "Se identificó el arma y a los partícipes. No puedo saber si el caso está aclarado".

Duhalde a las 14.38: "Vamos a encarcelar a los culpables".

El informante se llama Carlos. Quiere cobrar las trescientas lucas. Tiene antecedentes penales por estafas. También declaró en la causa María Soledad.

¿Cómo es morirse?

¿Quién disparó?

¿De qué hablaron durante esos catorce minutos?

¿Los tipos disfrutaron con el fuego? A menos de doscientos metros del agujero hay dos casas. Nadie los vio.

Esa madrugada cinco o seis personas pasaron por el agujero. Recién el quinto fue a avisar.

Acá no te enterás

de nada

no te enterás

de nada

dicen las vendedoras de Pinamar

Alrededor del pozo

hay mucha gente de vacaciones

móviles, morbo, bronceador, servicios vigilando a periodistas, chicas de piernas largas, pantalones de tiro corto, pistas falsas, testigos truchos, narcos con negocios blancos, guita negra, chicas tostadas, miradas por la peatonal, noche de Duhalde, estado de sitio a las cuatro y media, chicos y chicas por la calle, esperan a las seis, cuando vuelven a abrir los bares.

A las seis ya era tarde.

Ya sabía que el metal de las esposas marca y que el plomo de las balas duele, y sorprende.

Y sí existen los ángeles,

les guste

o no.

El siguiente texto, ilustrado con una cámara subjetiva que mostraba el camino desde la casa de Andreani hasta la cava, fue leído como editorial del programa televisivo Día D.

Junior

Los problemas esenciales del hombre no son políticos.

Es bueno poder decir esto en el contexto de lo que parece ser un programa político.

Los problemas del hombre -la vida, el amor, la muerte- son parte de una

extensa serie de preguntas permanentes. El hambre es un problema político, pero el egoísmo que la provoca es un problema humano. Ayer a la tarde el país se cubrió, otra vez, de preguntas sin respuesta. La muerte, injusta por definición, potencia su crueldad cuando sus víctimas son jóvenes, o niños.

Cada uno de nosotros conoce sus métodos privados para luchar contra la muerte; y cada uno de nosotros sabe, también, que cualquiera de esos métodos son sólo torpes manotazos de ahogado.

Vivimos inconscientes, fingiéndonos inmortales, desesperando el momento del último desmayo.

El desconsuelo frente al abismo lleva implícito el bálsamo de la fe. Frente a la muerte quisiera creer en Dios, en el dinero, en la felicidad, en la tecnología, en la cirugía estética, en la existencia de sentido, de algún sentido que me llevara en sentido contrario a la propia muerte.

La muerte copia los defectos más vulgares de la vida: hay muertes públicas y muertes privadas, muertes silenciosas y muertes espectaculares, pero finalmente unas y otras se nivelan en la inexistencia de respuestas:

-¿Por qué?

-¿Por qué pasó?

Supe en estos años, como padre, que frente a la sangre, a la piel, las palabras son sólo pequeños gestos torpes:

-¿Cómo explico el calor?

-¿Cómo defino el roce?

También supe que, aunque se construya, el amor no se decide: nos arrasa.

Hay quienes llegan a los hijos por motivos miserables: para que se llame Alberto, y sea dentista, para que sea lo que nunca fui, para que, en realidad, no sea, para que no sea él y para que cumpla un destino ajeno. Para que me sobreviva. Para que yo pueda sobrevivir a la muerte.

Conozco la muerte de un padre, y espero no averiguar jamás cómo es la muerte de un hijo.

Los problemas del hombre no son políticos: escribo estas líneas para un descendiente de árabes, abogado de La Rioja, a poco de enterarme de la muerte de su hijo.

Tal vez pueda, como padre, acercarme vagamente a su dolor. Pero no voy a mentirle: no lo puedo comprender completamente, y espero no comprenderlo jamás.

El imprevisto salto de gato de la muerte me impide ahora pensar sobre otras muertes: cotidianas, silenciosas, de apariencia menos importante.

Ninguna muerte es necesaria.

No es este el momento, pero quiero recordar aquí otras muertes: la de los chicos en los hospitales, la de las víctimas del gatillo fácil, o la muerte lenta de los que se resignan, de las víctimas del futuro a quienes la muerte le baja los brazos.

Veo en este momento, en la televisión, a supuestos periodistas corriendo detrás de su familia: me dan asco, y me avergüenzan de mi profesión.

Vi anoche y seguiré viendo hoy a buitres que revolotean golosos de muerte.

La muerte es cualquier cosa, pero no es miserable, aunque quizá desde esta misma tarde forma parte del cálculo electoral propio y ajeno; de la ruleta de la economía; de las sombras de un poder que vive como si la muerte no existiera.

Es probable que todo eso suceda porque el miedo, otro de los problemas del hombre, tampoco es político.

Dr. Menem: es absurdo usar palabras para reclamar silencio.

Dicen las tías en Sarandí: Lo acompaño en el sentimiento.

Quiero, en este momento, ser capaz de llenar esa frase.

Que su hijo descanse en paz.

Editorial de RompeCabezas en ocasión de la muerte de Carlos Menem Hijo.

Mar

Todos los sitios donde morir se están lejos.
Las Malvinas son argentinas,
Dios es argentino,
Houssay fue un Premio Nobel argentino,
Monzón era argentino.

Gardel

Gardel no nació en Toulouse;
San Martín murió en Boulogne sur Mer.

Argentina: ¿dónde estás?

Cortázar nació en Bruselas,
Borges murió en Ginebra,
Moreno en el agua,
tanta agua;
Gatica en el olvido,
Julio Sosa en una esquina,
Alfonsina en el mar.

Las Malvinas son argentinas:
algunos mapas las llaman Falkland
Falk-land
Fuck-land
Están llenas de ovejas,
negras de petróleo,
naranjas de krill;
llenas de muertos
y de kelpers con polera de lana.

En Puerto Stanley no hay calle Libertad:
¿dónde habrán vendido el oro de las cadenas?
Ellos son iguales a nosotros
tampoco quieren ser argentinos
también quieren ser ingleses.
Desde las Malvinas corre un viento
que pega contra los carteles luminosos;
cuando eran un poco más argentinas
el viento pegó en el cartel de la Franco-Inglesa
que pasó a ser sólo la Franco,
el mismo viento rebotó en el bar Británico del Parque Lezama,
y fue el bar Tánico.
El viento no hablaba latín ni griego,
y nunca supo que tánico, o tánatos
quiere decir muerte:
muerte argentina
argentum
plata.

Nada de lo que se puede escribir sobre la muerte guarda el menor sentido;
es ella
quien vive sin sentido.

Yo vi Malvinas por la televisión.
Vi una guerra en Mendoza,
otra en Tucumán. Guerra en los televisores de Jujuy,
guerra en Córdoba y La Pampa,
guerra en Patquía,
guerra en Catamarca,
guerra con horario de noticiero.
Odio y miedo,
asombroso temor,
bronca antigua,
labios apretados,
en las caras que miraban la televisión.

-Acá tenemos de todo, entendés, no hay odio racial, tenés los cuatro climas,
tirás una semilla y crece, acá nunca hubo una guerra.

Las Malvinas son correntinas,
las Malvinas son de los suboficiales egresados de la Escuela Sargento Cabral,
las Malvinas son colimbas:
Colim-malvinas.

Las Malvinas son de los que allá
vieron el mar por primera vez
y por última.

Editorial de Día D, ilustrado con imágenes de la réplica del Cementerio de
Malvinas.

Carta desde Sarandí a Villa Fiorito

Pibe: los mismos que te la venden, después te hacen mear en el frasquito,
¿viste lo que es?
Los que lavan la guita se golpean el pecho.
Esto está lleno de tipos que se cuidan el cuerpo y se destrozan el alma.
¿Dónde se metió la gente?

Yo te vi dos o tres veces, casi no te conozco, escuché de amigos tuyos que te
caigo bien, no sé un carajo de fútbol y el Diego al que le hablo es el Diego
que me imagino, lo mismo que le pasa a todos.
Me encontré diciendo varias veces: te la regalo ser Maradona, debe ser un
garrón...
Para decirlo de frente: te putée un par de veces por política o por amigos
tuyos que te los regalo, o porque sí, porque sos Maradona.
Lo que sé es que alrededor de uno duele, y uno mismo duele, y el alma duele,
y cada uno lo tapa como puede.
Ahora todos se golpean el pecho preguntándose cómo. Como si nunca
hubieran sabido nada, ahora dicen qué barbaridad, dicen que no hay remedio,
que no hay salida, que no, que fue.
La otra vez estuviste acá con Ben Johnson, y yo te pregunté cómo era caerse
de la cima del mundo, y ahora pienso qué carajo será la cima del mundo
porque a veces estoy con mi hija y dice alguna cosa y se me anuda la
garganta y es ésa la cima del mundo, y sé de sobra que no hay ningún
kilombo que se arregle con plata y sé también que lo más importante que
uno tiene es uno mismo, y que eso es lo único que no te pueden quitar.
Otro día te cuento por qué, pero yo supe de chico lo que se siente cuando te

tienen lástima y es una mierda que te tengan lástima, es blando, asqueroso. Los católicos dicen que la piedad es una virtud, pero se parece mas al pecado de soberbia.

Ahora lo único que se puede hacer es llorar; putear contra el techo, tener impotencia de uno mismo y empezar de vuelta.

Te digo "empezar de vuelta" y creo que vos te imaginás "jugar de vuelta". No: no digo eso. Estoy diciendo "vivir de vuelta". Vos no sos Maradona porque jugás. Vos sos Maradona, y jugás.

Un tipo que solamente juega no hace lo que vos hiciste.

Vos primero saliste de Fiorito, y después Fiorito entró en vos, y te dejaron pasar por la puerta del frente.

Y después les compraste la casa, y después te cagaste en esa casa y en la de al lado, y cuando conseguiste... Me quedé pensando en qué cosas conseguiste: ¿tenés paz? ¿Cómo andan tus viejos?

¿Hablás con las nenas?

Sabés cuánto hay que entrenar para ser buen padre? Es un garrón, porque en ésa tenés partido todos los días.

¿Por qué no puedo imaginarte viejo, a vos?

Porque Gardel se murió, porque a Gatica se lo llevó puesto un bondi, porque te quieren tanto que te matan.

Te quieren tanto, te piden tanto.

¿Y si vos te das un poco? ¿Si vos te das un poco a vos mismo?

¿Qué necesitás? ¿Que te aplaudan, para jugar a la pelota? ¿No te das cuenta que así nunca te vas a ir? ¿Vas a seguir jugando para demostrarles qué?

¿Qué más querés demostrarles, que podés qué cosa? Pensás que en serio les importa?

La gente a la que le importás ya te tiene adentro, hermano.

Adentro de ellos nadie juega mejor que vos. Vos sos Gardel, Razzano y los guitarristas. ¿Para qué mierda querés tocar en Medellín?

Tenés 36 años. Treinta y seis años.

Ya pagaste entrada, Diego. Ya está.

Ya entraste. Entraste vos, no el jugador, porque un jugador, por mejor que sea, no se hubiera bancado ni la mitad.

Yo no soy quién para darle consejos a nadie, pero quiero pedirte un segundo para que pienses que a lo mejor ahora es el momento de vivir tu vida. Y es otra.

¿Y sabés qué? También estás solo para encontrarla, para saber cuál es, aunque a veces te acompañen tu jermu y las nenas. Vos ya sabés de sobra que frente a la vida y a la muerte uno está solo, solo como cuando jugabas a la noche en el campito, en la villa, mirando al cielo.

Un abrazo y ya sabés: lo que necesites.

Jorge.

(A Diego Maradona luego de su último incidente con el control antidoping. Fue leído como editorial de Día D.)

El Salvador

Un nuevo semanario llamado trespuntos, dirigido por Héctor, hijo del editor Jacobo Timerman, me pidió esta columna, una especie de plegaria laica que desató las iras de los militantes radicales. A la semana siguiente, asombrados ante la repercusión del texto, los editores de la revista publicaron una página doble de correo dedicada al asunto. Olvidaron un detalle de ética periodística elemental: preguntarle a su ocasional columnista si quería responder.

... Y también, Señor, te agradezco por Alfonsín. El siempre nos salva de todo, aunque no lo llamemos, y gracias a su entrega, Señor, el país no cayó en situaciones terribles y de nombre complicado: Alfonsín nos salvó de la libanización, de la reelección, de la insubordinación, de la privatización y ahora, Señor, ha llegado a salvarnos de la oposición.

Te pido que lo ayudes porque, aunque se lo ve con fuerza y ojeras retocadas, ya no es un hombre joven y tanto esfuerzo puede perjudicarlo.

En algunas cosas, Señor -con todo respeto- es como Vos: él sabe cuando nosotros queremos algo; lo sabe mejor que nosotros mismos; y muchas veces somos injustos con él, Señor, como lo fuimos con Vos, y lo criticamos sin entenderlo. ¿No nos damos cuenta de que lo hace por nuestro bien? El nos salvó del golpe por nuestro bien, por nuestro bien nos deseó Felices Pascuas, firmó por nuestro bien el Pacto de Olivos y ahora -por nuestro bien- garabateó el acuerdo de Palermo.

Yo cuando sea grande también quisiera salvar a la Democracia, Señor. Debe ser de lindo... Están todos ahí, peleándose, dale que va y luego yo volando, como llega Don Raúl, digo un discurso y salvo a la Democracia. ¿Qué lindo, no? Porque yo ahora no me acuerdo, pero leí en algún lado que la democracia también se salva con la negociación, y entonces me imagino que el Presidente está ahí, metido en una pieza y yo entro por la ventana y... ¡ ¡tatam! ! "¡ ¡Vine a salvar a la democracia! !", le digo. "¿Cuántos jueces querés en la Corte?" "Bueno, cuatro para vos, seis para mí." "Y vos querés volver a ser presidente, ¿no? 'Tá bien, pero una vez sola más."

Y después le tuerzo el brazo y le digo: "Jurá, dale, jurameló". Y él me lo jura por la democracia y ya está, arreglamos todo rapidito y sin preguntarle a nadie. Porque para qué andar molestando a la gente, ¿no?, con los problemas que tiene...

Por eso Señor, cuidalo a Don Raúl, que ahora parece contento pero hasta hace poco no lo votaba nadie, y se ve que él se dio cuenta y entonces nos volvió a salvar. Y... viste, Señor, encima renunció a su candidatura para ser el jefe de todos los demás. Con lo poco que le gusta ser jefe... Pero lo hizo por nosotros, también.

Aparte acompañalo, porque debe ser feo vivir solo con la Historia. Yo me imagino que a Don Raúl le encantaría bajar acá con la gente, pero tiene tanto trabajo... Todos los días nos tiene que explicar la democracia, vigilar a los que se exceden, enojarse con los autoritarios que creen que se equivoca, pelear por el bien y la justicia.

Señor, quería pedirte otra cosa más: yo sé que estás en todos lados y capaz entonces escuchás en algún rezo alguna pavada sobre la Obediencia Debida, el lavado de plata del BCCI, Guglielminetti, Mazzorín, las excepciones del Concejo Deliberante, la escuela shopping, las pizzerías de Angeloz, los acuerdos de Massacessi, los comienzos de Yabrán, la operación de La Tablada, los apagones, el juez Belluscio, el Pacto de Olivos, la capital a Viedma... ¿Sabés qué? Te pido que no los tomes en cuenta, porque son pedidos de gente resentida. Mirá lo que son las cosas, ¿no? Porque cuando uno mira el cielo y de golpe aparece Don Raúl volando, volando... él no hace distinciones de ninguna clase, y nos salva siempre a todos, para nuestro bien.

Y líbranos de todo mal.

Amén.

Publicado en trespuntos, el 14 de agosto de 1997.

AFUERA

Luna de miel en Washington DC

Anthony Burgess bautizó G-Men (hombres del Gobierno), a estos funcionarios de sonrisa lavada que estrenan a diario una camisa. Pero la literatura es marginal en Washington DC: ahora llaman Yes-Men (hombres del Sí) a los burócratas de la Casa Blanca, una especie de mancha de crema en esta ciudad con un setenta por ciento de habitantes negros a los que casi no se ve.

-¿Cómo llaman ustedes a una honeymoon? Luna de miel, eso es -traduce en el quince piso del Departamento de Estado Douglas Hendel, el nuevo encargado de la Oficina para Argentina-. Sí, así podrían definirse nuestras relaciones con el nuevo gobierno. Atravesamos una honeymoon...

Hengel es un yuppie de unos cuarenta años, que no habla español pero deletrea un perfecto italiano, viajó sólo una vez a Buenos Aires y ocupó antes el desk de Venezuela.

-Por eso no es mucho lo que puedo decirle -se disculpó-. Recién estoy empezando a informarme en detalle sobre los problemas del país. Eso sí, en el aspecto global, estamos muy contentos con el vuelco de la política económica -concluye ajustándose los lentes.

Otras fuentes del Departamento de Estado coinciden con la diplomática visión de Hengel: en este edificio de pasillos eternos que recuerda vagamente a los del Ministerio de Información de Brazil, la película de Terry Gilliam, se acuñó una frase contundente pero casi social a la hora de responder por la gestión del presidente Menem:

-Estamos gratamente sorprendidos.

También agregan con tono pedagógico:

-Están sacando buenas notas; ahora la Argentina puede transformarse en una experiencia piloto que marque el rumbo de Brasil y Chile.

Son más reticentes, sin embargo, cuando se trata de futuras inversiones: "El país recién sale de la hiperinflación, todavía es demasiado rápido para que los empresarios se decidan a arriesgar su dinero". Aunque depende de qué condiciones se habla, cuando se habla de condiciones: "Todo depende de las condiciones... Si son muy ventajosas, evidentemente nadie va a negarse a invertir... " El Plan Brady también se suma a la lista de espera: "Con México era más fácil", se disculpan.

La propuesta de Menem para mediar en la crisis de Medio Oriente fue tomada con humor en la Casa Blanca:

-Lo único que podemos hacer es desearle suerte. No creo que el tema sea un punto central en la reunión que su presidente mantendrá con Bush. Menem necesitaría un trabajo full-time para ocuparse del asunto, pero creo que ya tiene demasiados problemas.

Sin embargo, la información que maneja la comitiva adelantada a la visita presidencial es la opuesta: sería Menem quien presentase el tema de Medio Oriente como centro de la agenda, preocupado a la vez por averiguar el punto de vista norteamericano frente a la eventual apertura de una Oficina de la OLP en Buenos Aires. La instalación de una sede diplomática palestina fue el eje de un encuentro reservado que Menem mantuvo con Kadafi, en la última reunión de Países No Alineados. Allí el presidente argentino prometió pensar el asunto y salió del encuentro cargando una montura de camello, regalo del líder libio. La montura devino entonces en secreto de Estado: debieron ocultarla cuidadosamente al llegar al hotel ya que la costumbre de caminar por Belgrado con una montura de camello no está muy difundida actualmente en Yugoslavia. A los Yes-Men del desk argentino tampoco parece preocuparles la posibilidad de un indulto:

-Es un problema interno -dicen secamente.

Sólo una de las fuentes se arriesgó a pronosticar que el indulto "debe darse para evitar un nuevo conflicto militar".

En los estrechos despachos del Capitolio la visión es distinta: la Comisión de

Derechos Humanos del Congreso, integrada por 158 legisladores demócratas y republicanos, impulsa la presentación de una carta de protesta contra el indulto.

Mientras a última hora del viernes se discutía un texto junto a organismos norteamericanos de derechos humanos, aún no estaba claro si se lograría acuerdo para presentar la carta o el tema sería planteado personalmente por algunos legisladores en un encuentro personal con el presidente argentino.

A menos de cien metros, en el edificio que alberga a los seis mil funcionarios del Banco Mundial, opinan sobre el presidente Menem con mayor vehemencia: -Estamos perplejos. Aquí nadie pensaba que Menem se iba a decidir a hacer cambios de esta magnitud.

-¿Eso significa que van a aprobarse nuevos créditos? -insistió este cronista, con ortodoxia monetaria.

-Habrá que cumplir determinados pasos -aclaró la fuente-. Si bien es cierto que se inició un proceso de ajuste, todavía no se redujo en serio el déficit fiscal y aquí hay quienes piensan que ajustes como el de Argentina, en el que no se encaran cambios estructurales, no duran más que algunos meses. Seguramente haya grandes anuncios después de la reunión con Menem, pero yo le recuerdo que una cosa son los anuncios y otra la llegada del dinero. Después de todo, también somos diplomáticos: luego de una reunión no hay nada más obligatorio que un anuncio.

La prudencia de los banqueros del 701 de la Calle 19 tiene motivos concretos: en el Banco Mundial ya se transformó en una anécdota de sobremesa el último préstamo enviado a Argentina para modernizar el aparato de la DGI. Fueron ocho millones de dólares contra una cláusula que obligaba a auditar a los cien contribuyentes más importantes y otra que señalaba la obligación de contratar mil nuevos agentes fiscales para controlar la evasión. El gobierno prefirió evitarse un disgusto con las cien empresas más poderosas y evitó las mil contrataciones amparándose en su propia ley de congelamiento de vacantes del Estado. En teoría, el dinero se destinó a la informatización de la DGI.

Mientras el Wall Street Journal bautizó "parásitos que viven subsidiados por el Estado" a los empresarios argentinos, la embajada de Guido Di Tella contrató a una agencia de relaciones públicas para acercar empresarios norteamericanos a la visita del presidente. Black, Manafort, Stone & Kelly, tal el nombre de la agencia, firmó un contrato de seis meses por más de veinte mil dólares al mes para organizar el mailing argentino. Mr. Manafort, uno de sus propietarios, pertenece al ala más conservadora del Partido Republicano y representa a diversos grupos extranjeros, entre otros al de Sabimbi, ex jefe de la Contra en Angola. Las relaciones entre Black, Manafort, etc. etc. y la embajada argentina resultaron tortuosas: los relacionadores públicos no hablan español y escaso personal de la embajada habla inglés.

Pero ése no fue el principal inconveniente: a mitad del trabajo Manafort fue procesado por "tráfico de influencia" a favor de empresas privadas de la construcción ante la House Development (Secretaría de Vivienda), y reconoció los cargos ante una comisión investigadora. Dada la elocuente sinceridad de Manafort, el embajador Di Tella decidió cancelar el contrato.

La contratación de "servicios extras" al diplomático no es una novedad en la delegación argentina de Washington DC: durante la administración de Alfonsín se negoció parte de la deuda externa con un lobby de abogados de NuevaYork a un costo de un millón de dólares al año.

A esta ciudad de parques y oficinas en la que el sesenta por ciento de las escuelas secundarias tiene detector de metales llegará el presidente Menem a mediados de semana.

Publicado en Página/12, el 24 de septiembre de 1989.

El discreto encanto de la Perestroika

UNO

Desde una vidriera, un afiche de Marilyn Monroe se protege de la nieve que cae sobre la calle Marx. Es viernes a la mañana y soviéticos esperan los festejos por la Revolución con ansiedad.

En la cola de una panadería una madre le advierte a sus hijos:

-¡Pórtense bien, porque si no viene Stalin!

Los chicos arrastran los pies y vuelven a la fila, que avanza con dificultad.

DOS

El primer hombre pasó de largo frente a la pared, pero luego volvió sobre sus pasos y se detuvo. Después se acercó otra persona, y otra más. Al rato mas de treinta personas miraban atónitas una pared del subterráneo. Alguien había pegado ahí un afiche. Era la primera vez, en años, que alguien pegaba un afiche:

el volante, de diez centímetros por quince, estaba mimeografiado, y firmado por "La voz del Pueblo". Proponía organizar un petitorio a favor de Boris Yeltsin, y estaba dirigido al Partido Comunista de Moscú. Los pasajeros del subte comenzaron a discutir. Al rato llegó la policía. El oficial tapó el afiche con otro papel, y trató de copiar su contenido.

La noticia, una hora después, estaba en toda la ciudad.

TRES

Los taxistas empezaron, hace unos meses, su batalla privada. Taxis privados y estatales se disputan clientes en medio de un desquicio de tarifas. Los extranjeros están condenados a pagar diez kopeks por un viaje que cuesta dos, a lo sumo tres.

Después de diez minutos de discusión en una calle de quince grados bajo cero, un corresponsal logró bajar un kopek. El chofer concedió:

-Nueve -dijo a regañadientes.

-Está bien -se resignó el corresponsal.

-Business are business -dijo el taxista y puso la primera.

CUATRO

La mañana estalla en las grandes tiendas. Moscú vive una intensa fiebre de consumo y las mujeres se empujan en los locales. Del otro lado del mostrador, los empleados hacen doble cuenta con un ábaco y la caja registradora. El viernes pasado se duplicó la cantidad de novias que, como parte del festejo, visitan la tumba de Lenin para sacarse fotografías. Hoy sábado es día de fiesta y no podrán asistir a la Plaza Roja, entonces comen helados de crema con ocho grados bajo cero y esperan que avance la fila para entrar al Mausoleo.

CINCO

En un barrio de las afueras, el teléfono de Sergei Gregorian no para de sonar. A la tarde corrieron rumores sobre su detención, y desde entonces ha recibido llamadas de todo el mundo. Gregorian edita una revista clandestina llamada Glasnost en un departamento de dos ambientes lleno de papeles, un mimeógrafo y colaboradores de mirada oblicua. "Gorbachov tiene que luchar contra la conciencia de masas -dice Gregorian- contra la gente que vivió sesenta años bajo el socialismo acostumbrada a que la iniciativa personal es mala y a que la verdad no puede decirse. Esta gente no puede trabajar como se necesita en el siglo veinte". Gregorian tiene en su solapa un distintivo con dos banderas entrelazadas: las de Estados Unidos y la URSS.

-Significa la unidad -aclara- Es un regalo del presidente Carter.

SEIS

En Moscú funcionan los relojes de los edificios públicos, se construyen 160 viviendas por día y mas de 200.000 universitarios siguen cursos por correspondencia. Sin embargo, una sola es la palabra que mantiene en vilo a la ciudad. Perestroika quiere decir reestructuración. Lo que quiere decir, a la vez, una batalla entre los bostezos y la desconfianza de la mitad de la población y la esperanza de libertad del resto. Esa palabra aparece en la calle, en los colectivos, insiste como una mosca contra la ventana.

SIETE

A las siete y media de la tarde del viernes una caravana de veinte automóviles atravesó la ciudad: Mijail Gorbachov volvía a su casa para cenar. A esa hora la ciudad ya estaba iluminada para la fiesta y durante el sábado será zona neutral. En el aniversario de la Revolución nadie va a preocuparse por el mercado negro, por el dólar de tres a uno, por la burocracia que resiste con su telaraña, por las Berioshka -esas supuestas tiendas para diplomáticos a las que sólo acceden los funcionarios del Partido-. En Moscú volvió a nevar por enésima vez bajo un cielo totalmente cerrado que, a primera hora de la mañana, fue atravesado por un misil meteorológico. Después de todo, el 7 de noviembre tenía que brillar el sol.

Publicado en Página/12 el 8 de noviembre de 1987.

Madrid: bostezos modernos

¿Quién?

-Tato Bores -dijo mi secretaria, Adriana Leiva, con una sonrisa.

-No me jodas.

-En serio, él me dijo que era Tato Bores.

-Mmmssé. Cuando vuelva a llamar pásámelo.

Volvió a llamar. Era Tato Bores, a quien luego traté ocasionalmente durante varios años y quien también se convirtió en el viejo de Alejandro y de Sebastián, dos de mis amigos. Pero en aquella primera llamada era Tato Bores o sea Gardel, o sea el tipo que me había ayudado a reír y pensar los domingos por la noche.

Tato Bores me llamó para decirme que había leído mi artículo sobre Madrid publicado en el diario, y quería pedirme permiso para reproducir un chiste en su programa.

-Citando la fuente, claro -dijo Tato.

Yo empecé a comprender porqué algunos tipos merecían el calificativo de "grandes". Lo vi personalmente, por primera vez, a fines de ese mismo año. Pero entonces le creí a Adriana cuando me dijo que estaba Tato Bores en la recepción, y a los pocos minutos Tato estaba ahí, sentado frente a mi escritorio y diciéndome que había venido a agradecer cómo lo tratábamos y a felicitarnos por el diario.

Tratándolo aquí y en Uruguay, charlando menos veces de las que hubiera querido, aprendí que después de treinta años de buena televisión uno puede estar más allá de todo, pero nunca más allá de las personas.

Medias negras, faldas negras, camperas negras. Las españolas recorren el centro de Madrid como melancólicas viudas de la Modernidad. Alguien decretó el fracaso de las utopías y las mujeres sucumbieron al luto. Sepultados en confortables sillones de diseño italiano, los jóvenes vestidos de negro gastan el tiempo en las terrazas, entre bostezo y bostezo, esperando que el espectáculo

del siglo tenga al menos un final interesante.

En esta primavera de quince grados las terrazas -se trata simplemente de bares con mesas en la calle- fueron condenadas a la calefacción. Con ciega confianza en el boletín del tiempo, los propietarios alinearon las sillas de mimbre en las veredas, pero en Madrid la primavera fue sólo un error del almanaque y las sillas volvieron a amontonarse contra la pared.

El miércoles anterior a la Semana Santa, mientras la televisión se preguntaba si las Pascuas son fiestas de perdón y contrición, miles de españoles bloqueaban las rutas con destino a la playa. Con ritmo de espasmo, el feriado de cuatro días dejó 184 muertos en las rutas.

Gracias a las procesiones, las fiestas resultaron mas "televisivas" en el interior. Encapuchados en Sevilla, "empalaos" en Cáceres, y en diversos sitios penitentes que revivieron, descalzos, la pasión de Cristo. En la tapa del semanario El Globo, la religión fue el tema central: una jovencita aseguró, durante una encuesta que Juan XXIII -el nombre, dijo, le sonaba- debía ser sin duda algún rey europeo.

Otros miles de españoles se dedicaron en las Pascuas a actualizar su correspondencia: las cadenas de dinero hacen furor en el país y sólo se trata de agregar cinco nombres en una lista y depositar unas cuantas pesetas en el banco. Pueden recibirse millones o, por lo menos, otras cartas ingeniosas, como la que sorprendió al periodista Juan José Perez Benlloch este fin de semana: "Cadena de la felicidad -decía-. Esta cadena ha sido hecha para los hombres cansados, agobiados y agotados. No es necesario enviar dinero. Mande cinco copias de ésta a amigos que sean de su entera confianza. A continuación, haga un paquete con su mujer y envíelo al primero de la lista, colocando su propio nombre en el último lugar. Usted recibirá 15.625 mujeres. Alguna de ellas podrá ser interesantísima, o al menos distinta a la suya. No corte esta cadena. Un marido la cortó y recibió a su mujer de nuevo. Un conocido mío ya recibió 18 mujeres. Ayer fui a su entierro, pero tenía una sonrisa en los labios que jamás le había visto en su vida".

Dos sosías de distintos tamaños provocan durante estas semanas las risas de los españoles. Uno de ellos mide un metro treinta y es una pequeña réplica de Felipe González: es un actor de origen francés y trabajó, en los Estados Unidos, en la serie Hawai 5-0. El programa Viaje con nosotros lo puso al aire por la TVE. Con traje azul, cigarro Cohiba y entrevistado por una actriz que representaba a Victoria Prego, la periodista oficial, el Felipe enano tuvo el 67 por ciento de la audiencia televisiva. El semanario Epoca le dedicó su tapa con un título lacónico: "Lo que desgasta el poder".

El otro sosías es de tamaño natural: una réplica de Mijail Gorbachov que vende videos de la colección James Bond. "Regalo de Margaret" dice el título de este Gorbachov auspiciado por el departamento de video de la Warner.

Otro de los canales de tevé anuncia, para este fin de semana, el estreno de El último tango en París, la película que cien mil españoles vieron, durante el franquismo, viajando a Perpiñán, en la frontera con Francia. Ya casi nadie recuerda que aquellos viajeros fueron llamados "peregrinos del erotismo" por la prensa de la dictadura.

-¡Hombre! -dice ahora un taxista mirando por el espejito-. ¡Que no pasar ese film sería una cosa del Tercer Mundo!

Tercermundista se convirtió en un insulto. Un trabajo es o no es del Tercer Mundo. Una obra pública puede ser tercermundista. Una cola de más de tres personas es definitivamente del Tercer Mundo. Los españoles limitaron la inmigración pero toleran miles de trabajadores clandestinos, como mano de obra barata.

-Que no hay trabajo para tantos, eso digo -insiste el taxista.

Amplios sectores sociales califican positivamente el plan económico del PSOE, aunque excluyen un detalle: tres millones de desocupados.

-Que no son tres, serán apenas dos millones -se excusa el conductor.

Un importante sector de la sociedad -¿la mitad? ¿el cuarenta por ciento?- vive dentro del circuito económico, gana más de setecientos dólares al mes y se atora en las autopistas de Semana Santa. La otra parte quedó simplemente marginada de la economía, vive del seguro de desempleo y está compuesta en su mayoría por jóvenes, mujeres y muchos profesionales que deberán estrenar su diploma manejando un carro de reparto.

Juan Marcelo Barberá, sociólogo, escribe en las páginas de El País: "Mejor no pensar ni en la vejez ni en la muerte. La única muerte que hoy es bien vista es la nuclear. Mirados y mirones quedarían igualmente eliminados. Vivimos día y noche ante el televisor, aunque esté desenchufado. Queremos poseer imagen, al precio que sea".

En las terrazas las chicas de negro intuyen que sus padres fueron algunas vez jóvenes e inmortales, pero eso ya no las asusta. Ahora ellas tienen la mirada lánguida y el rostro alargado de un cuadro de Modigliani, y emiten cada tanto pequeños bostezos. Piensan en un ligue para terminar la noche caminando por la Gran Vía, tomando la octava botella de cerveza y deseando dormir hasta las cinco de la tarde.

Publicado en Página/12, el 10 de abril de 1988.

La vuelta de Abdalá Bucaram

Conocí a Eduardo Galeano durante una discusión que él no debe recordar: fue en 1983, en una mesa redonda organizada por el Sindicato Gráfico donde se debatía el regreso a la democracia en Argentina. El lugar era inmenso y parecía el centro de Tokyo a la hora de salida de comercio: todos estaban allí para escucharlo a Galeano. No recuerdo quién me invitó a participar, o por qué error administrativo yo formaba parte de esa mesa. Yo era Nadie, esto es un casi ignoto cronista de 25 años del informativo de Radio Belgrano.

Pocos meses atrás Uruguay había dado la lección de los cacerolazos contra la agonía política del Goyo Alvarez.

Eduardo, entonces, mencionó la heroica resistencia de los argentinos a la dictadura, lo que desencadenó algunos aplausos.

Tomé el micrófono, dije que no estaba de acuerdo, y que la naciente democracia del '85 era una consecuencia directa de la derrota de Malvinas.

El público se dividió en dos grupos que, obviamente, aplaudían o insultaban aunque la discusión no pasó a mayores.

Cuando volví a encontrarme con Eduardo trabajábamos juntos en Página/12. Yo vivía esos primeros años del diario convencido de que en algún momento iba a despertarme de ese sueño en medio de una pila de gacetillas sin terminar. Tenía 26 años y era Director Periodístico de un diario en el que escribían Juan Gelman, Osvaldo Bayer, el Gordo Soriano, Eduardo Galeano, Tomás Eloy Martínez, Miguel Bonasso.

Diez años después Galeano ya no es solamente Eduardo: es encuentros en Montevideo; es Eduardo, Helena y la Pulga; es la única familia a la que mi hija le hablaba y con la que podía -a los tres o cuatro años- romper su timidez; es la sensación de alguien a quien poder llamar.

Fue justamente por boca de Eduardo que escuché por primera vez el nombre de Abdalá Bucaram. Galeano llegaba de Ecuador y contaba anécdotas sobre Bucaram como tantas anécdotas similares se cuentan sobre Menem, con un tono entre divertido y asustado.

Ninguno de los dos sospechaba que la realidad tiene un sentido del humor bastante extraño, y que Bucaram iba a convertirse en presidente de ese país. Si esa noche alguien llegaba desde el Túnel del Tiempo para decírnoslo, no le hubiéramos creído.

Eduardo me contó los detalles del texto que sigue y después preguntó en

voz alta, a nadie, a sí mismo:

-¿Te das cuenta? ¿Cómo hacés para poder escribir esa barbaridad?
Creo que escribí esta nota probándome si podía hacerlo.

A las dos de la tarde Oscar Murillo había vendido más de cuarenta gaseosas, y se podía dar por satisfecho, pero tenía en mente nuevas inversiones y, en el fondo, quería que Abdalá Bucaram no llegara nunca. Cuanto más se retrasara, las cincuenta mil personas que esperaban en el Aeropuerto de Guayaquil tendrían más sed. Fue entonces cuando el destino le jugó una broma: Murillo fue el primero en ver el helicóptero.

-¡ ¡Allá! ! -delató con el brazo izquierdo.

Después de una danza breve y torpe el helicóptero se posó en la pista, y entonces las cincuenta mil personas estallaron.

Abdalá Bucaram, el hombre que saltó del helicóptero, es, a los treinta y cinco años, una incógnita en la política del Ecuador: estuvo exiliado en Panamá, practicó el exorcismo, se definió como "discípulo de Atahualpa", atacó al Fondo Monetario y le advirtió a la derecha local que "les conviene rescatarme, porque no soy comunista y mi ideología no atenta contra el sistema imperante; lo que sí busco es la equidad, que los ricos sean menos ricos y los pobres menos pobres". La Radio Nacional -controlada por el liberalismo oficialista de Febres Cordero- se encargó de recordar otros antecedentes de Bucaram: fue detenido en Panamá por tráfico de drogas cuando la policía descubrió varias bolsas de cocaína en el baúl de su Toyota Corona.

Abdalá Bucaram, el líder del Partido Roldosista Ecuatoriano, subió trabajosamente al palco y dijo en un grito:

-¡Soy Maradona! ¡Soy Zico! ¡Soy Pelé!

Y el público comenzó a delirar.

-O hablan ustedes o hablo yo. He venido más maduro pero de tonto no tengo un pelo. Así que a callarse todos.

La multitud obedeció y el candidato gritó contra la oligarquía, recordó que su tío Assad Bucaram fue quien clausuró el exclusivo Club de la Unión y ratificó que "la riqueza del país está apenas en diez vivos". Luego elogió por igual a Kennedy y a Alan García, bramó contra la deuda y anunció que su hermana -una de las mujeres más feas del Ecuador- será la próxima alcaldesa de Guayaquil.

-Sé muy bien -se excusó Abdalá- que no será Miss Ecuador por su belleza, pero sí puede serlo por su castidad.

Le pidió a Elsa que se acercara al palco, que había comenzado a crujir ante el peso de los invitados. Elsa agradeció brevemente la candidatura y después sacó uno de sus pechos del vestido y lo enseñó a la multitud:

-Nunca -dijo, mientras lo sostenía con ambas manos-, nunca se ha posado, sobre este pecho, una mano de la oligarquía.

A los pocos minutos el palco comenzó a ceder y hubo que evacuarlo.

-En 1988 -gritaba Bucaram mientras desalojaban a los invitados.

-En 1988 y con la fuerza de ustedes -trató de terminar la frase.

El público aplaudía cuando el escenario se desarmó. Bucaram dió un salto y cayó con los brazos abiertos sobre la multitud mientras gritaba:

-¡Soy Batman!

Publicado en Página/12 el 20 de octubre de 1987.

Brazil

UNO:

Los hombres-sandwich deambulan por Sao Paulo dando tumbos, como si hubieran perdido la memoria. Sus carteles dicen: "Compro oro", "Se buscan jóvenes para trabajo en galería". "Urgente necesito promotoras".

Cuando se reúnen a descansar en las esquinas parecen ramilletes de clasificados.

-¿De qué habla? -preguntó un cartel que acababa de llegar.

-¡¡¡Ssshhh!!!

-Está contando un chiste -aclaró un hombreaviso de veterinaria.

-Dice así: hay un conferencista, un gran patriota, hablando con entusiasmo y a los gritos. "Los hombres -dice- sólo quedan en la historia por dos motivos: o por una gran obra, o por una gran cagada. Pedro Alvares Cabral, nuestro gran Pedro Alvares, por ejemplo, descubrió nuestro Brasil". Entonces, desde la primera fila alguien levanta la mano y le pregunta: "¿Y el señor podría dar el ejemplo de una gran obra?"

Es martes, y hace calor, y el aire se pega como mermelada y las radios dicen que la temperatura pasará los 36 grados. La calle está atestada de paulistas que salieron a almorzar, y en media hora volverán a su trabajo de 45 dólares al mes.

"Mientras un carioca se despierta -decía Vinicius- en Sao Paulo se construyen seis departamentos". Ya no es así. Después del Plan Cruzado las fábricas de automóviles sólo almacenan stock. Autolatina tiene en su patio más de nueve mil coches y mil camiones. Las empresas metalúrgicas, por su lado, comenzaron a licenciar al personal. Las de autopartes fueron drásticas: veinte mil despidos en los últimos seis meses.

DOS:

La acción transcurre en un hangar militar: hay pilotos de rostro impaciente y uniforme camuflado. El jefe del grupo es el primero en hablar:

-Llegó el momento de atacar. Hay que acabar de una vez con el Ejército Rojo.

En la pantalla se imprime el logo de Pepsi-Cola, y el público aplaude: son los revendedores de Pepsi que se preparan para la batalla de ocho millones de dólares en publicidad. Pero lo más importante es el arma secreta: la tapa a rosca.

TRES:

"Figueiredo lanza a Jesucristo para la Presidencia", dice la tapa de Tribuna da Imprensa. El ex presidente dijo en Porto Alegre que "Jesucristo es el único candidato con condiciones y fuerza para enderezar el país; la crisis que vivimos es grave y sólo un santo podrá salvarnos".

En Ouro Preto el nombre de Jesucristo es Paul Mazursky. Acorde a los tiempos, su mensaje no es el sermón sino el cine, y en quince días transformó la ciudad, que gira alrededor de Moon Over Parador, su película. Anécdota típica:dictador latinoamericano (Richard Dreyfuss) con esposa diligente que se desvive por su pueblo (Sonia Braga). El miércoles a la mañana todos los habitantes sirvieron de extras en la Plaza de las Inconfidencias, y levantaron carteles con el nombre de Madonna (la mujer del dictador). Los roles de extras se reparten como si fueran joyas, los comercios estrenaron carteles en inglés y la zona comercial se sacudió la modorra.

-Hay que apoyar a las grandes producciones. Sería una forma de proteger a la ciudad y darnos una renta mayor -dice Pedro Alcántara de Oliveira, jubilado de 2 mil cruzados al mes que ya ganó 18 mil por su trabajo como extra.

En el baño de la Cantina da Lua un graffiti aconseja: "Cague con fuerza, hay un largo camino desde aquí hasta la Casa de Gobierno".

CUATRO:

-¿Y si fueses presidente por un día, qué harías? Llamen al 285-7163 y pasaremos su mensaje.

-Traer a Michael Jackson -respondió el primer oyente.

A las cuatro y media de la madrugada varias decenas de psicóticos graves comienzan su carrera contra el cuerpo, corriendo por la rambla de Copacabana. Respiran hondo el aire salado, traspiran como un condenado a muerte y escuchan en su walkman Radio Cidade:

-¿Y si fueses presidente qué harías?

-Haría una inmensa bacanal en el Palacio Planalto y los invitaría a todos a participar.

Una encuesta que publica O Estado califica en tres palabras la imagen pública del gabinete Sarney: "Desobedientes, ilegales y perezosos". Aunque sólo trabajan en Brasilia tres días por semana, más de un ochenta por ciento del público sostiene que aprovechan el tiempo, cometiendo "pecados" en sus gastos públicos y privados.

-¿Y si vos fueses presidente?

-Me mataría.

CINCO:

"Este es un país surrealista", dice Sergio de Magalhaes Gomes Jaguaribe, Jaguar, después de la tercera cerveza.

Es uno de los mejores humoristas del Brasil y O Pasquím, la revista que dirige, le debe doscientos mil dólares al Estado:

-Eso es lo único que me tranquiliza. Con una deuda así nadie te anda persiguiendo.

Ahora, si yo debiera diez mil cruzados...

Jaguar cree sinceramente que Brasil no tiene solución:

-Pero vale la pena quedarse... Porque si no, ¿dónde vas a tomar una cervecita con los amigos?

Después dice algo sobre León Hirzmann, director de cine, autor de Ellos no usan smoking. Murió de sida a la 1.35 de esta madrugada.

-¿Viste que murió León? dice Jaguar-. Una vez iba con León manejando por la costa de Laguna Freitas, acá en el sur de Río, cuando el auto patinó y entró a dar trompos. Nos golpeamos dos o tres veces contra los árboles y por poco no caímos en la laguna. Después el auto se detuvo. León reaccionó y vio que no estaba herido. Salió del auto y oyó que alguien le gritaba desde una combi: "¡¡León!! Te estaba buscando como loco!!" Era Billy Davis, productor de A falecida, lo estaba buscando para ofrecerle la dirección de una película que Glauber Rocha no había agarrado. Mirá cómo León perdió su Volkswagen y ganó una película.

Sobrevino un silencio, y fuimos terminando la cerveza. Al rato Jaguar comentó, sonriendo:

-Yo, en Pasquim, tengo los epitafios hechos con un sello. ¿Sabés qué dicen? "Con tantos hijos de puta como hay en el mundo, ¿por qué se tenía que morir...?" Por eso: Con tantos hijos de puta como hay en el mundo, ¿por qué se tenía que morir León Hirzmann?

SEIS:

Dice el locutor de Rede O Globo:

-Para superar uno de sus problemas, el presidente Sarney usa desde ayer un almohadón especial para audiencias en el Palacio Planalto. El almohadón está destinado a evitar un vicio de postura que causa una presión exagerada sobre la columna vertebral y que le provoca dolor en la región del cóccix. Según el médico del presidente, esto no significa que tenga algún serio problema de salud: el almohadón se destina solamente a dar mayor confort a quien permanece de ocho a diez horas sentado.

SIETE:

Lo llaman quebra-quebra, y es lo más parecido a un huracán. Sucede sin aviso previo, y durante el quebra-quebra miles de brasileños salen a la calle y destrozan las vidrieras de los supermercados, saquean las tiendas y vuelcan los ómnibus de Praça Quince.

El último fue hace un mes, después del aumento del cincuenta por ciento en el precio del transporte. A medida que la crisis del cruzado aumenta, este viento

caliente se siente en las calles de Sao Paulo y Río. Después del quebra-quebra hay decenas de heridos y detenidos, pero durante la tormenta es más fuerte el grito, y ni la policía se anima a disolver la furia.

Publicado en Página/12 el 27 de septiembre de 1992.

La guerra de las piedras

Los dos artículos siguientes están vinculados a mi primer libro La Guerra de las Piedras, una crónica del enfrentamiento árabe-israelí escrita a pocos meses del comienzo de la Intifada, la rebelión palestina en Gaza y Cisjordania que enfrentaba a chicos y mujeres con piedras y ramas contra el ejército israelí, uno de los más modernos del mundo. Estuve escasos dos meses en la zona de conflicto, donde el aire podía cortarse con una navaja, trabajando en aquel libro publicado por Editora/12, un proyecto paralelo al diario que sólo publicó cuatro o cinco títulos y luego fue disuelto.

La primera de las notas fue publicada en una doble página del diario y es una especie de borrador informativo de lo que luego fue La Guerra de las Piedras. La otra, El vendedor de naranjas, bien puede leerse como un cuento aunque los hechos que narra sea reales.

Editora/12 ya no existe y La Guerra de las Piedras -que llegó a los diez mil ejemplares en 1988- nunca se reeditó. La crítica de Tomás Eloy Martínez publicada en Página/12 y las generosas palabras de Osvaldo Soriano en la contratapa del libro fueron el mejor antídoto para aquellas semanas de violencia en Gaza.

El comienzo de la Guerra de las Piedras, producto del choque entre un camión del ejército israelí y un coche con trabajadores palestinos, es demasiado menor como para figurar en los libros de historia. Sin embargo, aquel accidente detonó un enfrentamiento que ya lleva cien muertos, tres meses de sitio en los territorios ocupados y un conflicto internacional en ciernes. El 9 de diciembre, por la mañana, un Peugeot con cuatro jóvenes palestinos que viajaban a Tel Aviv fue embestido por un camión del Regimiento de Tanquistas. Una hora más tarde la noticia era conocida en toda la región. Los árabes aseguraban que el choque había sido una venganza por la muerte de un viajante de comercio israelí en Gaza, acuchillado por la espalda en el mercado de la ciudad. Nadie recuerda quien tiró la primera piedra.

A la primera piedra le siguió otra, y otra más y durante los primeros treinta días de esta guerra desaparece ningún bando tuvo control de la situación. El gobierno israelí minimizó los incidentes y esa noche, la del 9 de diciembre, Yitzhak Rabin, ministro de Defensa, ordenó que se reforzara la presencia militar en los territorios ocupados, guiado más por la intuición que por información de la zona de conflicto. Yitzhak Shamir, primer ministro, y Shimon Peres, canciller, preparaban sus valijas para una gira en los Estados Unidos. Durante los primeros quince días de la Guerra de las Piedras la cúpula del gobierno israelí estuvo en el exterior. Los líderes árabes fueron desbordados por la rebelión: recién treinta días más tarde pudieron formar el Liderazgo Unificado del Levantamiento, un comité de 16 miembros que hasta hoy mantiene un control relativo de la revuelta.

Cisjordania, Gaza, Samaria, el sector árabe de Jerusalén, Ramallah y Tulkarem ya llevan tres meses de estado de sitio bajo operaciones militares altamente represivas. Las maniobras de cerco instrumentadas por Rabin -corte de rutas, desabastecimiento de nafta, corte de teléfonos- no alcanzaron para desmoralizar a los palestinos.

Es ésta una guerra de jóvenes contra niños; así a definió el Jerusalem Post: los

soldados tienen unos veinte años y niños de 10 a 15, junto a las mujeres, son los que lanzan las piedras.

El 48 por ciento de los israelíes aprueba la idea de "transferir" a los árabes hacia Jordania. El transfer fue utilizado por la Unión Soviética con los judíos disidentes, o por los nazis en Polonia antes de la "solución final".

Abraham Sharir, ministro de Justicia, sostuvo hace unos días que "los árabes son mentirosos de nacimiento". Otro ministro, el de Transporte, fue más allá: "Hay que encarar las molotov como si fuesen granadas -dijo Jaim Corfu-; no debe abrirse fuego al aire o a las piernas sino directamente al corazón. Lo mismo debe aplicarse a quienes arrojan piedras". Rabin acaba de anunciar que los colonos israelíes cercanos a la zona de conflicto podrán portar armas libremente y hacer uso de ellas "si se consideran en peligro".

Aquí, por las noches, la diferencia entre la guerra y la paz es un ruido, o un grito, o una chispa.

El ejército más moderno del mundo enfrenta un grupo de mujeres y adolescentes armados con piedras. A pesar de las diferencias en equipo y training, los soldados reservistas sólo pueden estar 3 días en los territorios: luego son retirados, bajo peligro de importantes desequilibrios psíquicos.

El "caso de los asesinatos de Salem" que hubiera ocupado páginas y páginas en los diarios de mundo, aquí ha pasado inadvertido: a fines de febrero tres militares enterraron vivos a cuatro palestinos con la ayuda de un tractor de los asentamientos, en Salem. Yair Nassimi y Dror Sgan Cohen fueron condenados a dos meses y medio de prisión cerrada por el Tribunal de Jaffa y el sargento ayudante Charlie Danino todavía espera su sentencia.

Como contrapartida, se registraron en el mismo período tres mil palestinos detenidos. El gobierno puede -bajo leyes del "mandato británico" aún vigentes- detener por seis meses sin juicio previo. Manifestantes, estudiantes vinculados políticamente a la OLP y abogados locales engrosan las listas de detención. El elevado número de prisioneros forzó la habilitación de nuevas cárceles en Neguev, en el norte de Samaria y al sur de Hebrón.

Como sucedió durante la Guerra del Líbano, comenzaron a aparecer quienes se oponen a servir en las tropas de los territorios. El mecanismo jurídico para los objetores los obliga a negarse tres veces antes de que el Estado israelí los declare enfermos mentales.

La Marcha por la Paz, convocada por los partidos de izquierda, logró reunir cien mil personas en el centro de Tel Aviv, pero fue doblada a la semana siguiente por una "marcha por la guerra", en la que manifestantes de la derecha local vivaron el trabajo del Ejército en los territorios junto a las consignas del rabino Kahana, un fanático religioso ultraderechista, cercano al Likud, partido de gobierno.

En Tel Aviv, sin embargo, la guerra no existe.

Los turistas norteamericanos caminan como sonámbulos por la costanera y los jóvenes se zambullen en alcohol en los pubs de la calle Dizengorf. Los restaurantes y los shoppings funcionan a pleno. Israel es el país con mayor proporción de videocaseteras por habitante y, desde que el año pasado se agregó a las patentes el año de fabricación de los automóviles, creció más de un treinta por ciento la venta de coches último modelo.

El 52 por ciento del público es hostil hacia la prensa "porque no informa sobre cosas positivas". En el barrio de judíos ortodoxos de Jerusalén la hostilidad no es sólo retórica: los coches que llevan carteles de "foreign press" reciben insultos o piedras desde la vereda.

En Belén, a principios de semana, murió el primer soldado israelí durante los tres meses de conflicto. La diputada Gehula Cohen dijo en el Congreso: "Seguro que fue arreglado por los fotógrafos con los palestinos porque, si no: ¿cómo se explica que la prensa estuviera presente cuando sucedió el asesinato?"

Los diarios están aquí sometidos a la censura militar que -con sentido práctico- funciona en el mismo edificio de los corresponsales. Mark Guefen, editor del Al

Hamishrnar, eligió el camino directo: deja espacios en blanco dentro del texto, para hacer evidente el esquilme de la censura. Su diario publicó, hace dos semanas, un informe reservado de un grupo de psicólogos del Ejército con un tercio de la página en blanco.

Derej Hanitzotz, diario vinculado al Partido Comunista local, con oficinas en Jerusalén, fue cerrado esta semana sin mediar explicaciones. El taller fue allanado por el ejército y Ribbi El Aruri, uno de sus periodistas, estará seis meses bajo prisión administrativa.

Los viernes, mientras cae el sol, las mujeres de las aldeas gritan su llamado a la mezquita. Los gritos que vibran son un largo agudo que corta a la ciudad vacía, sitiada, con techos rojos y azules. Ahora siguen llamando, gritando; gritan como los indios cuando bailan alrededor del fuego y a un grito se le suma otro, y otros en un imprevisto canon. Ahora que las mujeres gritan, los soldados israelíes deben tener su dedo en el gatillo. El sol está colgado en el cielo, y se resiste a caer. ¿También el sol les tendrá miedo?

Publicado en Página/12 el 27 de marzo de 1988.

El vendedor de naranjas

Esta mañana no estaba el vendedor de naranjas. Cuando Mohammed Al Ayad notó la ausencia del vendedor de naranjas, sintió que un escalofrío le subía por la columna como una araña. El vendedor de naranjas siempre estaba. Volvió a mirar en torno del mercado y recorrió cada uno de los puestos. Alguna parte del engranaje había fallado.

Todas las semanas Mohammed Al Ayad se encontraba con el vendedor de naranjas: cambiaban un diálogo circunstancial, Mohammed examinaba los cajones, pesaba con la mano una naranja redonda y brillante y el vendedor gritaba trivialidades sobre el tiempo, la lluvia o las naranjas, sin mirarlo a los ojos. Junto al dinero, Mohammed dejaba un papel entre las manos del vendedor y volvía a su casa, tragando el polvo seco del aire del mediodía.

Pero esta mañana no había llegado el vendedor de naranjas.

En la salida del mercado Mohammed miró al reloj de la Intendencia: en una hora Gaza volvería al paro general. Así lo había anunciado la OLP, temprano, desde una radio de Bagdad.

Volvió a su casa por el camino más largo y, en la mitad, sintió deseos de volver al mercado: tal vez hubiera llegado el vendedor de naranjas. Tenía sed. Levantó la vista al sol, y luego retomó el camino palpándose el bolsillo derecho del pantalón. El papel estaba ahí. Un pequeño trozo de papel de envolver mezclado entre dos billetes y algunas monedas. Estaba doblado por la mitad y tenía cinco nombres: los cinco nombres que, cada semana, Mohammed entregaba al vendedor de naranjas.

Retrasó su marcha, sacó el papel de su bolsillo y comenzó a masticarlo, lentamente. Sintió pequeñas gotas de tinta que se le pegaban a la lengua, quiso toser y después juntó saliva para poder tragarlo. Cuando carraspeó estaba empapado y apoyado contra una pared. Miró a su alrededor: nadie lo había visto. Encendió un cigarrillo. En este tiempo había imaginado los más diversos finales para su cita del mercado, pero nunca que el vendedor de naranjas podía desaparecer. Tal vez no fuera una mala señal.

Dió una pitada, miró la brasa del cigarrillo que se consumía y entonces una voz saltó desde su conciencia como un gato:

-¿Nacionalista? -le recordó la voz-. Nadie te dice que esté mal ser nacionalista...

Nosotros también somos nacionalistas. Pero no somos terroristas. (En ese momento del recuerdo la voz se transformaba en el sonido de dos dedos tamborileando sobre la mesa...) Estamos buscando gente que... coopere. ¿Otro

cigarrillo?

Con la voz regresó también la imagen de su celda en Ansar, y de la mortal humedad de las noches. Al tercer día de su detención aparecieron en la celda dos agentes del Shin Beth, diciéndole que confiaban en su inocencia. Tardaron una semana en regresar. Esa mañana el guardia le entregó una camisa limpia y lo llevó a las oficinas del penal. Allí, sentado en el borde de un escritorio desmantelado, estaba uno de los dos agentes. Debería colaborar por seis, o siete meses. Necesitaban información de Gaza. No, no conocería el nombre de su contacto. Le bastaba saber que sería un vendedor de naranjas. Cada semana tenía que entregarle cinco nombres de personas vinculadas a la OLP. No, no sólo de guerrilleros, también estudiantes, simpatizantes, amigos.

Mohammed hizo rápidamente una cuenta: al cumplirse los seis meses habría denunciado a ciento veinte personas.

No, no era necesario que diera los nombres exactos, bastaba alguna referencia, o el apodo, alguna dirección cercana.

¿Otro cigarrillo?

La operación se llamaba "Sombrero con pájaros".

Claro, era una operación y él no era el único.

Era idiota y menor, pero ese último dato lo tranquilizó. El no iba a ser el único.

Los primeros cinco nombres que entregó al vendedor de naranjas fueron de su barrio. Luego pensó que no podía encerrarse en una misma zona. La primera noche escuchó el chiflido del camión del Ejército derrapando en la esquina, algunos gritos, una puerta que cedía ante una patada. El estomago se le subió a la boca y corrió al baño a vomitar. Después se lavó la cara y se miró al espejo: estaba vivo.

Las semanas siguientes fueron más fáciles: se levantaba temprano para recorrer la ciudad a pie y trababa conversación con los vecinos. Los lunes iba al mercado a buscar su ración de naranjas de Jaffa.

El primer mes, al regresar del mercado, encontró una pistola automática en la mesa de su cocina. Era obvio que el Shin Beth la dejó ahí. ¿Cómo habrían entrado? Pensó que las cosas podían complicarse un poco.

Pero esta mañana no estaba el vendedor de naranjas. Tal vez todo hubiera terminado.

Volvió a pensar en la pistola cuando llegó a su casa. Buscó el arma en la mesa de luz y revisó que estuviera cargada. Nunca la había usado.

El reloj marcaba las doce del mediodía del 26 de marzo cuando Mohammed

Al Ayad escuchó la primera piedra que se estrellaba contra su ventana. Después otra piedra rompió el cristal de la cocina, y el hombre caminó sigilosamente hasta la puerta, con el arma en la mano. Respiró hondo y abrió. Más de cuarenta, o cincuenta personas, quizá mil, lo insultaba tirándole piedras desde la vereda. El piso de la casa temblaba como si se fuera a caer. Mohammed Al Ayad disparó dos veces, y hubo un silencio. De golpe una mujer le tiró del pelo hasta arrancarle un mechón. Un grupo de jóvenes entró a la casa y a los pocos segundos su habitación comenzó a arder. Mohammed sintió entonces que su cuerpo era de trapo, y que la multitud le arrancaba jirones. Lo arrastraron hasta la esquina, donde se recortaban dos postes de luz. Un sacudón lo elevó hasta el poste en el que ondeaba la bandera palestina.

Cuando la cuerda le rodeó el cuello ya no escuchó los gritos. Sólo tuvo tiempo de mirar a su lado y descubrir, en el otro poste, el cuerpo inerte del vendedor de naranjas.

Ahora son las ocho de la noche y Gaza es tierra de nadie. El Ejército no pudo entrar aquí en todo el día, y los cadáveres del traidor y del vendedor de naranjas permanecen aún en el medio del cielo.

En un rato los jeeps israelíes comenzarán a turnarse, sonámbulos, para recorrer el boulevard. Al costado de la ruta el Regimiento de Infantería,

protegido por un terraplén, parece un enorme cráter iluminado. A la mañana un soldado me explicó orgulloso el sentido de esta pared de tierra de dos metros de altura:

-Es para evitar los coches bomba -me dijo.

-Ya nos pasó en el Líbano -agregó.

A esta hora el soldado debe estar cenando. Ya no hay ruidos en Gaza, y el odio parece clausurado. Sin embargo sólo hace falta un grito, un seguro mal puesto, un grupo de colonos dispuestos a provocar, alguna piedra, y en un segundo la paz se convertirá en un entreacto.

Celso maneja en silencio mientras volvemos a Tel Aviv.

Hemos hablado hasta por los codos durante todo el día: entre nosotros, con otros, por separado. Quizá sea mejor callarse. Celso tiene la vista pegada a la ruta.

Un camión nos encandila y rompe el trágico encanto del silencio.

Entonces Celso dice sin mirarme, le dice a nadie, a sí mismo:

-¿Cómo se puede convivir con esto?

Yo abro lentamente la ventanilla y dejo que el viento de la noche me pegue en la cara.

Publicado en La Guerra de las Piedras, (1988), Editorial/12

El país de las maravillas

Dios bosteza en la ventana del piso 106 en el World Trade Center. Un piso más arriba, ancianas de Cleveland y turistas alemanes fotografía la ciudad desde las puertas del Cielo. Pagaron un ticket de tres dólares para llegar aquí, donde Manhattan parece una película de Manhattan, y el futuro es una fruta madura. Allá abajo será posible darle vuelta al destino como a un cubilete, nos podrá crecer el pelo y quizá alguna vez encendamos cigarros de cincuenta dólares con billetes de cinco.

Dios ha visto ese espectáculo hace años, y ahora se aburre saltando de canal en canal con el control remoto. Hasta El tuvo que pagar su ticket de tres dólares para llegar arriba.

Ciento seis pisos más abajo, lentos pero inflexibles como en una procesión, los neoyorquinos van hacia el trabajo dispuestos a que todo cambie de una vez. La mañana de NuevaYork también obliga a circular al medio millón de homeless, habitantes sin vivienda ni trabajo en esta ciudad de quince mil edificios abandonados. La policía no puede detenerlos, pero sí impartirles órdenes productivas:

-Por favor, circule.

Ni los homeless pueden quedarse quietos: obligados a la enfermedad de los tiburones, deben caminar hasta las doce, cuando podrán conseguir comida gratis en alguna iglesia o en un centro municipal.

-Yo trabajo de homeless -dijo un hombre de unos cuarenta años en el sector sur del Central Park.

-¿Y quién le dio ese trabajo?

-No puedo contárselo. Es un secreto.

Testigos de cargo del sueño americano, muchos "sin casa" mueren de noche, en el invierno, cubiertos por hojas del New York Times.

-Un dólar. Te dije que quiero un dólar -insistió en Broadway un joven de unos treinta años, con la mirada perdida y un destornillador en la mano.

Su interlocutor dió vuelta la cara y siguió caminando.

-Después no quieren que mate -dijo el joven que, unos pasos adelante cortaba el aire con el destornillador y gritaba: "¡Killer! ¡ ¡Killer! !"

En Nueva York los desesperados no duermen. En plena cruzada antidroga el

precio del perico (así llaman los hispanos a la cocaína: es la que hace hablar mucho) subió a 130 dólares. Según Gallup, más de cuatro millones de niños entre 12 y 17 años recibió ofertas de droga en los últimos seis meses. Arrastrando los pies y con el corazón a los saltos, los veintiséis mil policías de Nueva York se sometieron esta semana al examen antidoping; en el Congreso proponen llegar aun más lejos: examen obligatorio a los médicos, arquitectos y abogados de la ciudad. Una encuesta del Washington Post mostró que un 65 por ciento del público estaría de acuerdo con exámenes regulares y obligatorios y un 82 por ciento aprueba la intervención del Ejército -dentro o fuera del país- para librar la batalla.

Típicamente americano

El americano típico, el rubio con dientes de maíz, es una especie en extinción. En Nueva York ya no quedan americanos; la calle es negra, o morena, o amarilla. Los carteles publicitarios venden en español y el rubio de Camel es un sonriente dominicano que gira cien dólares a su familia todos los fines de semana.

En este país donde el presidente del Ku Klux Klan tiene apellido italiano, los inmigrantes practican inglés frente al espejo y se desvelan por perder el acento.

En "el país de las maravillas" (así llaman a los Estados Unidos en el Canal 41 de la red hispana) trescientos negros realizaron en silencio, el martes pasado, rodeados por ochocientos policías, un homenaje a Yusuf Hawkins, un joven negro de 16 años que en la noche del 23 de agosto llegó a Bensonhurst -en el barrio italiano de Brooklyn- a comprar un auto usado y fue asesinado por un grupo de adolescentes racistas. Joseph Fama, quien le disparó, enfrenta a la Corte Suprema junto a sus seis amigos: todos tienen menos de veinte años y miran incómodos con sus corbatas mientras rezan para que en el barrio logren reunir el dinero para la fianza.

"Inmigrantes y faggots (homosexuales)

no los entiendo

vienen a nuestro país

y creen que pueden hacer lo que se les antoja

empezar un mini-Irán

o desparramar alguna peste"

canta Axl Rose, el solista de los Guns, desde las FM. El tema central del nuevo elepe se llama "Uno en un millón".

Public Enemy, un grupo negro de rap, declaró hace algunas semanas al Washington Times: "Lo judíos son perversos, y podemos demostrarlo. Son responsables de la mayoría de las maldades en este planeta".

Johnny Carson, conductor de Tonight Show uno de los programas de mayor audiencia televisiva, dice desde su personaje Floyd Turbo: "El basquet debe ser jugado sobre pasto real y por tipo blancos".

Cuando cae la tarde en el Líbano las mujeres hispanas se trepan al autobús para llegar a casa antes de que comience la novela. Esta mañana leyeron en El Diario que "María Begoña, llegando a extremo de la maldad, le dice a Mariana que le que da poco tiempo de vida, con lo cual acaba por destruir más a la enferma muchacha".

Por la noche podrán marcar el 620-6200 para comunicarse con el predicador Robert Tilton, a quien noche tras noche le llueven donaciones de 50 (y 1.000 dólares para "abrirles las puertas del Cielo". En el canal de al lado Robert Vaughn, el ex agente de CIPOL, confiesa frente a la cámara que "todos hemos experimentado la pérdida del cabello. Cuando empecé a perderlo creí volverme loco", dice Napoleón Solo, que ahora sonríe bajo una enorme mata de pelo crespo, crecida gracias a la Fórmula Helsingy.

A medianoche, en la terraza del World Trade Center, sólo quedan colillas y

envoltorios de goma de mascar. El pronóstico del New York Times dice que mañana estará caluroso y parcialmente nublado: Dios se encoge de hombros y piensa que será un buen día para salir a correr por el Central Park. Alguna vez tiene que empezar a cambiar de vida.

Publicado en Página/12, el 17 de setiembre de 1989.

El desfile de la victoria

El desfile de trece militares argentinos entre veinticuatro mil americanos que festejaron la victoria de la Guerra del Golfo comenzó con un error alfabético: el jeep de la bandera celeste y blanca apareció después del de Australia.

"Se equivocaron justificó un hombre de la Marina en los salones del Consulado- pero las tropas empezaron en orden. Argentina abrió segunda, después de Afganistán", se alegró.

La presencia de nuestro país resultó inadvertida para la prensa local, incluso para los dos matutinos hispanos, aunque fue calificada como un "éxito político" por el vocero presidencial Humberto Toledo, que aclaró a este diario que:

"Los éxitos políticos no siempre tienen correlato en la prensa".

A la hora de cierre de esta edición cientos de fuegos artificiales cubrían el cielo de Manhattan como broche de un desfile que se realizó bajo una lluvia de seis mil toneladas de confetti (papel picado) y más de 400 kilómetros de ticker-tape (serpentinillas que cayeron hasta el comienzo de la noche desde la mayoría de los edificios de Manhattan Sur). Los festejos por el triunfo en el Golfo, sin embargo, no terminaron anoche; como recuerda The New Yorker en su página editorial "el próximo 4 de julio las celebraciones llevarán mas de noventa días para una guerra que duró tan sólo cuarenta y dos".

En la noche del domingo la "Madre Naturaleza" escuchó los ruegos de Eric Andrus, vocero del desfile, cuando la invocó para que "honre a los efectivos": la parada militar se realizó bajo un húmedo y tortuoso sol de 32 grados y las sonrisas constantes de Colin Powell (Jefe del Estado Mayor Conjunto), el general Norman Schwarzkopf (Comandante de la Operación Tormenta del Desierto) y Dick Cheney (Secretario de Defensa), que comenzaron a sonreír a las 11.30 en punto (hora del Este) y no dejaron de hacerlo hasta después de las 17. El rostro negro de Powell, nacido en Harlem y criado en el sur del Bronx, ocupó ayer solicitadas y avisos comerciales de una página en todos los diarios de circulación nacional como prototipo del héroe americano. Ya no le dirán, como en 1963, "No puedo servirle. Usted es negro", según el mismo Powell recordó en una entrevista a Ebony Magazine:

-¿Usted es estudiante africano? -me preguntaron.

-No -le dije a la mesera de Buck's Barbecue.

-¿Portorriqueño?

-No, tampoco.

-¿Entonces es solamente negro?

-Sí, eso soy.

-Entonces no puedo servirle. Salga por la puerta de atrás.

El general Powell, un estudiante fracasado de ingeniería que no aprobó ninguna materia en el primer semestre y decidió ingresar al Ejército, apareció ayer en una foto de una página en el New York Times pagada por el Manufacturers Hanover Trust (uno de los mayores acreedores externos de la Argentina) sobre un texto que afirmaba: "Es hora de que le demos al Bronx algo para celebrar".

La mayoría de las empresas norteamericanas se asociaron al clima ultrapatriótico y triunfalista del desfile: adelantándose al Día del Padre, Bloomingdale's decía en otra página del diario que "cada padre es un héroe", ilustrando el aviso con una foto del teniente Gregory Martin -también negro- vistiendo una remera polo blanca, en oferta a 56 dólares, y un short de algodón a 46.

La sonrisa de Norman Schwarkopf, un robusto militar que podría hacer de padre en un comercial de corn flakes tuvo claros motivos editoriales: los libreros de Nueva York se disputan sus memorias, y la oferta más baja que recibió en las últimas semanas fue de tres millones de dólares por sentarse a la máquina de escribir. Un poco más que los 8.485,80 que cobra mensualmente como general. En el lenguaje de los números el desfile que colmó Broadway Avenue resulta significativo: aunque no asistieron los dos millones y medio de americanos que se esperaban, la calle se atoró desde la mañana y, aunque finalmente el día no fue declarado feriado municipal, toda la actividad neoyorquina giró en torno del "parade". El presidente Bush insistió por la televisión en que "ésta fue la manera más definitiva de patear el síndrome de Viet-Nam de una vez y para siempre", y las calles se cubrieron de carteles caseros que advertían "Los colores de América no se destiñen", "Esta es la madre de todos los desfiles", "Griten USA", etc. Los vendedores de Manhattan Sur-en el límite con Chinatown-alegaron ante este diario fines humanitarios: "Estas son las remeras oficiales del festejo -decían-; los fondos servirán para mantener a los veteranos". Otros vendían banderas norteamericanas a un dólar, o latas de Diet Pepsi diseñadas para el evento con una bandera junto al logotipo de la gaseosa. Enormes moños amarillos ataban los edificios y algunos árboles, o simplemente aparecieron pintados en medio de la calle: los yellow ribbons constituyen el símbolo más claro de la guerra, son los moños que no se desatan sino hasta que vuelva con vida el último soldado.

-No tenía la más remota idea de que desfilaban los argentinos -dijo a este diario Rodolfo Quebling, uno de los editores de La Prensa, el matutino hispano de mayor circulación en la ciudad. Luego de algunos llamados telefónicos con sus periodistas en el desfile, Quelbling agregó que "sí, acá me dicen que desfilaron, pero no los diez que vinieron, sino sólo dos y vestidos de civil". Los dos civiles, según se pudo averiguar luego en medios diplomáticos, eran empleados del municipio de Nueva York que circularon en un jeep con la bandera argentina. "Con éstos fue con los que se produjo el error -dijo horas más tarde un militar-. Se equivocaron y pusieron a la Argentina después de Australia; pero cuando desfilaron los efectivos salió todo bien". A la hora de mostrar extranjeros, la prensa local eligió detenerse en la imagen de seis kurdos vestidos con ropas típicas que advertían en una inmensa pancarta: "Recuerden a los kurdos en el Nuevo Orden Mundial".

A las seis de la tarde el interés por el desfile decayó. En las barras de Wall Street podían escucharse algunos números sobre la guerra:

-En la Guerra del Golfo hubo 266 muertos americanos, de los cuales ocho eran neoyorquinos. En enero pasado hubo en la ciudad 183 muertos por homicidio, y en los días que duró la guerra hubo 4.400 muertos en accidentes de tránsito. En su editorial del 7 de junio, el New York Times eligió *The Things They Carried*, un libro de Tim O'Brien, para hablar de la guerra: "En su mejor parte -dice- se llevaban a ellos mismos con dignidad. Una y otra vez tenían momentos de pánico en los que se escondían, y se arrastraban, y se disparaban ciegamente, y gritaban, y se lamentaban, y pedían que el mundo parara, y se hacían estúpidas promesas a ellos mismos, a sus padres y a Dios, para no morir (...) Una verdadera historia de guerra nunca es sobre la guerra, es sobre el amor y la memoria, y sobre el dolor. Es sobre dos hermanos que no se responden las cartas, y sobre gente que nunca escucha".

Cuando el ejemplar del Times estaba en la calle, los empleados municipales de Nueva York barrían la avenida Broadway enredándose con las serpentinas.

Publicado en Página/12, el 11 de junio de 1991.

Cuando los ángeles vienen marchando

El hecho de fundar un diario bien puede incluirse en un postulado de la Ley de Murphy: quien funda un diario no tiene tiempo de escribir en él.

A pesar del enunciado científico, debo confesar mi asombro cuando me encontré, siete años más tarde con los sobres que decían Lanata en el archivo: era una pila bastante alta de sobres de papel madera, con artículos que en su mayoría había olvidado -y en algunos casos había hecho bien en olvidar.

Así como la edición de las tapas fue un trabajo experimental, en la definición más underground del término, pude darme el lujo de que mis artículos en el diario recorrieran los temas y los estilos más variados. En siete años de Página/12 fueron, en algún modo, un resumen de lo que había sido mi carrera profesional hasta convertirme en editor. Volví a ser cronista, redactor, corresponsal, editor de suplemento, rewriter. Contra lo que pudiera pensarse esta especie de reencarnación profesional no era bien vista por mis colegas de adentro o de afuera. ¿Cómo, siendo Director, podía ir a cubrir una nota? ¿Para qué hacía, a la noche, mi programita musical en la Rock and Pop? ¿Cómo osaba escribir ficción, terreno celosamente vigilado por la Academia que quizá me respetaba pero no me había dado las llaves de esa puerta?

Este artículo y algunos de los que siguen forma parte de ese tiempo. Con la ayuda de Gabriela Esquivada -en aquel momento de veintipocos años, brillante editora y una de las mejores periodistas del diario- armamos una serie bastante sui generis de separatas de cultura que se publicaron en las ediciones del domingo. Gaby me permitió publicar ahí algunas de mis notas.

Era un niño cuando la tele anunció la muerte de Dios.

Para colmo, aquél fue un programa de bajo rating. Esa misma noche se jugaba la Final de las Grandes Ligas y la imagen acongojada del Papa desde el Vaticano había pasado casi desapercibida.

En su casa de Los Angeles el chico crecía con la determinación de los vegetales, volviéndose cada vez más rubio y saltando con displicencia sobre las pruebas de matemáticas.

El chico gritaba como un cerdo cuando los boletines de Viet-Nam interrumpían la emisión de Vaje a las Estrellas.

A la noche se tiraba en la cama con los brazos abiertos y el equipo de sonido en punto de saturación. Aquello era mejor que escuchar el derrumbe de la familia que llegaba del pasillo.

Su felicidad tenía un empalagoso gusto a menta. El chico aprendió a hablar en voz baja, a citar chistes ajenos y a cambiar gentilezas. Al cabo de unos años, también supo ocultar el desprecio: era cuestión de sonreír con los ojos.

Se convirtió más tarde en el hijo preferido del gimnasio, viajó en avión hasta olvidar cuál había sido la primera vez y entró al mismo tiempo a la cocaína y a la universidad. Su cuaderno de notas incluía una frase de Nietzsche ("¡Es mejor cualquier sentido que ninguno") y algunas estadísticas escupidas por la televisión de la boca de una rubia anorgásmica vestida por Donna Karan: hay en el país un acto de violencia cada 27 segundos; en Japón aumentó el número de suicidios de los niños entre 5 y 14 años: fueron 56 en 1975, 100 en 1978 y 256 en 1980.

Sentado en la cornisa del siglo, empezó a escribir. Era mejor que tirarse, de cualquier modo.

En el supermercado

Los críticos forcejearon con el género hasta encerrarlo en una nueva definición: dirty realism, minimalismo, realismo sucio.

A esa altura los relatos de un grupo de jóvenes menores de veinticinco ya estaban en el supermercado: Breat Easton Ellis, Tama Janowitz, Jay Mc Inerney, David Leavitt eran parte de la nueva literatura del hastío.

En el casillero de "Padres Naturales" la crítica, anotó a Raymond Carver y a Charles Bukowski. Olvidaron, sin embargo, algunos cercanos parientes en Europa: en La Mujer Zurda, de Peter Handke, ella le pide sin ningún motivo a su esposo que se vaya de casa y la deje sola con su hija. Como buenos discípulos, Leavitt y Ellis cometieron con Carver su deber de traicionar al maestro. Mientras el viejo Ray disfrutaba de su beca de 35 mil al año escribía sobre los que habían sido definitivamente expulsados de la economía: chicanos, inmigrantes, perdedores en la batalla contra el consumo. Los minimalistas eligieron el camino inverso: una literatura de clase alta, centrada en el infierno familiar y en la paradoja de que todo sea posible: son chicos neuróticos, o yuppies, o bohemios con charme. Todos, sin embargo, conservan la mirada del niño que acaba de descubrir a la muerte. Cuando la MTV anunció la salida de Menos que cero, de Easton Ellis, llevó la novela a los trescientos mil ejemplares en su primera semana. Con pelo corto, sacos Armani de hilo blanco y cierta mirada ausente, sonrían en la solapa de miles de ediciones. Sienten que son quienes llegaron para relatar el final de la fiesta. Ese perezoso momento de la madrugada en que los mozos ordenan las sillas sobre las mesas. Hay continuos e inquietantes aullidos de coyote en la novela de Ellis, e insomnio de miguitas en a cama en los textos de Janowitz. No se trata de alguna cosa que se dejó de lado, sino de algo que está, y no pueden responder. Será la televisión. Será el miedo. Será el desayuno. Será un arma, en las manos de un niño. Será la conciencia, o los casilleros vacíos.

Publicado en Página/12, el 13 de noviembre de 1988.

William Hurt

"Las películas son peligrosas"

Fue como si sonara un teléfono público. Y todo el mundo sabe que los teléfonos públicos no suenan, o suenan sólo en las series policiales.

-William Hurt quiere verlo mañana -dijo la voz, cuando sonó el teléfono de mi escritorio.

Era un error. Yo mismo había derivado una llamada de la agente de Hurt a Adriana Schettini o María Nuñez, dos semanas atrás, para combinar una entrevista.

-No -insistió la voz-. Quiere una entrevista fuera de las combinadas por la producción.

Desde el sábado a la noche el destino se encargó de tender pequeñas trampas: empezaron a lloverme cientos de anécdotas sobre Hurt, que llevaba varios meses en Buenos Aires y sobre el que no había oído una palabra.

-Está loco -me dijeron-. Tiene delirio místico, y una extraña obsesión por la limpieza. Pide que revisen el piso del set cuando tiene que tirarse.

-Una vez encontró un vidrio en el piso, y puteó al asistente de producción y le hizo un tajo 4 la mano con la astilla.

-Es un enfermo. Muere de amor por un perrito que lleva a todos lados.

-No da notas. No dio ninguna nota. Habló rato con Clarín y eso fue todo. Odia a los periodistas y a los fotógrafos.

-Antes de llegar mandó un fax a la producción. En cada línea pedía que todo estuviera

limpio. Clean, decía todo el tiempo, clean.

-Está peleado a muerte con Puenzo. No se hablan fuera del set.

"Sólo quiere a su perro. Es el hincha pelotas más grande del siglo. ¡Hurt es la peste!", decía titular de la revista La Urraca tirado sobre mi escritorio, cuando sonó el teléfono público.

-¿A las cuatro le parece bien? -dudé.

-Sí, está bien.

Colgué el teléfono pensando en lo bueno de dirigir un diario: no necesitaba a Hurt, no era crítico de espectáculos, ni productor, ni actor de reparto ni boleterero de cine. Si todo lo que decían era cierto, podía mandar a la mierda a aquella estrella « cine con su perrito.

Un día después, a las ocho de la noche del miércoles, William Hurt me tendió la mano y dijo ce disculpándose:

-Yo nunca llamo a nadie.

Llevábamos cuatro horas de charla en un b de la Avenida del Libertador, y Hurt había hablado hasta la exasperación. Quiero decir: un monje rompiendo su voto de silencio, o un loco, o un signo « pregunta, o un actor al terminar un rodaje. De cualquier modo era triste que no pudiera discar el teléfono de nadie.

-¿Fotos? -se extrañó Dolores, llevándose la mano a la boca para evitar que se escaparan sus pensamientos.

Después la asistente de William Hurt se hundió en un sillón y mantuvo un largo silencio. Miró equipo de Martelotti. Prendió un cigarrillo y volvió a mirarlo.

-No va a querer -dijo Lise, otra de las asistentes.

Martelotti corrió su bolso con las cámaras casi debajo del sillón.

-No es indispensable-expliqué.

-Ya debe estar por llegar -dijo Dolores mirando el reloj: eran las cuatro y cinco.

-Es más que nada para tomar una foto de ambiente -inventó Martelotti.

-Que él lo decida-dijo Lise.

-Sí, que él lo decida-dijo Dolores, y volvió a mirar el bolso.

Yo me preguntaba si Hurt bajaría con su perrito.

Estábamos en la planta baja de un edificio de Libertador, construido sobre inmensos jardines, sentados en una especie de lobby. Cualquiera de estos departamentos vale medio millón de dólares. Verde, ventanales y lobby envasado al vacío: una comfortable irrealdad.

Durante los siguientes quince minutos, la conversación volvió una y otra vez a las fotografías:

-No, no le gusta.

-Sí, su opinión sobre este tema es muy particular.

-Podemos decírselo después de la nota.

-No, va a predisponerse mal.

-Es mejor decírselo antes.

-Sí, que lo decida él.

-Pero antes.

-Sí, claro, antes.

Hurt entró al lobby a las cuatro y veinte, dando pasos apurados de corredor de Bolsa. Se disculpó por la demora al menos tres veces. Sobre las fotos fue tajante:

-No. Sin fotos.

Volvió a disculparse por el retraso.

-La imagen engaña -dijo camino a un bar vecino al edificio. Lo único que importa son las palabras. No traía a su perrito.

Apenas se sentó comenzó a hablar. Es lo que quería hacer. Retomaba una conversación iniciada hace años; es difícil saber si conmigo, con él o con nadie.

-Me tomo mi trabajo en serio. Trabajé seria mente durante mucho tiempo. Pero casi todos tienen una tendencia a estereotiparme, y eso hace más difícil una verdadera conversación. La gente dice que quiere saber sobre mi trabajo, pero no es así La mayoría de la gente es muy poco profesional.

-¿Tuvo problemas con esa falta de profesionalismo durante la filmación de La peste?

-Tuve algunos problemas. Ninguna película es fácil de filmar. Pero no quiero tener peleas en público: no es divertido y, por otro lado, hay gente que disfruta viendo peleas ajenas.

Prefiero no exponerme a eso. Cuando llegué no hablaba ni una palabra de castellano, y me llevó meses aprender lo básico; eso hace todo más difícil. ¿Quién está diciendo la verdad? ¿Qué quiere decir? Todos tienen algún secreto. No digo que esto pase sólo aquí, mi cultura también es la misma. Pero allá conozco esos secretos y trato de mantener una relación honesta con ellos.

William Hurt tiene barba, camisa a rayas y buzo gris. Su mirada irá cambiando en las próximas cuatro horas. A veces sus ojos actúan, otras piden.

-Da la impresión de estar defendiéndose.

-Me imagino que estoy defendiéndome. Estuve muy nervioso durante todo este tiempo en Buenos Aires. No se puede estar seguro de lo que dicen, especialmente cuando hablan sobre política o sobre la sociedad. Por eso siempre estoy nervioso: observo quien me va a usar y para qué.

-¿Leyó El extranjero?

-Seguro.

-¿Es usted un extranjero?

-Sí, lo soy. En un sentido político, lo soy. Absolutamente. También me siento un extranjero en los Estados Unidos. Pero creo que ser definido en términos polares no alcanza, no es suficiente. Sólo puedo tener una relación polar con las cosas vivas. Me gusta una planta, me parece que es un milagro, pero eso no me convierte en republicano. La política es polar, es una relación sólo bidimensional. Pero la mayor parte de la vida es tridimensional o de cuatro o cinco dimensiones.

-¿Cuántas dimensiones tiene el cine?

-Tantas como pongas en él. El problema es que la mayoría de las veces el cine es sólo un reflejo, las películas son sólo imágenes y a la gente no le pasa nada. La gente vive una relación con la realidad, que es la imagen de una imagen, y de otra imagen. Los cerebros se convierten en tubos de televisión. Una imagen debería profundizar la comprensión sobre la realidad y liberarte, pero en lugar de liberarse la gente se queda atrapada en la imagen. Muchas películas sólo sirven para aumentar el control social.

-¿Qué pasa durante un rodaje cuando sus compañeros tienen una visión de la realidad muy enfrentada con la suya?

-Me gusta la gente que trabaja, pero no lo que controlan a los que trabajan. Quiero trabajar y no me siento cómodo cuando alguien me clava la mirada. Me dicen: "Sos un actor, ¿no te gusta que te miren?" Y contesto: "No, ése no soy yo". Si un director me dice: "En este momento quiero que el público sienta de tal modo", sé que mi filosofía del arte y la suya son diametralmente opuestas. En ese momento el director es mi enemigo, porque no deja que nadie sienta o piense lo que quiera. Me está diciendo que haga algo con mi cara para que una chica sienta de tal o cual manera.

-¿Trabajar así es tenderle una trampa a la gente?

-Es más que nada tener una visión limitada de la realidad. Un director no debería decir nada sobre actitudes, o emociones, o pensamientos. Debería decir: "Este guión que filmamos contiene preguntas que nos interesan a todos". Si yo conociera las respuestas a esas preguntas, no estaría filmando. Piense en Chéjov: sabía más que nadie sobre las dudas del alma, lo que hizo fue no nombrarlas. Nombrarlas es fácil, hasta Coca-Cola puede hacerlo. Sobreproducir algo para que la gente diga "Gastaron mucha plata en esta película", es una trampa. Fui al cine, pagué mis cinco dólares y ni siquiera fui tratado como un ser humano. Lo que trato de hacer con mi carrera es el sueño de todos: intento llevar calidad a una película popular. Esta es mi ambición, yo soy mucho más ambicioso que idealista; y para eso es necesario, fundamentalmente, un buen guión. El guión es lo único que garantiza una verdadera confrontación de ideas,

o emociones. Pero debe formular una pregunta real, y debe hacerlo con ética. Hay que sentirse seguro al final del día.

-¿De qué cosas está seguro?

-Voy a dar un ejemplo: los ensayos son peligrosos para la gente que no sabe lo que hace, porque lo que uno hace en un ensayo es ir más allá de su capacidad. La única forma de estar a salvo en un ensayo es tener un buen control sobre la técnica. No puede ser confundido con un juego, no es para que alguien se masturbe emocionalmente. Lo que está involucrado en un ensayo es la catarsis, no la terapia. Esa catarsis artística sólo se ve como necesaria en los países europeos. En los Estados Unidos es muy difícil encontrar a alguien que entienda la noción clásica de comedia y tragedia. Lo que llaman comedia es sólo cómico, o peor, es burla. Y confunden la tragedia, no le encuentran sentido. Aunque esto debe suceder en muchos países. Allá tenemos los autos y los televisores, y acá estará la culpa, el orgullo católico y el macho.

-Es curioso: sus opiniones no son populares en Estados Unidos, pero usted sí.

-Tal vez haya cometido algún error. No lo sé. Tal vez se relacione con el estereotipo: mido uno noventa, soy rubio y tengo ojos celestes.

-¿Alguna vez fue más allá de su personaje ?

-Muy poca gente te da la oportunidad de crear un personaje. En el set se construye todo, planean todo, pero no te dejan tiempo para crear un personaje. No es que le teman a los actores, sino que temen perder el control sobre la imagen. Trabajan como si nada hubiera nacido o vivido antes que ellos. Hay directores que trabajan viendo al personaje a través de un monitor. En realidad para hacer una buena película necesitarían un par de buenos largavistas. El buzo gris tiene dos manchas a la altura del estómago. Hurt se ayuda con las manos para apoyar sus argumentos, y usa todos los objetos que lo rodean: una taza de café, servilletas, el marco de la ventana.

Una familia coreana nos mira a través del vidrio que separa las mesas de la vereda. Uno de los chicos se para sobre la silla y hace monerías. Los dos lo miramos.

-Está enganchado -dice Hurt.

En realidad, hace más de una hora que dejé de sospechar: ya no sé si actúa.

-Estas no son épocas para ser actor -me dice-. Cuando piensan en actores se imaginan tipos patológicamente inseguros o, a lo sumo, en buenos mentirosos. En mi país ni siquiera nos llaman artistas. Aquí firmás un contrato que menciona la obligación de ensayar, y no ensayan. No tenés tampoco la oportunidad de sentarte con el resto de los actores para ver qué piensan de sus personajes. Entonces todos empiezan a sacar conejos de la galera, todos se desesperan pensando "Necesito este trabajo". El noventa y cinco por ciento de la escena está muerta antes de empezar.

-¿Está cansado?

-Sí, pero tengo una defensa: un día de diez horas de trabajo. La gente trabaja doce, trece, dieciocho horas por día. Lo que diferencia a un buen actor de un mal actor son ocho horas de sueño. ¿Cómo puedo saber algo sobre la vida de los demás si me olvido de la mía? Woody Allen no trabaja más de diez horas y su concentración es genial.

-¿Qué cosas cree que perdió?

-Perdí mucho cuando tomaba. Perdí más de lo que mucha gente querría saber. No perdí la inocencia, creo que mi inocencia es mayor ahora que antes. No digo inocencia como algo naive, uno nace naive y la inocencia es algo que se gana, que hay que pelear y que lleva trabajo. El día antes de morir me gustaría ser inocente. Perdí mucho pero también trabajé mucho, aunque trabajé con gente que sólo quiere "llegar". Yo no quiero llegar, sólo quiero estar acá.

-¿Se siente libre?

-No como actor. La libertad para un actor es poder trabajar sin preconceptos. Las estrellas de cine no son libres. Si uno lograra la suficiente fe para empezar de cero, sería más libre. Para eso sólo hay que pararse frente a un

ensayo diciendo: "Yo no sé". En ese momento uno puede preguntarse: ¿Realmente vamos a trabajar? ¿Voy a tener la oportunidad de hacer algo que nunca hice antes, y no de que me paguen por algo que ya hice?

-¿ Cuántas veces y a qué cosas dijo que no ?

-Ahora digo que no cada diez minutos. Dije que no a proyectos, a gente y a mí mismo. Durante años le dije que no a mi crecimiento, y que sí a la indulgencia con la que me veía. Creía en los excesos, pero eso no es una excusa para la autodestrucción.

-¿Alguna vez pensó que las películas podían destruirlo ?

-Sí. Mucho antes de comenzar a filmar. En los años en que pensaba que nunca iba a poder filmar una película. Pensaba que las películas eran peligrosas.

-¿Por qué lo hizo, entonces?

-Todavía no lo sé.

-¿Cree que puede sobrevivir al mundo del cine ?

-No puedo hacerlo solo. Necesito ayuda. alguna vez pensé que podía hacerlo solo, pero yo olvido, y no es conveniente olvidar. Uno debe perdonar, pero olvidar es terrible.

Le pregunto por la pila de doscientas hojas abrochadas con un clip dorado. No, no es un nuevo guión.

-Es un diario de filmación. Lo escribí en estos meses. Lo hago para no olvidarme, en unos años, de lo que pasó en Argentina.

Eran las ocho y diez. Apagué el grabador y llamé al mozo. Fue en ese momento cuando William Hurt se disculpó:

-Yo nunca llamo a nadie -dijo.

Unos segundos después nos despedimos y agregó:

-Take it easy.

Al otro día se fue de Buenos Aires, hacia otro teléfono que casi no usa, pero que no para de sonar

Publicado en Página/12 el 17 de noviembre de 1991.

Grondona sobre los sofistas y la tortura

La decisión de Sofí

Compartí programas de televisión, encuentros, debates públicos, cenas privadas, reportajes y discusiones con Mariano Grondona. Ninguna de ellas fue en vano: siempre aprendí alguna cosa, o me cuestioné otras. Como conductor de un programa político, compito con su programa político; frente a las planillas del rating, nuestra producción festeja cuando Día D es el primer programa político del país, lo que significa que Hora Clave es el segundo, e imagino que la producción de Grondona festejará también cuando son ellos los primeros y nosotros los que venimos detrás. Si algo le faltaba a mi relación con Grondona, ahora lo adquirió: la incómoda tensión de la competencia.

Nuestra discusión central -y eterna- proviene de lo que Grondona presenta como debate durante su programa y de su concepto de noticia.

Obiedades: los periodistas informamos sobre los hechos, desarrollamos técnicas (la investigación, el reportaje, el chequeo de fuentes) para acercarnos al hecho y poder informarlo aproximándonos lo más posible a la utópica objetividad. Al informar, el periodista asume, obviamente, que los hechos existieron. Durante el desarrollo de todo ese proceso lo que entendemos por ideología en un sentido primario no tiene por qué intervenir: los hechos no son de izquierda ni de derecha, son hechos.

Nadie podría imaginarse una discusión entre Adolf Hitler y Simon Wiesenthal sobre los campos de concentración. Todos damos por sentado que los campos existieron, y es obvio que Hitler diría que no.

Grondona presenta, en mi opinión, un falso concepto de debate, donde lo que termina por desaparecer son los hechos. Llevado al extremo, si Hora Clave fuera un noticiero nunca llegaría a salir al aire. Imagínense el pronóstico del tiempo:

-Mañana va a llover -dice el meteorólogo.

-No, yo creo que no -dice otro meteorólogo que asistió a debatir.

Una interpretación malintencionada -y no creo de ningún modo que sea éste el caso- diría que la mejor manera de no tomar partido es diluir los hechos en un debate.

¿Puede presentarse a Massera sin informar antes de qué cosas es culpable?

¿Puede sentarse a la misma mesa a un torturador con su torturado? ¿Qué otra cosa podría hacer el torturador sino negar el hecho que se le imputa?

Pero, entonces, ¿qué podrían debatir? El sentido de la dictadura, la demanda civil de orden, los supuestos excesos, la complicidad de los políticos y de los periodistas, etc., etc. Podrían debatir conceptos.

En términos intelectuales, reconforta saber que Grondona es un buen adversario y que esta discusión que nos lleva ya algunos años no ha sido ni será una discusión vacía.

También me tocó, junto a Grondona, advertir la importancia de los pequeños gestos en la televisión. Cuando en una de las primeras emisiones de Día D le pregunté, durante una entrevista, si respetaba a Neustadt, Grondona, sorprendido, tardó cuatro segundos en responder. Volví a ver esa escena varias veces: el valor del silencio frente a una cámara es atroz, ninguna respuesta posterior lo puede enmascarar.

Ojalá los años siguientes sean también años de discusión, competencia, respeto y acuerdo con Grondona; no puedo decir lo mismo de mucha otra gente.

La semana pasada usted cerró su programa Con un planteo que causó indignación y fue -en mi opinión- un sofisma. Se preguntó si torturar o no a una persona que sabía donde estaba una bomba a punto de estallar.

-Se me indignaron bastante por eso, sí. Por eso y porque dije que no me importaba que los estudiantes fueran en calzoncillos a las clases. Todo el mundo tomó literalmente que yo había querido decir calzoncillos, cuando lo que se discutía era si podían ir con el pelo largo o corto. Lo que importa es que estudien.

-Haciendo abstracción de los calzoncillos, ¿por qué no me cuenta que quiso decir respeto de la tortura?

-En verdad es un argumento que se usa normalmente en las discusiones sobre filosofía moral: usted extrema el planteo y muestra el carácter inseguro que tienen las normas morales. Si usted lleva a situaciones extremas los problemas de principios, casi le diría que no hay excepciones para cualquier regla. Yo quise marcar el carácter discutible de todo. Todo es discutible. Acá hay un choque entre dos tendencias morales: la deontológica o principista de Kant "que se haga justicia aunque perezca el mundo", que apoyaría el no torturar en el caso del tipo que tiene una bomba y puede destruir Buenos Aires; y por otro lado están todos los consecuencialistas, que plantean una moral de la responsabilidad: son los que dirían, en un caso extremo, a este tipo lo torturo y salvo a la ciudad.

-Puesta en un extremo, la teoría de la tortura podría reemplazarse por cualquier otra. Frente a la hipótesis de "Hago tal cosa o estalla el mundo", cualquier conducta sería posible...

-Y, sí, prácticamente, sí...

-No entiendo entonces a qué quería llegar.

-Yo quería plantear un tema que ya planteé en la época del terrorismo: en condiciones ideales sin duda no hay que torturar, hay que respetar la ley. El problema se da cuando las condiciones no son ideales. Lo que se plantea en

Pilar es que, como está hoy la Policía, tiene más que nada personajes tipo Patti, que están en el borde, en la frontera de la...

-Ilegalidad.

-... de la transgresión para reprimir a los ilegales, y en el otro extremo están los tipos que en el fondo son ilegales o complacientes. En esa situación la opción es mucho más dramática: eso fue lo que nos pasó en el '75 o '76... En ese momento yo escribí en una revista americana un artículo preguntando qué pasaba frente a la subseguridad, qué pasaba cuando los engranajes policiales o judiciales no rendían seguridad. La moral, para mí, es desgarradora. Los utilitaristas hablan de buscar el bien del mayor número y yo doy este ejemplo: hay cinco chicos ahogándose en el mar y uno es su hijo. Usted puede salvar a cuatro o salvar a su hijo. ¿A quién salva?

-La pregunta ahí sería: ¿usted tiene la posibilidad de salvar a todos? ¿Cómo sabe que no la tiene si no lo intentó?

-Si estoy en subseguridad, supongo que no puedo salvar a todos.

-Para la ley, si evitara salvar a todos, tendría responsabilidad...

-Claro. Pero con independencia del tema, yo quiero suscitar la discusión de la escasez de recursos humanos de la policía. Si tuviéramos policía de buen nivel, con estudios, bien paga, estaríamos en otro país...

-Claro, pero hasta que se llega a eso, ¿qué se hace? ¿Se tortura a los detenidos?

-¿Qué se hace? ¿Qué se hace?

-Yo le pido una respuesta, no una pregunta.

(Silencio.) Yo creo que... primero habría que... (Sonríe.) Ahora me pide que le dé la solución... Yo planteo el problema, no tengo la solución.

-Usted es un político, no sólo un periodista...

-Primero habría que pensar, en largo plazo, en otra clase de policía, con otros recursos financieros y humanos.

-A largo plazo todos buscamos la felicidad. El problema es cómo hacemos para llegar a ella.

-Yo creo que si a Patti se le prueba que torturó, que infringió la ley, tiene que pagar. Ahora, al lado de eso, usted tiene a mucha gente que dice "Patti va preso y los delincuentes a los que Patti persigue están en libertad". De modo que... no hay solución satisfactoria. La misma teoría de la subseguridad plantea que nunca hay una solución satisfactoria. Creo que en ese caso sólo podría apelarse al estado de necesidad: yo, al que va a poner una bomba, lo torturo; pero no torturo a un tipo porque violó a una señora en Tortugas.

-¿Y cómo maneja ese límite?

-Es muy difícil saberlo. Fíjese, otro caso interesantísimo es el de Saddam. El Herald Tribune lanzó una discusión sobre el tiranicidio: matarlo a Saddam es un crimen, pero si lo mato evito que mueran miles de personas...

-¿Usted lo hubiera matado a Videla?

-(Silencio.) No, a Videla no lo hubiera matado.

-Hubiera evitado la muerte de treinta mil personas...

-Bueno, pero Videla a su vez evitaba que se murieran otros, ¿no? Ahí morían de los dos lados. El problema es que las zonas del estado de necesidad son subjetivas. El mismo razonamiento se podría hacer con Hiroshima: se perdieron vidas para salvar otras y no prolongar la guerra.

-El problema del argumento "Hago tal cosa para salvar a la Humanidad" es su generalización, y su falacia implícita. Si se plantea esto frente a una sociedad que ha mirado con abulia a la tortura, ¿no es estimular que la siga aceptando?

-Al contrario, yo quiero que se debata. Es cierto que yo a veces me enganché con planteos universitarios que... son divertidos para discutir en el pizarrón. Lo que ocurre es que en el fondo se demuestra que hay dos morales.

-Sí, pero hay dos morales para un solo tipo de hechos....

-En el Olimpo los Dioses peleaban, no estaba en armonía. Ante el planteo de las dos morales yo soy un principista, y creo que la moral es principista.

-¿ Usted es católico?

-Sí. Ahora: le estoy hablando de estados de necesidad absolutos. La gente de Pilar lo vivió así. Tampoco sé si Patti es culpable o no.

-Podemos pensar que hay elementos a favor porque está procesado...

-Es sospechoso.

-¿Habría que torturarlo a Patti para que confesara? ¿Para que dijese si torturó o no?

-Yo creo que no. Salvo que estuviera la ciudad de Buenos Aires en cuestión, ¿no?

-¿Qué garantía tienen los que avalan a Patti con una marcha en Pilar, que no podrían ser torturados por él ?

-Ninguna, claro. Aparte, yo creo que en el grupo de Patti hay un poco de mesianismo. Me dicen que es una especie de Seineldín de la policía.

-En el '76 la mayoría de la sociedad estuvo dispuesta a aceptar algunos, deslices, para reprimir al terrorismo. ¿ Usted aceptaba esa visión ?

-No. No lo aceptaba pero estaba un poco en la posición de ahora, preguntándome como observador. Lo que la gente hizo fue más bien no mirar, no enterarse; y otros decían "Yo no estoy de acuerdo", pero dejaban hacer. Hubo un gran cinismo colectivo. A mí me secuestraron una horas en el '77, un grupo de las Tres A. En ese episodio me di cuenta de que los tipos estaban terriblemente resentidos contra esa sociedad que defendían. Los estaban usando.

-Lo de "Nadie sabía " suena un poco a ficción. Digamos "Nadie quería saber".

-Sí, es cierto. El trabajo sucio lo hacía alguien.

-¿Y por qué usted no quería saber?

-¿Cómo?

-¿Por qué usted no quería saber?

-Era una situación, un dilema...

-¿ O sabía... ?

-No, yo no sabía, concretamente.

-Grondona...

-El grado de detalle que vino después no lo sabía. Yo sabía que había líneas duras y líneas blandas en el Ejército. Videla no era línea dura.

-En eso usted coincidía con el Partido Comunista...

-¿Ellos dicen lo mismo?

-Ellos dijeron lo mismo.

-Es que era así: Videla o Viola eran la gente moderada.

-¿Por qué usted no quería saber?

-Yo tenía la sensación de guerra civil: mataban de los dos lados. Lo que debe haber pasado en la España del '36; supongo que usted y yo, finalmente, hubiéramos estado en trincheras opuestas.

-Es probable.

-Lo horrible es cuando no hay más que trincheras.

-¿ Cuánto tiempo estuvo secuestrado?

-Unas diez horas.

-¿ Cómo fue?

-Yo estaba con mi mujer. Era un domingo. Nos pusieron capuchas y nos llevaron a un lugar. Acababan de morir los palotinos, y el grupo que secuestró y se atribuyó la muerte de los sacerdotes palotinos me pidió dos cosas: primero que contara el episodio y segundo que viera a los obispos y les dijera de parte de ellos que si no limpiaban a los curas tercermundistas esas cosas iban a seguir pasando.

-¿ Y lo hizo ?

-Sí, cuando salí de allí hablé con la prensa y luego vi a Pío Laghi y a Monseñor Tortolo y le conté.

-Durante el secuestro, ¿tuvo miedo de que lo torturaran ?

-No, era más un secuestro, iban a pedirme algo.

-¿ Usted estuvo de acuerdo con la Ley de Obediencia Debida?

-No, fue un mamarracho jurídico.

-¿Qué hubiera hecho?
-Nunca tuve una opinión categórica sobre el tema.
-¿Sobre el indulto?
-Yo más bien me opuse.
-¿Por qué durante la dictadura nunca dijo todo esto frente a una cámara ?
-Yo lo dije. Lo que pasa es que no hice campaña. Reconozco que no tengo una pasión por el tema.
-¿Por qué?
-Bueno, es un tema muy desgarrante.
-Usted está de acuerdo con que el Estado defienda la vida de los habitantes...
-Por supuesto.
-¿Por qué no hacer una campaña cuando el Estado reprime indiscriminadamente?
-Yo tenía mucha menos prensa que ahora.
-¿Se imaginó después de su secuestro que podía volver a encontrarse con sus secuestradores por la calle?
-Sí, y más porque todo fue a cara descubierta. Pero nunca más me molestaron.

Publicado en Página/12 el 14 de octubre de 1990.

Agosto 25, 1984

"Good morning, heartache. You're here again to stay"

Billie Holliday

Buscó a tientas el reloj pulsera en la mesa de luz. Eran las dos y media, y tenía ambas piernas dormidas. Se quedó en la cama, tieso, haciendo sólo pequeños movimientos hasta que su sangre volvió a correr.

Caminó rengueando hasta la pila de hojas que se ordenaba en el necessaire, debajo del espejo. Tomó la primera hoja, que sólo contenía una frase escrita en lápiz:

"Había flores en todas partes, masas de lilas de invierno, claveles y rosas de lavanda. Libros de hermoso encuadernado cubrían la sala de estar..."

Ese párrafo estaba atorado desde la mañana. Volvió a leerlo, pero esta vez en voz alta y aflautada, declamándolo como un mal actor de reparto. Después hizo un bollo con la hoja y la tiró.

Tenía calor.

Siempre era igual cuando se peleaba con una novela; la historia molestándole en el cuerpo, sin decidirse a salir; la culpa de no poder sacarla; la absoluta convicción de sentirse un farsante, un hacedor de muecas que ya nunca más iba a escribir una palabra. Olvidaba todo aquello de inmediato cuando porque sí, en el momento menos indicado, se deslizaba por las palabras como por el agua.

El reloj de la planta baja dio tres campanadas. Se puso primero el pantalón y luego la camisa. Dio el último sorbo tibio a una botella de Bertani Soave, 1961, y salió del dormitorio.

-Una mala noche, eso es todo -se dijo mientras bajaba las escaleras hacia el jardín.

Los escalones chirriaron y el perro se acercó a saludarlo y pensó entonces que ya había hecho suficiente ruido como para que Joanne Carson se despertara. Pasó algunos segundos congelado en medio del living en penumbras, donde sólo advertía su respiración y los ladridos cada vez más lejanos de un perro vecino. Los de la casa seguían durmiendo.

Abrió uno de los ventanales entornados y salió hacia la piscina sintiendo bajo sus pies el pasto húmedo de la madrugada de Bel-Air. En los extremos del jardín, dos enormes reflectores interrogaban el silencio del agua quieta.

El aire puro le hizo toser.

Sacó un pastillero del bolsillo de la camisa; tomó dos Phenobarbital, dos grageas de Dilatín y un sorbo de Bertani.

Luego fue a recostarse a las hamacas. El rocío le humedeció la espalda y él comenzó a balancearse solo, en medio de aquel jardín enorme, como si aguardara una cita furtiva. Pensó -como tantas otras noches- que dormir ya no tenía sentido.

El 30 de septiembre iba a cumplir sesenta años. Esperaría esa fecha en Los Angeles, en esta casa, en este jardín, en esta reposera de los Carson. Sesenta años.

Un truco idiota de la memoria le recordó aquella noche en la que Oscar Wilde no pudo dormir, y esperó la madrugada encerrado en su cuarto del Cadogan Hotel, dando vueltas en círculo como un tigre en su jaula. El mismo había dicho o escrito que Oscar, aquella noche, esperó el momento en que su vida y su destino iban a unirse. Wilde podía salir de aquel cuarto y escapar esa misma noche a París. Pero Wilde también podía no hacer nada, o simplemente esperar la llegada de la policía a la mañana siguiente, y terminar en la prisión donde escribiría la Balada de la Cárcel Reading.

Dio el último y asqueroso sorbo tibio del Bertani pensando que estaba demasiado viejo como para creer en eso: nadie busca su destino, sino que es arrastrado por él. Aquella historia estaba bien para seducir chicos de los cursos de Historia del Arte, pero ya era lo bastante tarde como para saber que la Balada y la cárcel se le impusieron a Wilde como se le impuso el cuerpo de Lord Bossie Douglas, tenso como el de una pantera.

No pudo brindar por Bossie, la botella de Bertani estaba tibia y seca y la lanzó con fuerza hacia el lado oscuro del jardín.

El escape de un moto y luego algunas risas, más cercanas, lo expulsaron del jardín. Subió de dos en dos los escalones hacia su dormitorio y cerró la puerta agitado y con la camisa desabrochada.

La tos lo asaltó en la cama, y se dobló entre convulsiones. Cuando sintió que un chorro de ardor iba a recorrerle el cuerpo se preparó para soportar un ataque. Treinta, o cuarenta segundos de epilepsia. Los terribles segundos de siempre. Acomodó los brazos al lado del cuerpo y juntó las piernas.

Tuvo miedo.

Sintió que la electricidad no iba a detenerse. No recordó su arroyo en Alabama, ni la voz de Billie Holliday; sólo podía pensar en Jack. Recorrió cada detalle del rostro de Jack Dunphy, pensó que lo quería y que sería irremediablemente imbécil no poder volver a verlo.

Después murió.

A las 9.23 de la mañana Joanne Carson subió las escaleras hasta el dormitorio de las visitas. Abrió la puerta mientras hablaba sin parar del maravilloso sol de aquel 5 de agosto.

-Truman -lo llamó.

-Tru -insistió.

Después dio un grito y bajó a avisar.

Publicado en Página/12, el 25 de octubre de 1987.

Hemingway

Un vaso de agua fresca

El joven que ese mediodía de 1917 se despedía de su padre en la estación de Oak Park con destino a Kansas City, sólo llevaba un pasaje de ida en la mano izquierda.

Hacía algunas semanas que su país había entrado en la guerra y él no logró enrolarse:

iba a desarrollar entonces su propia guerra particular. Llevaba la dirección del tío Tyler, algunos ejemplares del Chicago Tribune, recortes subrayados de Ring Lardner y el propósito de ingresar a la planta de redactores del Kansas City Star.

El tren soltó un largo silbido de pava y los cuerpos de padre e hijo se endurecieron.

El Dr. Clarence E. Hemingway dejó escapar una triste sonrisa, Ernest lo abrazó y saltó al vagón.

"Se sintió mucho más viejo que su padre, y tan apenado por él que apenas podía soportarlo." (Por quien doblan las campanas)

Kansas tenía la marca de haber sido una ciudad de frontera: la ley era una excusa de los tipos de corbata, y la violencia el camino más corto hacia el respeto. Todos juraban que C. G. Wellington, el editor del Star, tiraba las máquinas de escribir por la ventana, pero Ernest Hemingway nunca pudo verlo. Estaba más tiempo en la calle que en la redacción, y llegaba sobre el cierre para terminar su crónica sin firma.

Su pelea contra las reglas del Star se anotaba en bollos de papel que terminaban en el cesto:

"Frasas cortas. Inglés vigoroso. Escriba en positivo, no en negativo. Si usa argot, que sea reciente. Tiene prohibidos los adjetivos extravagantes como espléndido, magnífico, grande, suntuoso. A lo sumo indique cuando una herida es leve o peligrosa. Cada oración debe tener un verbo. Cada crónica debe tener un lado en el que se narre una historia."

-¿Escucharon a alguien hablar así? -gritaba Wellington ante un diálogo artificial.

-Ninguna de esas tonterías tipo flujo de conciencia, ni simular ser un obtuso observador en un párrafo para convertirse en un Dios todopoderoso en el siguiente. En una palabra: escribir sin trucos.

En el City Hospital escuchó la historia de aquel tipo que, como Orígenes, el padre de la Iglesia, se había castrado por amor a Dios. Mucho después la transformó en relato: "Dios les preserve la alegría, caballeros".

En 12th Street, la calle de las putas, buscó datos sobre los bastidores del poder; detrás de las ambulancias, o en los patrulleros de la Cuarta Estación de Policía, descubrió que ninguna historia era pequeña.

No hay malas historias, hay malos periodistas.

El chico de 17 años que mintió en su edad para entrar a la redacción anotaba, como un testigo, en una pequeña libreta de bolsillo.

"Yo trataba de aprender en Kansas, hacia 1920, las cosas inadvertidas que constituyen las emociones, como la manera que tenía un outfielder de tirar su guante sin volver la cabeza para ver donde caía, el crujido de la resina bajo las zapatillas de un boxeador en el gimnasio, el color gris de la piel de Jack Blackburn cuando terminaba su entrenamiento y otras cosas que yo anotaba como un pintor cuando hace sus bocetos." (De un reportaje hecho por George Plimpton.) Ganaba quince dólares a la semana y la realidad estaba ahí para ser tomada como un vaso de agua fresca. Un año después se enroló como voluntario en el Ejército italiano y sufrió la metamorfosis de autor a personaje: hubo balas que le silbaron en el oído, otras que se le incrustaron en la pierna, hubo un amor de hospital y el regreso a casa cargado de medallas.

Firmó como Hemingstein las cartas a sus amigos de Illinois. "Soy el más grande - les gritó en cada posdata-, el más valiente, el gran Hemingstein que vuelve". Toda su producción literaria se perdió dentro de una valija en la estación de Lyon: 18 cuentos, una novela y 30 poesías. Treinta y tres años después, cuando acababa de ganar el Premio Nobel, 106 equipajes le dieron una segunda oportunidad: una valija lo encontró a él. Fueron, en realidad, dos baúles, que esperaban desde 1928 en el sótano del Hotel Ritz, en París: había cientos de manuscritos, crónicas y reportajes de los viejos tiempos "cuando éramos pobres y felices".

Entre una y otra valija escribió la obra que abrió la puerta de los diccionarios: Adiós a las a mas, Fiesta, Muerte en la tarde, Por quien doblan las campanas, El viejo y el mar.

La segunda valija sirvió para su novela póstuma: París era una fiesta. Entre olvidos y estaciones de tren abominó del periodismo, al que siempre volvía como a un resaca mal curada. Fue corresponsal del Toronto Star en Europa, escribió decenas de crónicas de guerra y de toros para Esquire y Life. Esto escribió sobre el periodismo: "En el Star uno estaba obligado a aprender escribir una oración enunciativa sencilla. Eso es útil para cualquiera. El trabajo periodístico no le hará daño a un escritor joven, y podrá ayudarlo si lo abandona a tiempo. Este es uno de los lugares comunes más manoseados y me disculpo por incurrir en él Pero si a uno le hacen preguntas viejas y trilladas se corre el peligro de recibir respuestas viejas y trilladas. Creo que el periodismo, cuando se llega cierto punto, puede ser una especie de autodestrucción cotidiana para un escritor serio".

Esto escribió sobre la literatura: "Hay que hallar las causas de la emoción. Entonces se toma nota de ellas sin olvidar ningún detalle con el fin de que el lector lo viva y le cause la misma emoción que le causó a usted. Trate de meterse en la cabeza de otra gente. Si Carlos echa pestes contra Juan, reflexione acerca de los puntos de vista que ambos tienen. No se limite a establecer quién tiene razón. Las cosas son como son, y no como deben ser. No debe censurar, sino comprender. Cuando las personas hablen, escuche atentamente. No piense en lo que usted va a decir: la mayor parte de nosotros no escuchamos nunca, ni tampoco observamos. Piense continuamente en los demás".

Creyó en la salvación individual y soportó durante años las críticas frívolas de la izquierda: en plena Depresión cazaba leones salvajes o relataba corridas de toros. Estuvo en la Guerra Civil Española del lado justo, pero también criticó a la República cuando se encaramó brevemente en el gobierno.

Fue odiado por la izquierda norteamericana y leído con fanatismo por los soviéticos. Anthony Burgess estaba en Leningrado el 2 de julio de 1961 cuando Ernest Hemingway, descalzo, se pegó un tiro en su casa de Ketchum, Idaho. Las empleadas del Hotel Astoria, rusas gordas, rubias y de delantal, lloraron desconsoladas:

-Todas estábamos enamoradas de Yernyest Gyemingway...

La Habana fue su tercer hogar después de París y cuando volvió, un año después de iniciada la Revolución, un periodista le preguntó en el aeropuerto su impresión sobre Fidel:

-Vamos a ganar-le dijo Papá Hemingway en español-. Nosotros, los cubanos, vamos a ganar.

Rodolfo Walsh recordó aquella nota como la más corta de su vida. Por último Hemingway le dijo:

-I'm not a yankee, you know.

Leyó hasta su último año de vida, empeñado en pelear contra sus córneas que se secaban irremediablemente. En sus meses finales sólo podía distinguir una vieja edición americana de Tom Sawyer con grandes cuerpos de imprenta.

Hemingway releía con estrictos fines medicinales: Shakespeare un par de veces al año, Twain cada dos o tres años, Conrad no más de cinco veces en la vida. Su vademecum sabía que algunos libros contienen demasiada vida. "La mayoría de las personas que conozco convienen en que Conrad es un mal escritor, y reconocen el mérito literario de T. S. Eliot. Si yo supiera que triturando al señor Eliot hasta reducirlo a polvo fino y seco, y espolvoreando con él la sepultura de Conrad, éste se levantaría de pronto, molesto por este forzado retorno, y volvería a escribir, mañana mismo saldría para Londres con una máquina de picar carne." (En Transatlantic Review, octubre de 1924.)

A comienzos de 1961 se refugió en la locura. Esperó hasta la mañana del domingo 2 de julio, bajó descalzo hasta su escritorio y se puso una escopeta de doble cañón en la frente. No dudó antes de disparar.

Publicado en Página/12 el 23 de julio de 1989.

Carta perdida

Su casa era, también, la casa de un ciego, algo que se puede pensar ahora, años después, pero imposible de advertir entonces. En la biblioteca, por ejemplo, los libros guardaban la simetría de las familias de clase media que los compran por metro, combinando el color del lomo. Los espacios de la casa eran contundentes, quiero decir: pasillos. El living estaba ordenado de manera impersonal, no tenía el cordial desorden que dejan los que ven. Nada estaba sucio, o levemente torcido, o azarosamente desordenado.

Entrevisté a Borges tres veces, dos de las cuales yo no solamente era Nadie sino que hacía la entrevista para un medio escolar o una ignota revista literaria. En la última entrevista, que fue puesta al aire por Radio Nacional, Borges tarareaba un aire de milonga.

-¿Se acuerda? -le preguntó de pronto a nadie, a si mismo-. Como aquellas milongas que se tarareaban en los paredones de la estación Constitución....

Y comenzó a cantar.

Antes le había preguntado por el destino de Oscar Wilde, y Borges relató con detalle una historia que -según averigué muchos años después- era parcialmente apócrifa: Wilde había pasado la noche anterior a su detención bajo el cargo de sodomia dando vueltas en circulo en su habitación aguardando la llegada del alba y de la policía.

-Quizá sólo buscaba escribir la Balada de la Cárcel de Reading -bromeé

-Es cierto -se interesó Borges-. Puede haber una vinculación mágica.

El tono de la entrevista se relajó y Borges se extendió en otros detalles de la vida de Wilde. Yo no sabía que en mi recuerdo comenzaba, en aquel momento, a escribirse "Oculten la Luna", uno de los relatos de Polaroids en que se describen los detalles reales de aquella noche de hotel en la que Wilde esperó la llegada del alba parado en una diagonal de su destino.

Es imposible saber
donde escribirte.

Nadie estuvo tanto tiempo
alejado de sí mismo
de este modo.

Nos separan tigres,
laberintos,
antepasados ilustres.

Nos acerca el olvido,
la Plaza San Martín,
el té, la soledad,
el curioso espanto frente a las mujeres,
la construcción
la construcción
de la máscara.

-Me llamo Jorge Luis Borges y no me arrepiento de nada.

Casa en Adrogué, dálmatas en el parque,
griegos en el desayuno
actor, constructor
del mito.

Siempre sabías cómo trepar
a las enciclopedias.

Solo como las tías solas:

-No fue

mi culpa,

¿me escuchan?

No tuve

elección.

Bastón.

Un tigre rasguña las sábanas que se secan en la terraza de la calle Maipú. ¿En qué momento se instaló la sombra?

Eternidad (¿conocen algo más inseguro?) Azar (hay que esquivar a la felicidad)

-Soy Jorge Luis Borges, no me arrepiento de nada.

Busco la gloria.

JLB, desolado y fatal,
como un nórdico que vuelve:
no hay un lugar.
Invento el mundo para que me acoja.
El niño crea una estrella
y la dota de su propia luz
ya no sabe
si soñó con ella
o fue su sueño; la estrella y él
son uno
su estrella, como los perros,
lo sigue al menor chistido.

Borges es un árbol,
una tormenta,
una cuchara de plata,
un todo completo,
es en sí,
completamente.
No conozco a ninguna persona tan vieja
ni tan cobarde ni tan
sorprendente,
Whitman es un doble de Papá Noel con un
jodido complejo de inferioridad.
Dignidad
en la tormenta,
no hace falta correr
(nadie te sigue).
Golpearás la puerta
dudando antes de abrir:
no hay nadie
sólo otro espejo roto.

-Soy Jorge Luis Borges.
Viejo hijo de puta, vendepatria.
-No entienden nada.
El eterno perdedor del Nobel.
-Nadie lo ganó tantas veces como yo.
El extranjero
el que inventó
una ciudad
un pasado un templo.

-Soy Jorge Luis Borges, nunca me hubiera
imaginado tantas vidas
en un camino tan estrecho;
pero del destino es así:
pequeñas trampas.

-Soy Jorge Luis Borges, no me arrepiento de nada. Abran las Puertas de la Eternidad. Aquí tampoco hay nadie.

Publicado en Página/12, el 23 de mayo de 1993.

ADENTRO

El cuerpo

Te tratan como a un futbolista:... Vamos, no se rinda, usted puede... ¿dónde está el coraje? Hay que cooperar, vamos, vamos... O si no te tratan como a un bebé: 'Ahora quiero que agarres este lápiz con el brazo izquierdo...' Y lo peor es que uno no puede. Cada día, cuando cae la noche, una persona que se llama Tranquilo golpea a mi puerta y me dice: '¡Fellini, hay que llegar!' A veces lo escucho venir, y estoy de buen humor. Para pararlo le grito: '¿Tranquilo? ¿Sos vos? ¿Hay que llegar?' Y él me contesta: Siempre!! Cada mañana viene alguien que te dice que quiere verte caminando para el día tal o cual, y cada mañana la fecha se pospone. Uno está sumergido en una atmósfera de guardería: 'Ahora nos vamos a lavar la cara... ¿Queremos queso en la sopita? Ahora nos vamos a tomar la pastilla para dormir...' 'El único Yo que hay en este nosotros, el único que tiene que luchar y sufrir, es uno' (Federico Fellini, al New York Times)

Federico Fellini comenzó a pensar con el cuerpo. Nada más triste, y mediocre, y lejano. La muerte es una hija de puta: confina al cuerpo a los que crearon mundos con la cabeza. Ahora las manos de Federico no alcanzan a pellizcar el culo de las enfermeras, aunque la voz de Tranquilo, desde el pasillo, gritándole "¡ Siempre !"

cada noche bien parece la voz de un personaje de Amarcord.

-¡Fellini! ¡ ¡Hay que llegar! !

-¡Siempre!

Los fotógrafos discuten si la muerte es un asunto privado: insectos, imbéciles. "Un fotógrafo discute con la muerte" bien podría ser el título de un cuadro de Dalí.

En la memoria de las computadoras de todos los diarios del mundo los obituarios de Fellini duermen su sueño electrónico.

-Hay que tenerlo preparado, nunca se sabe.

La necrológica de Fellini depende de una tecla que dice Enter: debe informarse. El hombre que nos soñó ahora sólo pretende caminar, y ya no sueña. No sueña en el Mastroianni de La dolce vita, con un cigarrillo en la boca y mirando el Inundo desde afuera; no sueña en el viejo flaco y loco de Amarcord gritando "¡ ¡ Voglio una donna! !" desde la copa de un árbol.

La muerte se está vengando lentamente: después de todo, sólo Bergman y Federico pudieron retratarla. El sueco en una taza de desayuno y Federico en una imagen de cocina: alguien murió en el pasillo y en la cocina una vieja juega con una miguitas de pan en el mantel de hule.

Muerte: ¿era necesario recordarle que es una persona? ¿Es indispensable decirle ahora que después de una pierna hay que mover la otra, que no hay distancia más lejana que la que separa una cama del baño, o una silla de la ventana?

Muerte, no es por defenderse que vos que siempre quiso ser un niño; los niños te aceptan con naturalidad, inmortales, te ignoran. El quiere ser un niño porque el juego es el único modo de sobrevivir a este planeta. No podés matar lentamente a un niño. Naciste vieja, Muerte.

Pueden morir lentamente los Reyes, o los gobernantes, o los asesinos, pero no los poetas. Los poetas deben morir como Dylan Thomas; decir, al final: "He tomado dieciocho whiskies seguidos. Creo que ha sido un buen record", y punto. Cualquiera sabe que tu venganza, Muerte, tiene una segunda parte, tan terrible: los homenajes. Recordar todo en una fecha para sacárnoslo de encima. Mórbidos sitios fijos del recuerdo. El último reportaje, la última foto, los últimos metros de película sin terminar; cuervos revoloteando sobre cajones secretos, cartas, papeles, listas de almacén, correspondencia, autopsia del pasado, manotazos para la comprensión del genio; académicos que borronean notas al pie, interpretaciones, ensayos, modos de separarse a través de la razón. ¿Podrás quererlo, Muerte? ¿Ser gentil con él? ¿Ser -al menos esta única vez- discreta?

Con gorra, bufanda y sobretodo chico, Federico Fellini camina rumbo al colegio envuelto en la niebla de la mañana. No puede ver más allá de cuatro pasos. De su nariz sale humo convertido en frío. Es una esponja, un niño, no sabe por qué deberá recordar esa mañana. Tiene frío, pero no piensa con el cuerpo. Las piernas se mueven hacia el reloj, hacia adelante. Siempre será ese niño. Que viva en paz.

Publicado en Página/12, el 26 de octubre de 1993.

Historia de un deseo

Dios puso su parte en el título, y el Diablo se encargó del interior: -Plegarias atendidas -explicó Truman Capote-, ése es el título. Es por aquella frase de Santa Teresa: "Se derraman más lágrimas por las plegarias atendidas que por las no atendidas".

El 15 de enero de 1966 firmó un contrato con Random House con doscientos cincuenta mil dólares de adelanto por aquel libro que le zumbaba en la cabeza.

-Será un equivalente a la obra de Proust -afirmó Capote-, un análisis de la aristocracia americana.

Los fotógrafos no se le despegaban a aquel hombrecito enjuto, con ademanes de rey en el exilio, que llevaba más de seis años sin aparecer en Nueva York. En 1960 llegó a Kansas persiguiendo un recorte de diario: dos tipos habían matado a los cuatro miembros de una familia. El hombrecito cerró su casa de Long Island y viajó a Kansas a entrevistar a los testigos. Sintió que debía hablar, pensar y hasta soñar como lo hacen en Kansas para poder escribir aquella historia, y pasó seis años en el lugar, sin salir del pueblo. Sólo lo hizo para entrevistar a los asesinos, a los que acompañó hasta el final del proceso.

Un día se encontró frente al patíbulo y vio cuando Dick Hickock y Peery Smith fueron ahorcados. Capote fue la última persona que habló con ellos. Perry se acercó y le dijo: "Adiós. Lo quiero, y siempre lo he querido". El hombrecito tosió y empezó a vomitar.

-Fue la experiencia más apasionante de mi vida como creador, sí.

-¿Y de su vida como persona?

-No.

Un año después, Capote dejó que 1966 se deslizara plácidamente por el almanaque. A sangre fría llevaba vendidos cinco millones y medio de ejemplares y faltaban todavía dos años para entregar Plegarias atendidas. Sin embargo, hablaba de su nueva novela todo el tiempo.

En esos meses, el mismo hombrecito que en las 444 páginas de A sangre fría evitó cuidadosamente la palabra "Yo", fue tapa de decenas de revistas, asistió a los shows más populares de la televisión y organizó su "Baile en blanco y negro" en el Plaza Hotel de Nueva York. La fiesta de Capote tuvo una mayor cobertura de medios que la última cumbre sobre el desarme mundial.

La muerte se transformó para el hombrecito en una extraña costumbre: conoció a cuatro de las cinco personas asesinadas en la casa de Sharon Tate, y conoció después a Charles Manson, al que entrevistó en la cárcel para la revista Esquire.

Años antes había vivido otra experiencia similar: sólo dos personas en el mundo conocieron a John Fitzgerald Kennedy y a Lee Harvey Oswald, el asesino de Dallas: Truman Capote y Priscilla Johnson, corresponsal de United Press en Moscú.

Capote se convirtió en "experto en asesinos múltiples": entrevistó a más de cuarenta condenados.

-Todos querían que escribiera algo sobre su caso.

-¿Por qué siempre se ríen los criminales al hablar de sus crímenes?

-Creo que sienten una repentina oleada de pudor. Ya sabe, eso que llaman risa púdica. Así lo describiría.

-¿Se preguntó alguna vez por qué le resulta tan fácil entablar buenas relaciones con asesinos?

-Porque inmediatamente se dan cuenta de que no voy a formarme ningún juicio acerca de ellos.

-¿ Todos tienen algo en común?

-Todos creen en Dios.

En cuestión de segundos Capote podía pasar del patio de la prisión de San Quintín a tomar el té con Marilyn Monroe. La rubia con corazón de ciervo se espantaba escuchando el record sexual de Truman: el hombrecito se acostó con la mitad de los galanes de Hollywood y no tenía pudor en comentarlo levantando la voz. Con sus amigas de la clase alta neoyorquina sólo escuchaba: señoras bañadas en diamantes que se comportaban como campesinas. Cada tanto las amenazaba con su libro, que no avanzaba una línea.

Para que la presión cediera, Truman publicó dos libros que había escrito veinte años antes: Una Navidad y Los perros ladran, y asistió a decenas de reediciones de sus dos primeras novelas: Otras voces, otros ámbitos y Desayuno en Tiffany's.

En 1972 comenzó a escribir su libro por el último capítulo, "porque siempre es bueno saber adonde vamos". Escribió otros tres capítulos con e envión, y los publicó en la revista Esquire. Allí mintió que el libro ya estaba terminado y sería publicado en breve. La reacción de sus amigos millonario -que en los adelantos mencionó con nombres y datos exactos- fue condenarlo al ostracismo. En un cuarto de la YMCA, alimentado con poco sueño, alcohol y anfetaminas, escribió un magistral libro de crónicas, Música para camaleones, y dijo en por lo menos tres reportajes televisivos que Plegarias atendidas ya estaba en la imprenta.

-Soy alcohólico

soy drogadicto

soy homosexual

soy un genio

dijo una tarde en el escenario de la Towson State University de Maryland, y se cayó redondo al piso. Pasó varios meses internado en centros de rehabilitación.

El 25 de agosto de 1984, pocos días antes de cumplir sesenta años, murió.

Editores, ex amantes, periodistas y unos pocos amigos revolviaron sus papeles buscando la versión completa de Plegarias atendidas: sólo encontraron los originales de "La Cote Basque", "Monstruos perfectos" y "Kate Mc Clud", los tres capítulos publicados en Esquire.

El libro se convirtió en leyenda, y llegó a afirmarse que Capote lo había guardado en una consigna de la estación de micros Greyhound, en Los Angeles.

-¿Truman? -dijo la tía de Truman en un documental de la televisión americana-.

Ustedes no lo conocían... Truman nunca escribió ese libro. Cobró el dinero y se lo gastó, eso es todo... Quise mucho a ese chico...

Capote murió sin que la aristocracia de Nueva York le perdonara el libro que

nunca había escrito.

El hombrecito había dicho, una vez:

-No sé por qué se ha enfadado todo el mundo. ¿A quién creían que tenían entre ellos? ¿A un bufón de palacio? Pues tenían a un escritor.

Publicado en Página/12 el 12 de junio de 1988.

El socio del silencio

Esta es la historia de un hombre que dijo que No. El protagonista de esta historia es un viejo retratado por una cámara del New York Post en Cornish, a la salida del supermercado, con la cara desencajada.

Paul Adao y Steve Conally, los fotógrafos que montaron la guardia y lograron la exclusiva, guardan silencio desde entonces. Desde aquella foto Adao se pudre en el City Desk del Post, cubriendo información municipal, y Conally sobrevive como free-lance.

-Estoy escribiendo la historia de esa foto -dije desde Buenos Aires.

Paul Adao cortó el teléfono.

-City Desk -insistí-. Con Adao, Paul Adao.

El fotógrafo volvió a cortar.

El viejo de la foto, el tipo de la cara desarmada ante el horror del flash, era J. D.

Salinger. Y no es su boca la que grita, sino su mirada.

El viejo JD desapareció de los diarios en junio de 1963, cuando el New York Review publicó su último cuento conocido: la historia Buddy, el hermano menor de Seymour Glass.

¿Cómo pudo decir que No?

¿Cómo pudo, el entonces mayor escritor norteamericano vivo, retirarse a una granja en Cornish?

¿Cómo se va del juego el que acaba de acertar un pleno con diez fichas?

Escribe. Pero no publica.

No escribe. Ya no le sale ni una palabra más.

Publica, pero con seudónimo.

Es monje budista.

Escribe, a veces, pero lo que le sale es muy malo.

El New Yorker le rechazó varios cuentos.

Sólo lee novelas policiales.

John Updike le dice "Santo".

JD se transformó en cualquier cosa menos en una persona: las personas tienen que decir que Sí.

Las personas asisten con interés a conferencias interminables, sonrían para la revista Life, discuten porcentajes con su agente literario, construyen éxitos y fracasos, y finalmente mueren.

Las personas responden preguntas para la edición nocturna del noticiero nacional:

-¿Qué opina sobre la Guerra del Golfo?

-¿Admira a alguno de sus contemporáneos?

-¿Qué haría Seymour Glass de estar con vida?

-¿Esa escena de cama era autobiográfica?

-¿La novela ha muerto?

-¿El cuento ha muerto?

-¿La poesía ha muerto?

-¿Usted ha muerto?

El viejo JD, en Cornish, recorre los límites de su propia trampa: su silencio sólo agrandó el mito y el trabajo de los abogados. que suman demandas contra los medios por "invasión de privacidad", "plagio", "uso de cartas sin autorización".

Nadie conoce las razones del silencio de J. D. Salinger. Tal vez hasta él las haya olvidado: a veces las grandes historias nacen de hechos demasiado triviales, pero siempre es tarde para detenerlas.

-Trabajo en una novela -mintió durante años Henry Miller a Mona y a sus acreedores.

-Escribo la mejor novela de no ficción que jamás se haya escrito. Se llamará Plegarias atendidas -dijo Truman Capote cuando firmó el adelanto por el libro que jamás terminó.

-Los que de veras me encantan son aquellos libros que, al terminar de leerlos, nos hacen sentir la necesidad de ser íntimo del autor, y hasta de llamarlo por teléfono y todo -escribió JD en el comienzo de El cazador oculto.

Ahora cumplió 72 años y cualquiera puede imaginarlo quemando cada rastro, cada carta; sembrando pistas falsas, mudándose de granja y de supermercado, odiando para siempre aquella tontería por la que escapó, ahora casi tan grande como él mismo.

Publicado en Página/12, el 26 de octubre de 1991.

Poemas en una libreta

Marcelo Gelman murió dos veces. Su primera muerte, en la madrugada del 13 de octubre de 1976, con un disparo a quemarropa en la nuca, con cemento envolviéndole el cuerpo, sumergido en un tambor de doscientos litros, se convirtió en un insomnio: trece años de bocas secas, lenguas cuarteadas, vueltas incómodas en ninguna cama. Su segunda muerte, hace algunas semanas, después de la identificación del cadáver, después del lenguaje lejano de un informe forense que no dice nuca, sino región occipital y posterior del cuello, podrá ser, por paradoja, un nacimiento.

Alguien dirá este domingo a la mañana, en el cementerio de La Tablada, Marcelo Gelman descansa en paz.

No conocí a Marcelo Gelman y me parece poco digno que ahora la muerte mejore su capacidad, su talento o su memoria. Siento ahora, mientras peleo contra una Olivetti que se niega a correr la cinta, que me hubiera gustado verlo ocupando un sitio en esta redacción. Tal vez fuera tan malo o tan bueno como cualquiera de nosotros, pero definitivamente estaría bien pelearnos por un sumario, sorprendernos, estar vivos. Marcelo Gelman es el primer periodista NN identificado. El primero de casi un centenar. Cargué en mis bolsillos durante años una vieja agenda de mi madre, con tapas rojas y la inscripción 1949. En aquella agenda copiaba, en letra de imprenta, los poemas que no quería olvidarme. Allí copié un poema que, supe mucho más tarde, Marcelo Gelman había escrito en el mantel de un restaurante.

"La oveja negra
pace en el campo negro
sobre la nieve negra
bajo la noche negra
junto a la ciudad negra
donde lloro vestido de rojo"

El sentido de la libreta que había sido de mi madre era casi farmacéutico; cualquiera conoce la utilidad de una poesía en medio de una conversación, y también la urgencia de su necesidad. Había en la libreta poemas de Blas de Otero, Dylan Thomas, W. H. Auden, Borges, Gloria Fuertes, y también algunos del padre de Marcelo Gelman, aquel del león perdido en el Bois de Boulogne y aquel otro de esa mujer que se parecía a la palabra Nunca.

Nunca hubiera pensado que alguien quería escribir la palabra indulto en mi libreta.

"Es cierto -dijo en este diario Simon Wiesenthal- que no podemos vivir permanentemente pendientes de los muertos en el Holocausto. Pero tampoco podemos actuar como si nunca hubieran existido".

Esta mañana un silencioso grupo de personas asiste al entierro de Marcelo Gelman. Del país que rodea ese silencio depende que ésta no sea también una mañana negra. Tal vez los hombres puedan morir dos veces, pero los pueblos se suicidan sólo una. Que esta mañana dejemos a un lado el cinismo y podamos volver a copiar poemas en una libreta. Y que Marcelo Gelman descanse en paz.

Publicado en Página/12 el 7 de enero de 1990.´

Sobre el amor y el miedo

Es imposible encontrar algo en esta biblioteca: en un libro que debe llamarse Historias del Sr. K o Historias del Señor Keuner, Brecht relata un encuentro del protagonista con un viejo amigo de la infancia:

-Cuánto tiempo... -le dice el amigo después del abrazo.

-Treinta años -calcula el señor K.

-Usted está igual, exactamente igual. .

-¿Igual? -grita el señor K. con cierta desesperación-. ¿Estoy igual que hace treinta años?

Como no puede detener el tiempo, el hombre congela a las personas. Los valores de la teoría, entonces, se trasladan a la vida: en cualquier freezer la verdad es solamente una e inmutable, la coherencia es siempre una virtud indispensable (aunque Hitler también quería, con coherencia, matar a todos los judíos), y las respuestas no pueden -perdón, no deben- cambiar.

La vida funciona en pizarrones donde la gente se mantiene igual que hace treinta años.

Definir tranquiliza: Ya está, te cagué, te encerré, te definí.

-Voy a quererte, no cambies, necesito que te detengas.

-Te desconozco. Antes no eras así.

-¿Cuándo vas a cambiar? (Traducción: ¿Por qué esa manía estúpida de ser vos todo el tiempo?)

-Lo hago por tu bien.

-Yo sé lo que tenés que hacer.

La aversión al cambio resume una de las típicas enfermedades argentinas: el desfase entre lo que somos y lo que queremos ser; el hecho de creer que somos lo que queremos ser. Argentina "fue" el Granero del Mundo, La Argentina Potencia, Los Mejores en Todo, El País del Genio Improvisado, etc., etc. Fue, en realidad, el país del mañana constante, la presencia permanente del deseo no consumado.

En política la reacción al cambio fue la previsible cuna del autoritarismo:

-¿Por qué estos tipos no son tan católicos como yo creo que tienen que ser?

-¿Por qué no entienden razones, mi razón, la única?

Perezas del pensamiento, o intereses menores del alma: tenés que ser todo el tiempo lo que creo que sos y -lo que es peor- también tenés que ser lo que creo que fuiste, porque mi definición es dueña de tu pasado.

¿Cómo describirían los franceses a De Gaulle? ¿Y los ingleses a Churchill, o a Kennedy los americanos? Pruébese preguntarle a dos argentinos quién fue Perón; a la vez, el hombre de la izquierda y la derecha, el estadista y el corrupto, el viejo zorro y el anciano cercado por el entorno.

Te quiero, te poseo, te defino.

Las personas públicas deben transformarse en personajes. Si se niegan a construir su propia máscara, será el público el que se la provea:

-¡Ey, escuchen: soy sincero, no estoy haciendo un personaje!

Fuck. El personaje sincero debe hacer de personaje sincero.

-¿Así que éste era el corazón? -dice la gente a la salida, jugando a la pelota con un pedazo de carne roja.

Los personajes públicos son, a veces, una exhibición del miedo del espectador, pueden mostrarle a los que están mirando que el límite estaba más allá. Los que están ahí arriba deben ser santos o suicidas: de cualquier modo personajes, pero no personas. Si fueran personas, el público podría hacer lo mismo. Y no lo hace.

Por eso cuando los personajes mueren, son.

No hay definición mas tranquilizadora: ya está muerto, nunca podrá cambiar mi amor por él.

Cuanto más cerca se ubique el espectador del personaje, más presente se hará la idea del reemplazo:

-¿Por qué es él quien está ahí y no yo?

Envidia: compulsión incurable por mirar a los costados. La vida queda adelante.

Desde la envidia, el mundo es un complot. Ser víctima de un complot mundial es tortuoso, pero en el fondo confortable: no vale la pena, ni siquiera animarse a fracasar.

El ser transcurre. A pesar de los gerundios quizá sea mas exacto decir que, en lugar de "ser", 'estoy siendo': me desenredo, aprendo y borro, re cedo y avanzo, soy doble mano, no tengo circulación obligatoria, estoy vivo.

Puedo ponerle nombres propios a cada un; estas oraciones, pero creo que no tiene sentido.

A veces me encuentro con un pibe de Rosario que se llama Fito, al que le pasan algunas estas cosas. También a mí me pasan, cuando descubro que, para ser más libre, debo pelear contra mí mismo.

Tampoco encontré en la biblioteca las citas Borges sobre Heráclito, aquello del río que fluye, y de la manifestación del tiempo. Si hubiera pasado menos horas en La Giralda y más en la Facultad Filosofía, recordaría sin ayuda aquella idea de "perseverar en el ser": ser completamente, expresa ser en libertad y en cambio, en evolución, en vida.

Si en esta época frívola y dogmática Heráclito hubiera montado su empresa El Río que Fluye, estaría en convocatoria de acreedores.

Presentación del libro sobre Fito Páez escrito, Enrique Symms: Paz (1995), Espasa Calpe.

Cortázar

Ahora dicen que escribía mal

A hora resulta que escribía cuentos malos.

Aquel tipo demasiado alto, con los ojos que García Márquez describió "tan separados como los de un novillo", aquel tipo que volvió a la Argentina del '83 con guayabera celeste y fumando Gitanes, el tipo que nos hizo buscar a La Maga o estirar el café en el London para saber de una vez si allí empiezan o terminan Los premios, ahora resulta que ese tipo escribía cuentos malos.

-¿Y por qué vamos a publicar justo ahora algo sobre Cortázar? ¿Por qué, eh?

¿Qué se cumple? -pregunta un editor con lógica de cotillón.

-No, no se cumple nada.

-¿Ves? Si vos me dijeras: a cinco años de, a seis días de, a dos horas y tres minutos de, todavía. O todavía mejor: números redondos de, a diez años de, en las bodas de plata de.

_No. No se cumple nada redondo.

-Encima vos sabés de sobra que ahora todo e mundo discute a Cortázar.

-(Gesto de asombro, interjección de asombro ¿Lo qué?

que lo discuten, no te hagás el boludo. La generación nueva lo discute.

(Dispuesto a interpretar la realidad, el periodismo imita la imagen del científico: sólo que en este caso lo que se ve no es un "grupo de entomólogos investigando a una colonia de insectos", sino "un grupo de insectos analizando a

un entomólogo". Primera observación de la colonia de insectos el concepto "generación nueva" alude, en general a ya no tan chicos de más de treinta. En Argentina; la Juventud Comunista bordea los cincuenta años la pintura joven supera los treinta y cinco y la literatura bien, gracias.)

-¿Y qué dice la generación nueva?

-Que Cortázar era ingenuo, casi o del todo cursi y que, por otro lado, no escribía para nada bien

-Ah.

-Dicen que era un escritor para adolescentes. Como Vasconcelos.

A la muerte de Joseph Conrad, Ernest Hemingway escribió en la Ontario Review: '¿Qué se puede escribir sobre él si ya está muerto? Ahora los críticos se fascinan con Eliot y aseguran que Conrad escribía cuentos malos.

Si alguien me dijera que triturando al señor Eliot hasta reducirlo a polvo fino y seco, y espolvoreando con él la tumba de Conrad éste se levantaría y volvería a escribir, correría ya mismo hacia Londres con una máquina de picar carne".

Para Hemingway los libros de Conrad se imponían de un tirón, y eran por eso de difícil relectura; volver a ellos significaba repetir, en vano, un acto de amor perfecto. De todos modos Hemingway siempre llevaba sus libros de Conrad en el equipaje, por motivos casi farmacéuticos; cuando estaba harto de la literatura impostada, releía a Conrad como se toma un vaso de agua fresca.

Para decirlo de otro modo: un grupo de argentinos ya no tan jóvenes cuya mayor transgresión fue fumar marihuana en el baño del Nacional Buenos Aires sostiene que Julio Cortázar escribía malos cuentos. Los ya no tan jóvenes censores son cooltos. A primera, segunda y tercera vista están mucho más cerca de los críticos que de los escritores, aunque siempre especulan con su "carrera", escriben calculadamente bien y no tienen nada que decir.

-¿Y por qué Cortázar? Dale, decime... ¿Qué se cumple?

-No se cumple nada. Tengo toneladas de correspondencia que encontró Jaime Correas en Mendoza. Usé sólo algunas cartas para escribir un cuento en Polaroids, y podríamos publicar el resto.

Frente a una colección de cartas cualquier mediocre se siente Dios: es fascinante observar cómo se dirigen los hombres hacia su destino, con la tensa seguridad de un acróbata, ignorando el siguiente paso, pero sintiéndose condenado a darlo.

En estas cartas Julio Cortázar vegeta en su escritorio de la Cámara del Libro, al final de los años cuarenta. Le escribe al Oso, a Sergio Sergi, el grabadista que conoció en Mendoza mientras enseñaba literatura:

"No se imagina lo cansado que estoy -le dice en mayo de 1948- y cómo vivo. ¿Se acuerda de aquel proyecto de convertirme en traductor público? La cosa cuajó espléndidamente, pero tengo que recibirme en julio y eso significa meterme en el coco cinco materias de derecho antes de julio, amén de trabajos prácticos y examen final de idioma. Ahora estudio noche y día, y entre pedazos de estudio me trago mi pedazo de Cámara del Libro. Es horrible, pero en plena temporada musical no voy ni a un solo concierto. No me quedo jamás en el centro. Cuelgo el tubo apenas oigo un 'Hola' en tono femenino menor. Tomo tónicos mentales, vitaminas, cerveza malteada. No leo novelas policiales. No escribo una línea. (...) Pero si me recibo en julio, dentro de un año seré mi propio patrón y tal vez entonces la vida adquiera un sentido menos repugnante que hasta ahora. En cuanto a la docencia, no quiero ni siquiera oír hablar de ella. El mes pasado rechacé una oferta para ir a Estados Unidos a enseñar literatura española. Eran cinco mil dólares anuales.

Si me lo hubiesen propuesto en enero o en febrero, antes de embarcarme en este asunto, hubiese ido y ahora ya estaría bajo las miradas del presidente Truman. Pero ya no me convienen, prefiero atenerme a mi plan de acción.

Aquí van los cuentos que le devuelvo a Gladys. Pídale perdón por mi demora que

me cubre de vergüenza. Ojalá pronto pueda hacerle llegar las historias en un buen volumen, pronto empezáran las tareas concernientes a la impresión, y tal vez en julio aparezcan".

Cortázar llevaba, en una valija prestada del Oso Sergi, los originales de Bestiario, que recién aparecería en 1951, editado por Sudamericana. Gladys, la mujer de Sergi, pasó aquellos cuentos a máquina en su casa de Mendoza. La familia aún conserva el manuscrito original del libro.

Nadie sabe en este país sin biografías si Cortázar cargó aquellos cuentos desde Chivilcoy, donde fue maestro normal. Las historias de Bestiario llegaron con su autor a Mendoza, donde fueron corregidas y donde el olvido le tendió una trampa. El propio Cortázar le dijo a Borges en París, años después, que "Casa tomada" fue su primer cuento publicado. Borges lo repite en un prólogo, en el que se presenta como el primer editor de Cortázar: "Casa tomada" se publicó en la revista Anales de Buenos Aires, con ilustraciones de su hermana Norah. Pero no fue así: la primera publicación de Cortázar fue en la revista Egloga, de Mendoza, dirigida por Américo Cali. En enero de 1945 se presentó "Estación de la mano". En Egloga se publicó también su primera errata: la firma al pie del cuento decía Julio A. Cortázar y no Julio Florencio Cortázar, como firmaba en aquellos años y como firmó su sofisticado ensayo sobre "La urna griega en la poesía de John Keats", publicado por la Universidad Nacional de Cuyo.

"Me alegro de que le haya gustado otra vez el cuento -le escribe a Sergi, refiriéndose a la publicación en Anales de "Casa tomada" -Tan malos son los dibujos de Norah Borges? Me gusta el de los hermanos; el otro -la casa- no es lo que puse yo en el cuento. La casa es muy distinta, pero la imagen de los hermanos bajo la lámpara me parece bien".

La historia de aquellos años fue una constante despedida: salió de Mendoza bajo la presión del gobierno peronista a la Universidad, y también dejó Buenos Aires camino a París.

"De lo que está ocurriendo en la Universidad -escribió al Oso en junio de 1946- prefiero no decir nada pues conozco a medias la situación, y los informes de los diarios no son muy ilustrativos. Veo que la purga es y ha sido mayúscula, pero su alcance y su significado no me parecen enteramente claros. Más que nunca me alegro de haber rajado de ahí justo a tiempo, pues no creo que hubiera tolerado algunas cosas. Por ejemplo: me parece bien que hayan expedido Villaverde y a Blanco González, pero no me parece nada bien que los reemplacen con jóvenes tomistas. Admito la higiene, y creo que esos dos señores eran unos Tartufos de la docencia, pero si se los fleta para reemplazarlos por caballeros ungidos por el Papa... ahí empieza mi oposición. Prefiero, cobardemente pero con una gran paz de espíritu, estar a 1.140 kilómetros del lugar donde ocurren tales cosas. (...) Aquí estuvo Vigo haciendo una exposición en Amauta. Fui a la inauguración ¡y encontré a toda la "inteligencia" de izquierda, claro! Mirando los grabados de Vigo se descubre dolorosamente que un artista no de todo de sí si no agrega la ciencia a la intuición pura. A veces una torpeza de dibujo le malogra algo que podría ser magnífico. Pero cuando se dedica más tiempo a leer la biografía del padrecito Stalin que a mirar grabados de Durero, las consecuencias saltan a la vista."

- Se cuando un cuento me gusta, porque tengo necesidad de conocer al que lo escribió -decía J. D. Salinger en El cazador oculto.

Enumerar desenumerar citar en desorden los motivos que me hicieron querer a Cortázar en desorden, como en una carta:

- porque La Maga existe (¿cómo no evitar, si no, la compulsión a buscarla?)
- porque mi recuerdo dice que leí Rayuela de punta a punta en una tarde, sentado en un umbral de Sarandí, y cualquiera sabe que es imposible leer Rayuela en una sola tarde, aunque podría jurar que aquella fue solamente una extensa y soleada tarde leyendo ese libro que me habían prestado.
- porque en diciembre de 1983 Julio Cortázar, parado en la puerta de su departamento de Villa del Parque, giró la cabeza hacia la cocina para preguntar:

"Mamita, ¿el señor puede pasar al living? Viene a hacerme una nota". "Sí, Julio, cómo no, que pase, que pase", le respondió la anciana de noventa y pico al larguísimo y azulado señor de 69. El otro, el comedido "señor" que esperaba en el pasillo era yo mismo a los 23 años, olvidándome todas las preguntas de aquel primer reportaje que iba a ser el último.

- por "Casa tomada", y porque creo a ciegas en la científica posibilidad de que me salgan conejitos por la boca; porque deben evitarse los velorios y porque cualquier idiota sabe que regalarle un reloj a una persona no es sólo eso sino todo lo contrario: es regalarle una persona al reloj, regalarle al reloj un cautivo del tiempo.
- también por aquellas palabras de W. H. Auden en "Retrato de un gran hombre": "A veces escribía cartas extensas y memorables Pero no aguardaba ninguna."

Publicado en Página/12, el 30 de junio de 1991.

Soriano

Ya pasaron diez años?

Creo que sí, pasaron diez años. Podría llamar a distintas personas para preguntarles, pero algunos de ellos me traicionaron, otros quizá no sepan nada de fechas y, por otro lado, escribo estas líneas a la una y veinticinco de la mañana y a esta hora no suenan los teléfonos de los hogares respetables. De modo que de mí depende, y sinceramente recuerdo cuando conocí a Osvaldo Soriano.

Habrán pasado diez años?

Quizá no fueron diez sino doce años, y conocí a Osvaldo Soriano en una de las peores tardes de mi vida. En diciembre del '84 Julio Cortázar hizo su último viaje a Buenos Aires. El entonces presidente Alfonsín armaba su gabinete en el Hotel Panamericano y yo era -a mi pesar- un demasiado esporádico colaborador del suplemento de cultura de Clarín. Pero aquella tarde el azar jugo a mi favor: era una de las pocas personas que sabía de la presencia de Cortázar en la ciudad y tenía bajo la manga el as de la dirección de su madre en Villa Urquiza. Fue la primera vez que, como colaborador más que ignoto, pedí un auto al diario. Aterrizó un Renault 12 con Motorola, chofer y fotógrafo. Cuando llegamos al lugar, un portero barría con dedicación las mismas baldosas por cuarta o quinta vez.

-Sí, Cortázar está parando acá, pero salió- dijo.

Esperamos más de una hora hasta que el tipo más alto del mundo, el de los ojos separados como los de un novillo, dio un pequeño salto de la calle a la vereda y se topó con nuestra guardia en la puerta.

Cortázar había aceptado la entrevista cuando comenzó a vibrar, latosa, la radio del auto.

El chofer me miró como un condenado a muerte :

-Che, nos dicen que nos volvamos...

Cortázar cruzó la puerta y le pedí cinco minutos para encontrarnos arriba. Había un error, eso era todo.

-¡Quién dice que nos volvamos?

-No sé, del diario.

Tomé el micrófono del equipo y empecé a pulsar el botón de llamada:

-Eh, viejo, ¿qué pasa?

Explicué que nadie tenía esa nota, y que Cortázar nos esperaba arriba.

La radio no se conmovió.

Intenté un balbuceante argumento de autoridad:

-Tengo orden de Fernando Alonso, jefe del suplemento de cultura, de hacer la nota.

-Y yo tengo orden del secretario general del diario para que se vuelvan -dijo la lata.

El chofer cerró la puerta del auto. El fotógrafo acomodaba sus equipos en el asiento de atrás.

-¿Volvés? -me preguntó.

-Ni en pedo. Hago la nota.

Arriba Julio Cortázar, de setenta años, guayabera, mate y Gitanes, preguntó dulcemente hacia la puerta de la cocina:

-Mamita, el señor viene a hacerme una nota, ¿puedo hacerlo pasar?

-Sí, Julio, cómo no -respondió su madre de noventa y tantos.

Aquella nota salió por Radio Nacional y fue publicada por una ignota revista literaria. En la misma semana, Clarín publicó su reportaje en una doble página central.

-Vos no la hiciste porque el Gordo Soriano ya había arreglado la nota más arriba.

-¿Soriano? ¿Y quién es ese hijo de mil putas de Soriano?

Yo sabía de memoria quién era Soriano: era el tipo que me había contado, en Artistas, locos y criminales, la historia del diario La Opinión; el autor de un par de grandes novelas para mí desconocidas en aquel entonces, y el cronista que mejor había narrado la carrera con la muerte del enrulado Robledo Puch.

Ese era Soriano.

Trabajamos, cenamos, fumamos y tomamos cincuenta o sesenta veces hasta que me animé a contarle esta historia. Yo seguía siendo su lector, perc, ahora también era su teórico "jefe", como director de Página/12, y él nuestro asesor editorial.

-Con Cortázar, ¿te das cuenta? Yo me moría por hacer esa nota.

El Gordo sonrió algo avergonzado, masticó su cigarro apagado y dijo alguna trivialidad como:

"Ah, sí... mirá vos"

No se acordaba.

En aquel entonces yo era un chico de 26 años que despertó en un sueño: trabajaba con casi todos los autores que leía con pasión en la adolescencia. Juan Gelman, Eduardo Galeano, Miguel Bonasso, Osvaldo Bayer, Osvaldo Soriano. Muchas veces temí despertarme de ese sueño, en medio de una pila de gacetillas por terminar. Pero no sucedió.

-Nos va a ir bien. Nos va a ir muy bien, mirá...Michi, michu... Mirá, mirá...

Un gato blanco y gris bajó de golpe una persiana para remolonear en los tobillos de Soriano.

-¿Ves? Los gatos están con nosotros... Es buena suerte.

Era una medianoche de mediados de mayo de 1987, y caminábamos solos, por Sarmiento, hasta un restaurante vecino al teatro San Martín. Estábamos cansados y ansiosos. Cada uno llevaba un par de números cero de Página/12.

-Son una mierda, nunca vamos a hacer un diario.

-Vamos a comer, y paremos un poco.

-Están los carteles en la calle.

El número uno fue un poco menos espantoso, y el cincuenta algo correcto y quizá pudimos, en esos siete años, hacer cinco o seis ediciones realmente buenas.

El Gordo tenía razón: los gatos iban a darnos suerte.

Soriano vivía de noche, en su casa de La Boca, y en aquellos primeros años de Página tuve la suerte de pasarle algunos borradores y de escuchar los mejores consejos para cualquiera, aunque escriba la lista de almacén:

-Conviene usar los verbos en pasado. Hace que la acción sea más cierta, más contundente.

-No uses gerundios.

-Guarda con las metáforas. ¿Cuántas veces escribe Chandler "tal cosa es como... tal otra"? (Lo busqué: una o dos veces en cada novela, por eso sus metáforas son tan efectivas.)

También me contagié su amor por Scott Fitzgerald, su interés por las figuras de Moreno y Belgrano, sus historias de Timerman (Jacobo sólo saludaba a los de determinado sueldo para arriba, contaba Osvaldo, que había sufrido en La Opinión la marca hombre a hombre de un escribano que "vigilaba" su trabajo para poder despedirlo con causa. Soriano miraba la Olivetti y el escribano le preguntaba: "¿Qué está haciendo?" "Estoy pensando una nota".)

Gracias a Soriano conocí la historia de Le Canard Enchainé, el semanario anarquista francés en el que los redactores que reciben un premio -voluntaria o involuntariamente- son despedidos de inmediato.

Soriano fue "popular", lo que le valió el desprecio de mínimos y masturbatorios círculos académicos, y una constante pelea contra la pequeñez.

Ganó demasiado tarde, y por puntos, contra el cigarrillo y no dejó nunca de mascar unos cigarros gruesos y espantosos, que terminaban deshilachados en el cenicero.

-Volví a fumar.

-¿Por?

-Anteayer casi le doy una piña al dentista, y hoy, cuando salía, le pegué una patada a un chico por la calle.

La última vez que nos encontramos, otro gato metió la cola.

Fue en el bar de un hotel en Rosario, el año pasado, cuando cubrimos para la televisión aquella historia del gato almorzado.

Había mucha gente alrededor, y eran las cuatro de la tarde, y el Gordo acababa de despertarse, y hablamos ambos a la vez, alegres del encuentro, dándonos abrazos.

Ya pasó un año de aquella vez.

Casi un año.

¿No se habrá ido a Tandil, el Gordo, a ver a la vieja?

¿No estará en Mar del Plata? Debe estar harto de todo, y quiere escribir tranquilo.

¿Cómo está Manuel?... ¿Qué tiene... cinco, o seis años? Es un poco menor que Barbarita, y cuando era bebé tenía esos ojos tranquilos, de Lama, que penetran todo.

¿Cómo está Catherine?

¿Era una joda que se murió el Gordo, no?

Editorial de Día D.

Chicas

Ayer fue el Día Internacional de la Mujer, o algo así, y quería -con muchísimas prevenciones- decirte algo sobre eso. Lo de las prevenciones es natural: cualquier mujer se enoja si se habla de ellas solo en su día, y te sale con aquello de "Che, no es el día del animal"; pero también es posible que se enojen si no se lo menciona, o que critiquen con cierto cinismo si quien habla de las mujeres es un hombre.

Yo quiero contarte sobre algunas mujeres que conocí en mi vida, desde mi madre a mi hija, también otras mujeres que quise y quiero, mujeres que vi pasar, mujeres de las que me hablaron y otras que me tomo licencia para inventar.

A los dos años los ojos de mi hija eran los ojos de un bebé: una mirada curiosa y atolondrada. Fue por esa fecha cuando, de pronto, ella comenzó a mirar distinto. No sé si eso sucede en todas las bebas de dos años, pero en aquel momento la mirada de mi hija se volvió encantadoramente oblicua y distante, y se notaba en sus ojos que ella se había vuelto mujer. De un día para el otro los ojos de Bárbara habían construido un secreto: su mirada tenía algo que yo no iba

a alcanzar jamás. En sus ojos y en su piel -que es también mi piel- había crecido, de pronto, un endeble pero impenetrable muro de hiedra. Conocí durante mi infancia en Sarandí mujeres con ése y con otros secretos. Conocí mujeres que arrastraban un sueño roto, y salían todos los días a la misma hora a barrer la misma vereda, con la mirada perdida hacia la Avenida Mitre, esperando a alguien que no iba a volver. Conocí también mujeres extranjeras de todo, que comían, y comían, y comían, y se defendían comiendo. Conocí a otras mujeres que cuidaban a sus pollitos con el recelo de las gallinas, y que vivían con hombres que les eran fieles como perros aburridos. Escuché en mi vida, de las mujeres, los argumentos más increíbles y encantadores: una mujer puede hablar con una convicción de Premio Nobel sobre una cosa que se llama henna y que es un barro egipcio que te tiñe el pelo de colorado.

No sé qué le pasa a las mujeres con el futuro, qué desean y temen; aunque están, por naturaleza, inclinadas al futuro.

Conocí muchas, muchísimas mujeres aburridas -¿por qué siempre pensaré que su aburrimiento es culpa de los hombres?-Son mujeres que casi dejaron de serlo. He visto cómo, las mujeres, ordenan cajitas, pedacitos de tela, papel de envolver, piolines de papel regalo, entradas de cine, recortes de diario, fotografías, llaves viejas, ramitas; cómo meten o sacan todos esos objetos de bolsos, o cajones, y putean porque jamás encuentran nada.

He escuchado a mujeres citando exactamente situaciones que yo nunca recordaría y las he visto también mirándose entre sí, como dos tigres que se rodean, olfateándose, dentro de una jaula.

He visto también mujeres alegres, y muy alegres, y un poco borrachas, o borrachas del todo, y siempre tienen un tajo de tristeza que les aparece en el alma. Algo que se perdió, que se está perdiendo; tal vez sea el tiempo, una especie de gusanito que les camina por el brazo.

Es inexplicable la relación de las mujeres con las plantas, tan inmóviles y dependientes, tan subordinadas, iba a decir: tan atadas a los ciclos y quizá sea esa sujeción la que las une: los ciclos de la luna, la lluvia, la tierra, el sexo, la maternidad.

Descubrí en un hombre la mejor definición de las mujeres, en Caetano Veloso cuando dice que "Tigresa, con algunos hombres fue feliz, y con otros fue mujer". Otro padre, Vinicius, el viejo vica, fue acusado de machista cuando escribió que las chicas, en la noche, "rehacen misteriosamente su virginidad".

Creo que también condenaron a Ernesto Sabato cuando dijo que la mujer contiene y el hombre expulsa, y que entonces es el ser físico el que les condiciona el alma.

Sinceramente no sé cómo son, y no creo que tampoco sean como me las imagino. Nunca vi a los hombres peleándose tanto entre ser niños y padres a la vez. Hay hombres con carnet vencido, que se creen adultos, y hay hombres-niños definitivos, que caminan por la cornisa. Pero mujeres sí: siempre vi mujeres peleándose con el espejo: primero son nenas que acaban de romper un vidrio, de pronto madres, después tías solteras.

Mujeres en un mundo de hombres, condicionadas por lo involuntario, obligadas a la belleza.

Conocí mujeres junco y mujeres topadora, y creo que todas sabían que la belleza es sólo un estado de ánimo.

Conocí también mujeres cínicas, y parecen hombres.

Conocí mujeres viejas encantadoras, y no hay nada más encantador que una anciana encantadora ejerciendo la seducción de su especie.

He visto a mi mujer pocos minutos después del parto y no hay ninguna mirada que pueda compararse con la de quien acaba de dar a luz: ojos llenos de plenitud, y de violenta confusión.

Supe también, por las mujeres, que muchas veces la fuerza es la debilidad y la debilidad es la fuerza.

He visto a muchos hombres -a mí mismo, por empezar- preocupados por averiguar el pensamiento de las mujeres: "Uno puede respetar en una mujer la libertad de costumbres, pero nunca la libertad de espíritu", bromeaba Paul Eluard. Soporto que te acuestes con otro, pero no que pienses en él. ¿En qué pensás?

Son realmente increíbles estas chicas con secreto incorporado que pueden matarte por envenenamiento y que construyen, con lentitud, la telaraña que sea.

Ahora quizá se sonrían por lo poco que, quien les habla, sabe de las mujeres. Y en el fondo no es malo que toda esta perorata haya servido al menos para que se rían, porque algunas de ellas se ríen poco, y les encanta reírse, pero no lo dicen, porque vaya a saber quién les robó sus muñecas.

Sí; ya sé lo de las mujeres científicas, y de las pioneras en algo y -no quiero ser frívolo, que se entienda bien- ya sé también lo de las putas e injustas diferencias de salario, y los tipos sobones, y los planes de esterilización, y los ex maridos que no te pasan un mango, y las minas golpeadas, y las madres solteras.

Pero no quería acordarme esta noche de todo eso. Trato de trabajar mejor para que eso no pase. Creo en la igualdad entre los sexos porque creo en la igualdad, no en los sexos. En los sexos no se cree, los sexos son. Pero la igualdad se construye, y se pelea por ella.

Sabías que ayer fue el Día No Sé Qué de la Mujer, y quería decirte eso: que son increíbles, e inaccesibles, y que ojalá tuviéramos los hombres su capacidad para soñar, y sus chispitas en los ojos.

Leído como editorial del programa radial RompeCabezas.

La plaza

Tener un hijo es muchas cosas, pero es, más que nada, uno de los pocos hechos irreversibles a los que nos enfrentamos. La vida de un hijo y la muerte propia son los dos únicos límites que no se pueden revertir. Conozco gente que ha vuelto de cualquier cosa: viajeros arrepentidos, estudiantes que cambian de carrera, enamorados que asisten al deshielo de la pasión, esquizofrénicos que se cubren de nombres falsos, dobles, triples y cuádruples personalidades. De cualquier de estas cosas puede volverse. Pero no de un hijo.

Lo criemos o no, lo veamos o no, lo ignoremos, aun en este supuesto siempre habrá un teléfono que puede sonar treinta años después, un cruce en la calle con la propia sangre, una carta, un sacudón de lo irreversible.

Pero la paternidad no sólo es un estado del que no se vuelve: es también la misma piel, el calor, la confusa sensación de que somos nosotros quienes nos parecemos a él.

Mi hija nació en agosto de 1989. Su nombre es Bárbara, y está mencionada en muchos de mis trabajos de aquel entonces y de ahora. Como siempre, pensé después de hacerlo si era conveniente que se conociera su nombre públicamente. No tengo todavía una respuesta para eso, aunque sé que en muchos casos mis menciones sobre Bárbara fueron inevitables y no el resultado de una especulación. Ella y yo nos sucedemos, y escribo sobre lo que me sucede. Acepté una vez -por error- que le tomaran fotografías en una revista y a partir de allí trato de que vivamos una vida nuestra y de protegerla de cualquier exposición.

Este artículo fue publicado en un número aniversario de Página/12 y refleja lo que era, en aquel momento, parte de mi vida cotidiana de padre separado paseando con su hija en una plaza.

La otra nota inevitablemente referida a mi hija es la que se titula "24 de Marzo" y fue leída como editorial en el programa RompeCabezas: surgió a partir de una anécdota real que allí se describe, y es una carta a Bárbara en la que le

cuento, como puedo, los años del golpe militar en la Argentina. Cientos de oyentes pidieron copia de ese texto y supe de muchos colegios donde se leyó para el aniversario del golpe, y de tantos otros padres que se la leyeron a sus hijos. Traté de aclarar, cada vez, que ésa era mi carta a mi hija, lo que quería decir mi explicación personal, y no cualquier explicación standard. Los padres sabemos que no hay manuales para padres, y sin dudas la mejor carta un hijo es la que cada uno de nosotros pueda escribirle, porque la historia o la piel rechazan con razón las fotocopias.

Es martes al mediodía; no hay hombres en la plaza. Un martes al mediodía sólo un perverso, un desocupado o un periodista pueden perder el tiempo en una plaza. La mirada de las mujeres mientras cruzo la plaza hacia la zona de los juegos parece asignarme la primera posibilidad. Una vieja, al verme fuera del horario de hombres, acerca su bolso lentamente al cuerpo, y otras cuatro que charlaban animadamente bajaron la voz de pronto, de tuvieron la conversación y nos siguieron con la vista hasta que llegamos a las hamacas.

-A ver, saludála a María -le dijo una señora a su hijo. María, que también acaba de llegar a los juegos, sonrío y espera. El nene mira al piso.

-"Hola, María", decile... -la madre empieza a ponerse molesta.

-¿No me saludás? -pregunta María.

El chico sale corriendo hacia el sube y baja.

Unas doce o quince mujeres están sentadas en una pequeña cornisa de cemento que rodea el círculo de arena donde están los juegos.

-¿Qué es? -me pregunta un chico de cuatro años con voz ronca.

-Un cubanito.

-¿Me das?

Miro a Bárbara pidiéndole permiso. No le importa. Está demasiado ocupada enchastrándose con su propio cubanito. Miro alrededor buscando a la madre del chico: quiero preguntarle si puedo dárselo, si el chico es alérgico a alguna cosa. No la veo.

-¿Ahora no estás por almorzar?

-No. Más tarde -dice el chico, que se relame frente al cubanito.

-Tomá.

Se lo doy y se va corriendo.

En las hamacas, una mujer empuja a su hija de seis años. Ninguna de las dos se ríe.

-Acá porque no tenemos negros, ni indios -salta de golpe una voz.

Me acerco para escuchar el resto de la conversación: cuatro mujeres hablando de un artículo de Para Ti. Al rato cambian a la última encíclica del Papa, con cierto horror, hasta que una de ellas da la clave:

-Mirá, es cierto que habla de los pobres, pero de los pobres de espíritu, no de los pobres materiales.

La traductora papal tiene menos de treinta y juega con los eslabones de su cadena. Después hablan, con envidia, sobre la ética protestante.

Recién ahora advierto que mucamas y señoras están sentadas por separado, en distintos sectores de la baranda.

Estamos en la Plaza Alemania, y desde aquí puede verse el escaso tránsito del mediodía rodando por la Avenida del Libertador, y los porteros que se aburren vigilando los edificios de la calle Cavia.

-¡Necesito tu ayuda! -grita un chico desde el arenero.

Habla como en las series de televisión.

-¡Martín! ¡Necesito tu ayuda!

Bárbara, ajena, juega.

Acaba de vaciar su carrito; está sentada en medio de la arena frente a su muñeca y al gato a pilas.

El gato está demasiado sucio, sé que tengo que lavarlo pero no sé que hacer con las pilas y no me animo a llevarlo a la tintorería. El gato comienza su rutina:

Bárbara lo enciende, le corre una palanca en la panza y el gato camina, mueve la cola y pronuncia su maullido electrónico.

De inmediato cinco chicos se arremolinan en torno al gato que ahora se choca contra la pared, empecinado. Los chicos lo miran de lejos.

-Agarralo, no le tengas miedo.

Una nena toma al gato entre sus manes, lo muestra al grupo y lo devuelve al suelo. Aparece otro nene, con una valija.

-Yo tengo esto -le dice el nene a Barbarita.

Abre la valija y saca algunos juguetes. Bárbara ni lo mira.

-¿Me subís a la hamaca? -me pregunta.

-Decile a tu mamá.

-Está allá -dice el chico, y señala a una de las mujeres preocupadas por el Papa.

-Andá, decile, y yo te subo.

El chico corre, se para a menos de un metro de su madre y le grita:

-¡¡Mamááááá!!

Las mujeres siguen con su conversación.

-¡¡ ¡Mamáááááááá! ! ! -insiste el chico. Nada.

Vuelve.

-¿No viste mi valija? -me pregunta.

-Recién te la llevaste.

El chico sale corriendo.

Cargo con el carrito, el gato, la muñeca y Bárbara hasta las hamacas. Allí una nena gordita le mete los dedos en los ojos a un nene treinta centímetros más chico.

-Es mi hamaca -le advierte.

El chico se larga a llorar y busca a su madre con mirada ciega.

-¡Andate! -le grita.

-Mirá como me hamaco sola -me dice la gordita, apenas me ve.

Repito la pregunta idiota de siempre:

-¿Cuántos años tenés?

-Tres años y medio. En dos años más voy a ir al jardín.

Subo a Bárbara en una hamaca y la aseguro con la cadena.

-Falta poquito -continúa la gordita.

De la nada aparece el chico de la valija:

-Devolveme mi gato -le dice a Bárbara.

-No es tuyo, el gato es de ella -intercede.

-Es mi gato -insiste el chico.

-La valija es tuya, el gato no. ¿Encontraste la valija? -quiero cambiar la conversación.

-Que me devuelva el gato -repite el chico, sin acusar recibo.

Trato de no perder la calma. Siento bronca, y después tristeza. El chico debe sentirse solo. Ahora ya grita por su gato y temo que toda la plaza piense que se lo robamos. Lo último que necesito es un grupo de madres corriéndome mientras gritan "¡¡Al ladrón!!" De pronto el chico ya no insiste y se va.

Hamaco a Bárbara y cada dos o tres enviones la abrazo, o jugamos al cíclope, o le hago cosquillas. No puedo evitar mi sensación de cristalería cuando pienso en su futuro.

Este mediodía, en esta plaza, la mayoría de la gente se aburre o sólo hace tiempo hasta la llegada del almuerzo. No se abrazan. Pienso si tantos abrazos con Bárbara se deberán a que sólo la veo tres veces por semana.

A la una y cinco la plaza se vacía. Una mucama pelea contra tres chicos, arreándolos hasta el almuerzo. El grupo de mujeres Para Ti ya se redujo a la mitad.

-¡¡Mirá cómo estás ! ! -dice una madre frente al vestido de su hija. La sacude y la insulta. Vi una escena similar la semana pasada en otra plaza, la de Coronel Díaz. Una vieja, en la calesita, insultando a su nieta:

-¿Pero qué sos? ¿Tarada? ¡No te dije que no te levantes?

Escuché en ese mismo sitio a un padre diciéndole "Boludo" a su hijo y vi otros tantos ejemplos de urbanidad. En la adolescencia pensaba que las plazas eran las únicas zonas neutrales. Después de mi separación, y con una hija de dos años, supe que eran espejos: en cada plaza podía verse, desnuda, la forma concreta de la "familia argentina", padres solos, madres solas, madres con amigas, padres con amigas, amigos, padre-madre-abuelos, abuelos solos, etc. Invariablemente insultaban a los niños: ¿podrán querer a quienes no respetan? En una plaza leí Plexus, y Henry Miller estaba en otra plaza mientras Maude, su ex mujer, vigilaba el encuentro con su hija.

"Una vez la niña se me acercó de pronto, me echó los brazos al cuello y se puso a besarme tiernamente llamándome papá, querido papá, y cosas así. A pesar de mis esfuerzos se me escapó un sollozo, después otro y otro y con ellos un torrente de lágrimas capaz de ahogar a un caballo. Me puse en pie tambaleándome, mientras la niña se aferraba a mí con todas sus fuerzas, y busqué a Maude. La gente me miraba horrorizada y seguía su camino. Cada semana la niña se hacía más mayor, más consciente, más reprobadora a su modo callado. Era criminal vivir así. En otro sistema podríamos haber seguido viviendo todos juntos, todos nosotros, Mona, Maude, la niña, Melanie, los perros, gatos, sombreros, todos. Al menos así pensaba yo en momentos de desesperación".

Bárbara tiró su muñeca y su gato dentro del carrito y caminamos hasta Libertador a buscar el auto. Nos cruzamos con una mujer y sus dos hijos, que buscaban entre el césped con obsesión.

-Por acá yo ya busqué -le decía la niña.

-Miremos de nuevo -insistió la madre.

El nene, entretanto, buscaba sobre una pequeña loma.

Yo también miraba hacia el suelo, sin saber qué era lo que estaban buscando.

Avanzamos unos metros hasta que Bárbara dijo:

-Agggua -y señaló un regador en medio del césped, del que salía un chorro de agua que cada dos o tres segundos cambiaba de posición.

-Te vas a mojar -le advertí.

No le importó. Caminó decidida hasta el alambre, me miró pidiéndome ayuda para cruzarlo y saltamos camino al regador.

-Pará, pará, ahora no.

Esperamos hasta que el chorro de agua cambió de posición. En ese momento sonó un silbato. Era un cuidador, gritándonos que estaba prohibido pisar el césped.

Saltamos de nuevo el alambre, derrotados .

-Aggua... aggua -decía Bárbara.

-Cuidador -le dije señalando al tipo de mameluco-. Botón.

No me entendía, pero olvidó rápidamente el asunto.

-Burbi, vamos a comer.

Eso sí lo entendió.

- ¡Acá! ¡Acá! ¡Mamá, está acá! -gritó la chica, a lo lejos, con un pequeño sapito de plástico entre las manos.

-¡Lo encontró! -le dijo la madre al chico-. ¡Mariela lo encontró!

Después se abrazaron los tres, y siguieron caminando por la plaza.

Publicado en Página/12 el 26 de mayo de 1991.

24 de marzo

Barbarita:

Yo no sé cuantos años vas a tener cuando puedas leer esta carta y entenderla. Yo sé que ahora tenés cinco, y estarás escuchando Radio Panda, y ayer mamá me contó una cosa que vos le dijiste sobre los libros y los militares.

Mamá me dijo que ella y vos estaban en su casa, y que vos dibujabas, y ella miraba por la tele el programa de un amigo de papá que se llama Fernando. Mamá pensó que vos no estabas atenta al programa (aunque seguro que el título te causó gracia, ¿no Burbu? ¿Cómo le van a poner Cambalache?) Mientras vos dibujabas, Fernando y una amiga de papá que se llama Teté hablaban en la tele de una historia muy rara, que se llama "Golpe de Estado" y de un día, hace muchos años, cuando los militares quemaron los libros. Andrea me dijo que vos le preguntaste:

-Mamá, ¿ése era el país de tu abuela?

-¿Qué?

-Sí ese que decía la tele era el país de tu abuela María Luisa.

Mamá se sonrió.

-No, Barbarita -te dijo-, ése era el país cuando yo vivía. Fue hace diez... No, hace veinte años.

-¿Y por qué quemaban los libros?

Mamá te dijo que había gente que le tenía tanto pero tanto miedo a los otros que también tenían miedo de que pensarán solos, y que entonces les quemaban los libros.

-Ah -le dijiste vos, como a Gastón, el de La Bella y la Bestia . A Gastón no le gusta que la Bella lea.

-Claro.

-Pero no se puede vivir sin leer -le dijiste vos a mamá.

Vos todavía no sabés leer y yo me preguntaba; por qué respetabas tanto a los libros. Capaz es por que yo escribí algunos y mamá trabaja en otros aunque...

Burbi, tendrías que odiarlos, porque cuando nos vemos menos es por culpa del trabajo, de los libros. Pero no: los querés.

Mamá me contó que al final le preguntaste:

-¿Y por qué vos no juntaste rápido todos los libros para que no los quemaran?

Yo te grabo ahora este casete por lo que me contó mamá y porque hoy se cumple un aniversario del golpe del '76.

Un aniversario, Burbujita, es como un cumpleaños de la Historia. La gente, durante esos cumpleaños se pone alegre o triste; también sirven para que no nos olvidemos de las cosas.

Cuando todo esto pasó yo ya era grande. ¿Sabés qué edad tenía? Dieciséis. Yo estaba trabajando en una radio que se llama Nacional. El Presidente del país era una señora, Isabel, que había estado casada con un general que se llamaba Perón. El General era muy viejito y se murió, y ella quedó en su lugar.

Barbarita, es complicado y muy largo contarte todo lo que pasó antes, antes de que esta señora fuera presidente.

De ese que se llamaba Perón yo me acuerdo desde que tenía cinco años, como vos.

Una vez yo caminaba con mi mamá, con la abuela Angélica de la mano, y pasamos frente a una comisaría, y ella me dijo:

-Está prohibido decir Perón.

Y yo dije bajito:

-¡Perón! -y salí corriendo.

Muchos, muchos, muchísimos años atrás Perón también había sido presidente y aunque la gente lo quería, los militares lo echaron.

Y Perón se fue a España. Vos sabés qué es España, no Burbu? El país de la bandera roja y amarilla, como el azafrán.

A Perón le tenían tanto miedo que no lo dejaban volver. El le mandaba a la gente casetes como este que te estoy grabando, y cartitas, y decían que iba a volver en un avión todo pintado de negro, pero tardaba y tardaba.

El día que al final Perón volvió, más gente de la que te podés imaginar se fue caminando hasta Ezeiza para verlo. Caminando... ¿Viste que es lejos Ezeiza, no?

Yo me acuerdo que miraba por la tele a la gente, cruzando descalza el Río Matanza. Iban a verlo a Perón.

La cuestión, Barbarita, es que en ese país que te cuento todos estaban seguros de que tenían razón. Y estaban tan seguros que querían matar a los demás, a todos los que -para ellos- estaban equivocados.

Yo era un nene, y hasta hace poco tiempo pensaba que, de haber sido más grande en esa época hubiera estado en algún bando de los que estaban seguros. Pero ahora ya no sé.

Lo seguro es que, militar o guerrillero, podía haber estado muerto porque la gente se volvió tan loca que después quisieron matar a los libros.

Iba a decirte que unos mataban para que los demás pudieran vivir mejor, y otros mataban para que nada cambiara, pero no sé realmente si era así.

Ahora que -como decís vos- soy un papá, creo que no sirve matar a nadie para que otros sean felices. Tampoco creo que sea más generoso matar por los demás que matar por uno. Creo que matar no es generoso.

Pero esa parte es más complicada y no sé Burbujita, si lo vas a entender ahora, porque yo no lo entiendo, y soy un papá.

La cuestión que un día otro general, que se llamaba Videla, se robó la Casa Rosada. No es que se la llevó a otro lado, pero se metió en la casa sin permiso y la sacó a patadas a la señora que se llamaba Isabel.

Acordate que todos creían que tenían razón entonces Videla, uno que era marinero y se llamaba Massera y un aviador que se llamaba Agosti dijeron que ellos tenían más razón que todos, y que teníamos que obedecerlos para siempre.

¿Sabés qué, Bur? Mucha gente estaba contenta: querían hacerles caso.

Entonces ellos pusieron una regla que se llama "estado de sitio", y no se podía salir a la calle después de las diez de la noche, la policía te pedía documentos todo el tiempo, y te llevaban aunque no hubieras hecho nada, por el pelo largo o porque te vestías de tal o cual manera. Ellos decían que tenían razón, y que podían matar a todos los que estaban equivocados.

¿Te acordás aquella obra de los chicos que tocan el saxo que fuimos a ver a La Plaza? Era igual. Pero no prohibieron el saxo, prohibieron casi todo.

¿Y sabés qué? Igual que en la obra, hubo muy muy poquita gente que no les dio bolilla. Y como eran poquitos tenían que verse a las escondidas, con mucho cuidado. Muchísimos se fueron a vivir a algún país menos triste, otros hicieron pozos en el jardín y enterraron los libros para que no se los quemaran.

¿Viste Eduardo? ¿El amigo de papá que vive en Uruguay, el esposo de Helena, el de las tortugas? Bueno, a él le prohibieron un montón de libros. A María Wash, como vos la llamabas cuando eras bebé, también. A un montón de gente.

A otro que también se llamaba Walsh, que papá siempre lee, lo mataron.

Mataron mucha gente, Barbarita, mucha, mucha gente.

También se llevaron muchos bebés, muchos nenes chiquitos. ¿Viste el libro que está escribiendo mamá sobre los mellizos Miara? Bueno, ellos en realidad ellos se llaman Reggiardo-Tolosa y hubo muchos casos así. Mamá te va a contar.

También pasó que, por miedo, mucha gente se empezó a traicionar.

Traicionar quiere decir mentirse, pero es peor porque es mentirse el cariño. Es como si yo mintiera cuando digo que te quiero.

Muchos que no estaban de acuerdo con lo que pasaba igual se callaron la boca, y no hicieron nada para cambiarlo.

¿Viste cuando vos me decís: "¡Mirá para otro lado!", y escondés algo para hacer magia? Fue igual, pero no era magia, no era una broma, y todos miraban para el otro lado todo el tiempo.

Muy pocos contaban lo que estaba pasando: ningún noticiero, una sola radio que se llama Colonia, casi ninguna revista, un solo diario que se escribe en inglés y que leía poca gente.

Todo era muy raro porque la gente le tenía miedo a los militares, y los militares terminaron teniéndole miedo al pensamiento, que es lo único que no se puede matar.

Entonces aunque mataran, y mataran, siempre iban a perder. Y se enojaban más, y mataban más, y perdían más.

Cuando pasó el tiempo la gente se puso contenta porque los negocios se llenaron de cosas importadas: de juguetitos, de paraguas, de chocolates, y se fueron olvidando de todo.

¿Viste esos billetes que hay en Nueva York, Barbarita? Bueno, eran baratos y hubo mucha gente que viajó a otros lados, y trajo regales, y compraron cosas. Iban y decían: "Déme dos"

Después eso también pasó y la plata se acabó, y los militares pidieron mucha plata prestada a otros países. A la gente también se le acabó la plata, pero a ellos nadie les prestaba, y entonces alguien se acordó de que a todo el mundo le gusta el fútbol y organizaron un Mundial.

La gente se entretuvo un tiempo pero después se olvidó también y Videla se fue y vino otro que se llamaba Viola y otro más que se llamaba Galtieri.

A estos la gente también les tenía miedo, pero ya era un poquitito menos de miedo que antes y empezaron a protestar en la calle.

Galtieri también tuvo miedo y empezó una guerra.

Es raro, ¿no? Tuvo miedo y se fue a pelear. Pero fue así, Bur.

Aparte él no se fue a la guerra, no le iba a pasar nada.

Galtieri mandó a un montón de chicos jovencitos a pelear contra los ingleses en Malvinas.

Vos sabés qué son las Malvinas. Bueno, hace muchísimos años que la gente quiere que vuelvan a ser argentinas y entonces fueron a la plaza aplaudirlo a Galtieri, sin darse cuenta de que era una trampa.

En la tele le pedían a la gente que diera plata para ayudar a los soldados, y las abuelas regalaron las cadenitas, y las nenas tejieron bufandas en los colegios, y mandaron chocolates, pero a los chicos de la guerra nunca les llegó nada, y se murieron de hambre, y de frío.

Es triste, ¿no? Toda esta historia es muy triste.

Después la guerra se perdió, y Galtieri se fue, y vino otro más, que se llamaba Bignone, pero para ese entonces ya la gente no decía más que los militares tenían razón ni que había que matar a nadie.

Por esa época yo la conocí a mamá, cuando trabajábamos en una radio que se llamaba Belgrano, como el señor que inventó la bandera.

Después también pasó de todo, Burbu.

Pero nunca más murió tanta gente, ni todos se volvieron tan locos, ni quisieron quemar los libros.

Apesar de todo lo que pasó, todavía hay muchas personas que le tienen miedo a la cabeza de los demás, a los juegos, a la imaginación.

Pensá que cada vez que nos reímos con una broma somos más fuertes que los militares. Que cuando vos o yo inventamos un cuento, y después se lo contamos a otro, el cuento se escapa al cielo como un globo cuando se le corta el hilito, y nadie lo puede parar.

Vos le preguntaste a mamá si aquel país del programa de Teté y Fernando era el país de la abuela Maria Luisa, de tu bisabuela.

No, Burbita, era el nuestro, era el país de mamá y el mío, y aunque los dos éramos chicos, fue una lástima que no alcanzáramos a juntar todos todos los libros para que no los quemaran.

Te quiero mucho, mucho.

Papá.

24 de marzo de 1995.

Leído como editorial de RompeCabezas.

Geografía

En unas rutas de Jujuy, o en Cutral-Có: ¿de qué lado está la patria?
Viaja la Patria a la madrugada entre las polleras de las empleadas de Terrabusi,
cuando la Avenida Patricios se llena de aroma a chocolate.
¿Qué Patria?

La Patria limita al norte con el corazón,
al oeste con los nudos del estómago,
al sur
no limita al sur la Patria
al sur se extiende esta Patria de casas bajas y
promesas desmesuradas;
y al este, el mar
el mismo mar al que entró Moreno para apagar tanto fuego.

¿Qué Patria es esta Patria en la que los próce-
res mueren afuera?
Este país,
nuestro país.

La Patria es un lugar del corazón
al que no accede el Banco Mundial
y es anónima, por definición
aunque constantemente le tiran del vestido hecho jirones los que creen que la
Patria se posee, y no se siente.

Patria de huéspedes de hotel, dijo Mallea.
Los peruanos descienden de los incas y los argentinos de los barcos, dice mi
recuerdo.
Patria de escritores que se alejan a París para poder quererla;
Patria de nobleza trucha, quinta generación de almaceneros que alambró la Patria
sin darse cuenta de que la Patria vivía en el aire.
Ellos se titularon encargados de definir la Patria, lo patrio, los símbolos
patrios,
banderas de plástico cosidas en Taiwan.
Vendían la patria,
y en cualquier caso era la Patria de ellos, no la nuestra.

¿Dónde está la Patria? ¿En La Matanza o en el Jockey Club?
Patria de quién:
los cuatro climas, el dulce de leche, el colectivo, la picana eléctrica, la
birome, el tango, la manteca al techo, los desaparecidos, las madres, las
huellas digitales, la Obediencia Debida, Piazzolla, Rayuela, Los siete locos, las
Malvinas, Facundo, el crisol de razas, Argentina Potencia, el granero del
mundo, la gambeta, el ceibo, el mate, el alambre, el psicoanálisis y Dios,
argentino por adopción.

Patria
de
quién,
Patria de los que esperan:
hace mucho que esperan
mucho.
No saben bien,
esperan una vida
un país
algún futuro.
La Patria les duele en los ojos.

Es tan grande... Llega hasta allá, donde hace un tajo el cielo, y más allá también.

Sé de gente que se ha cruzado cara a cara con la Patria, por casualidad, en una esquina de Nueva York.

Supe de otros que murieron por ella, lo que es decir por ellos, o sea, por nosotros, por todos.

Patria con himno escrito por un español y tangos cantados por un francés;
Patria empeñada por ingleses vocacionales, por cadetes de apellido lustroso.
Escribo estas líneas en el Día de la Patria.

Y en este preciso momento tiran a un pibe a cualquier celda de la Policía de la Provincia;

a esta hora una puta discute su precio con un turista
y una decena de tipos se reclinan a tomar ginebra en los paraderos de
Constitución.

En este comienzo del Día de la Patria alguien allá, en esa única ventana
iluminada, deja de leer y sueña que podrá cambiar el mundo,
y en la diagonal de la escena barre el portero,
y poco más allá un tipo se arrepiente y otro espera el colectivo.

¿Patria de quién? ¿De la celda, del alcohol, del libro, del hotel, de la
manguera, del sueño?

¿Argentina del viento o de los diccionarios?

¿Morían por la Patria los polacos que quedaron sepultados construyendo el
subterráneo de Buenos Aires?

¿La Patria nació en el Hotel de Inmigrantes o en los campos de Martinet de Hoz?

¿Dónde estaba la Patria durante los bombardeos del '55? ¿Arriba o abajo?

Libros enterrados en los jardines del '76: ¿la Patria estaba bajo tierra?

Yo te daré

te daré, Patria hermosa,

Te daré, una cosa...

¿Estuvo en Ezeiza, la Patria? ¿En el pañuelo de Leonardo Favio o en la
metralleta de López Rega?

¿Galtieri tomaba la Patria con hielo?

¿O en aquellos años la Patria estuvo en los trenes de Estocolmo, en las cocinas
de Madrid, en los edificios ocupados de Manhattan?

Patria de arena,

de sal,

de humo grueso brotando de neumáticos quemados ;

necesidad

maneras de ponerse de pie,

vergüenza ajena

muerte propia

sueño.

Cualquiera puede definir los efectos del amor, pero no sus causas:

con la Patria sucede

algo similar;

somos argentinos por eso

por esta manera triste de mirar al sur,

por nuestros tics de nobles venidos a menos,

por este humor oxidado de cinismo,

por esta condena a la infancia perpetua

por el amor, y el espanto.

¿Patria de quién?

Patria de Borges y de Monzón,
de Olmedo y de Houssay,
de Discépolo y de Videla,
de los perritos de Perón, de Manuel Puig; de Carrasco, de Aramburu, del Plaza
Hotel, de la escuela destartalada, de Isidoro Cañones, de Tato Bores, del
ingeniero Santos, de las chicas más increíbles del planeta, de los piolas, del
bife de chorizo, del Nunca Más.

No alcanza, ¿no?

Pensar que toda esta catarata de palabras
puede evitarse para definir la Patria:
sólo hay que salir
al aire libre
respirar profundo
y mirar al cielo.

Editorial de Día D.

Preguntas

Mamá, ¿cuándo llegamos?

¿Cuándo voy a ser grande?

¿Falta mucho?

Papá, ¿por qué siempre los libros dicen una cosa y la vida dice otra?

¿La vida está peleada con los libros?

¿Por qué "siempre" quiere decir "a veces"?

¿Por qué yo tengo que ser lo que vos no fuiste?

¿Por qué soy tu revancha?

¿Alguien se acuerda de la primera vez que me mintió? Yo me acuerdo.

¿Por qué dejaron de nacer los próceres?

¿Por qué lo que quiero nunca me conviene?

¿Por qué sólo los grandes saben lo que me conviene?

¿Por qué son ustedes los que saben si yo tengo sed, o tengo frío, o tengo ganas?

¿Por qué casi nunca sirve lo que me gusta?

¿Por qué ustedes viven así, si se quieren?

¿Por que creen que las preguntas son como el acné, que se me van a pasar?

¿Por qué los grandes dicen que no están, hablan por detrás, calculan?

¿Por qué lo romántico te parece tonto?

¿Por qué la entrega te parece infantil?

¿Ustedes qué quisieron ser?

¿Ustedes quisieron?

¿Señorita, por qué el pelo va por arriba de la camisa? ¿Por qué tengo que mirar
la nuca del compañero?

¿Por qué tengo que tomar distancia?

¿Por qué soy libre con horarios?

¿Por qué no indultan las amonestaciones?

Señorita, si no estudio pero pago, ¿me recibo?

¿Por qué, si todos los hombres son iguales, tenemos que ponernos uniforme?

Señorita, ¿la teoría es el deseo y la práctica es lo que nos sale?

¿Por qué me cuidan del cigarrillo y nadie me cuida del Fondo Monetario?

¿Por qué mi cuerpo es malo?

Yo quiero aprender: ¿ustedes saben qué quieren enseñarnos?

¿Por qué Dios me va a castigar?

¿Por qué Dios no castiga a Videla?
¿Por qué a veces los grandes nos avergüenzan y se burlan de nosotros? ¿Por qué no se meten con sus jefes?
¿Por qué nos pegan?
¿Por qué mis padres quieren ser mis amigos?
¿No tienen que ser padres, mis padres?
¿Por qué no nos cuentan qué hicieron ustedes para cambiar el mundo que nos dejan?
¿Por qué no nos enseñan a decir que no?
Si este país es nuestro, ¿por qué no nos preguntan antes de venderlo?
¿Por qué chico quiere decir débil?
¿Qué pasaría si, en lugar de tratar de entendernos, nos quieren?
Señores mayores, hagan de grandes, sean grandes. Grandes quiere decir eso, grandes, esto es generosos, abarcadores, conscientes. Ayudemos a los chicos a vivir su propia vida, no a borrar la nuestra. Mostrémosle que vale la pena vivirla: por ellos y por sus próximos chicos. Ser justos, o ser libres, o ser verdaderos, no son aspectos de una teoría que jamás se cumple. Si no lo logramos seremos esclavos, hipócritas o injustos en la vida real. Y ellos también, y los hijos de ellos también. Su visión del mundo será el resultado de la visión cotidiana que tengan de nosotros. Démosle buenas razones para estar enteros, y estar vivos.

Editorial de Día D en ocasión del Día del Niño.

Madreselvas

La mejor novela que leí jamás sobre los padres se llama La invención de la soledad, y fue escrita por Paul Auster cuando perdió a su padre. Ese fue el libro peor escrito y más desprolijo de Auster, pero también el más cierto y descarnado.
Mi padre fue el Dr. Ernesto Lanata, o Ernesto, Dr.Lanata. Fue dentista, aunque no exhibía su doctorado con la misma afectación de los médicos o los abogados.
Terminó el secundario en un colegio nocturno y, mientras trabajaba como mecánico dental, rindió libre gran parte de la carrera.
Creo que cuando mi padre se llamaba "Doctor" lo hacía mencionando una meta que soñó imposible.
El Dr. Lanata era honesto, violento y exagerado.
A veces parecía un chico pegándole patadas al destino.
Atendía a sus pacientes a cambio de dinero, pero también aceptaba uvas de la costa, o un par de pollos, o una incierta promesa de pago.
Durante el tiempo que luchamos por cambiarnos, nos odiamos.
El paso de los años fue lo único que nos permitió querernos sin condiciones.
Mi padre nunca entendió una palabra de política:
-Acá hace falta un gobierno fuerte, un paredón, un Castro o un Pinochet.
Tampoco supo que la literatura vivía mas allá de las novelas de Salgari.
Sin embargo fui yo quien tuvo que aprender las materias más importantes: no traicionarse, ser honesto, darle poca o ninguna importancia al dinero, decir la verdad, pelearse a patadas con el destino.
Fue triste pero necesario vivir su muerte, estar a su lado durante esos meses en un hospital del Parque Centenario, sentir que la Muerte huele y ronda con su hocico frío.
Mi padre murió sin conocer a mi hija.

Ahora soy yo quien siente la desesperación por la falta de respuestas, la urgencia por transmitir los sueños, la escasez de manuales, la vida en estado puro.

¿En qué museo se exhiben los padres normales?

Sólo son ciertas las respuestas cursis: desanudarse el corazón, mirar el alma. Hay en toda esta batalla algunos segundos de calor; de es por acá, ya está todo bien; está bien, de amor, y sangre.

Nunca fui con mi padre al cine, ni salí a caminar por el centro, ni pude constatar su ignorancia sobre las mujeres, y una sola vez, cuando yo tenía ocho o nueve años, fuimos a cenar a una pizzería de Sarandí, a cinco cuadras de la casa. Treinta años después recuerdo exactamente qué comimos y en qué mesa nos sentamos.

Mi recuerdo, entonces, al Día Nacional del empecinado, del transparente, del desbordado de mi padre.

Ojalá esté viendo todas sus películas de Gardel en Super 8, convencido de que el aroma de las madre selvas nunca fue tan fuerte como en aquel entonces .

Editorial de RompeCabezas en ocasión del Día del Padre.

Batman en el Sur

Esta columna fue parte de aquellos suplementos de domingo editados por Gabriela Esquivada , mencionados en otra parte de este libro. En este caso era una separata sobre Batman, a partir del estreno de la película que presenta al Batman dark de los noventa. Sin embargo, el Batman de esta nota es el otro, el de la pantalla de blanco y negro, el Batman gordito y sobreactuado, el que era cierto durante nuestra infancia, cuando todo era cierto.

En aquella época la muerte no era un asunto personal. La muerte era, a lo sumo, un perro muerto. Un perro tieso, embalsamado de muerte en el medio de la calle.

En aquella época, en el sur, un palo podía transformarse en una espada y la justicia era una necesidad que nadie podía postergar.

En las mañanas de invierno las nubes bajaban tanto a la altura de Sarandí que era posible correrlas con la mano, cortar los pedazos de niebla y hacerse camino hacia el colegio, al nuevo día que jamás iba a terminar, al pelo por arriba del cuello de la camisa.

En aquella época el amor era secrete y fatal: amábamos con la cursilería de los boleros, desde el banco del fondo, a la chica de la primera fila. El corazón podía explotar con el timbre del recreo, pero nadie iba a lograr que, en público, pronunciáramos el nombre de Ella.

Un año era una eternidad, pero estaríamos dispuestos ese año, y el otro, y siempre, y aunque la vejez era en esa época un accidente ajeno, podíamos pronunciar las palabras "Toda la vida" sin caer en la trampa.

En aquella época, cuando queríamos mentir, la verdad pegaba un salto traidor y nos delataba en los ojos.

El miedo a la oscuridad de aquellos años no tenía que ver con la conciencia: creíamos a pie juntillas en los fantasmas, en Dios, en los monstruos. Cuando alguien apagaba la luz, se desataba una batalla de sombras en el techo.

En aquella época, en el sur, buscábamos palabras prohibidas en el diccionario:

-Concha -buscábamos.

-Parte dura que cubre el cuerpo de muchos moluscos y crustáceos: la concha del Carey es muy estimada... anat.

-Anatomía.

-Anatomía. Concha auditiva: cavidad de las, rejas donde nace el canal auditivo. Platillos en forma de concha para servir manteca, aceitunas y otros elementos. No, no dice.

Pocos diccionarios decían. Nos matábamos de risa sin saber que íbamos a tardar algunos años en averiguar que aquella palabra también quena decir luna, humedad, encuentro.

En esos años mirábamos a los trenes con melancolía y nos cambiábamos para ir al centro. No sabíamos quien gobernaba este país: era algún militar del que ni recordábamos el nombre, que vivía en una inmensa torta de yeso rosado.

El primer ruido de la mañana era la voz de los obreros de la metalúrgica, y el segundo sonido el del repartidor de leche que dejaba los cajones en el almacén de al lado.

-Vas a ver cuando vuelva Perón -se decía en secreto.

-La palabra Perón está prohibida -nos advertían los familiares

Pasábamos frente a las comisarías y decíamos, bajito: "¡Perón!" Pero no pasaba nada.

El tiempo pasaba lento como una tarde en el parque, y éramos libres. Los males eran los de bigote, o los de mirada torva, o los de cicatriz, y el General Custer siempre llegaba a tiempo con el Séptimo de Caballería.

En aquella época, en el sur, llenábamos un plato de pan tostado con manteca, nos sentábamos frente al televisor, y mirábamos a Batman.

Publicado en Página/12 el 30 de julio de 1989.